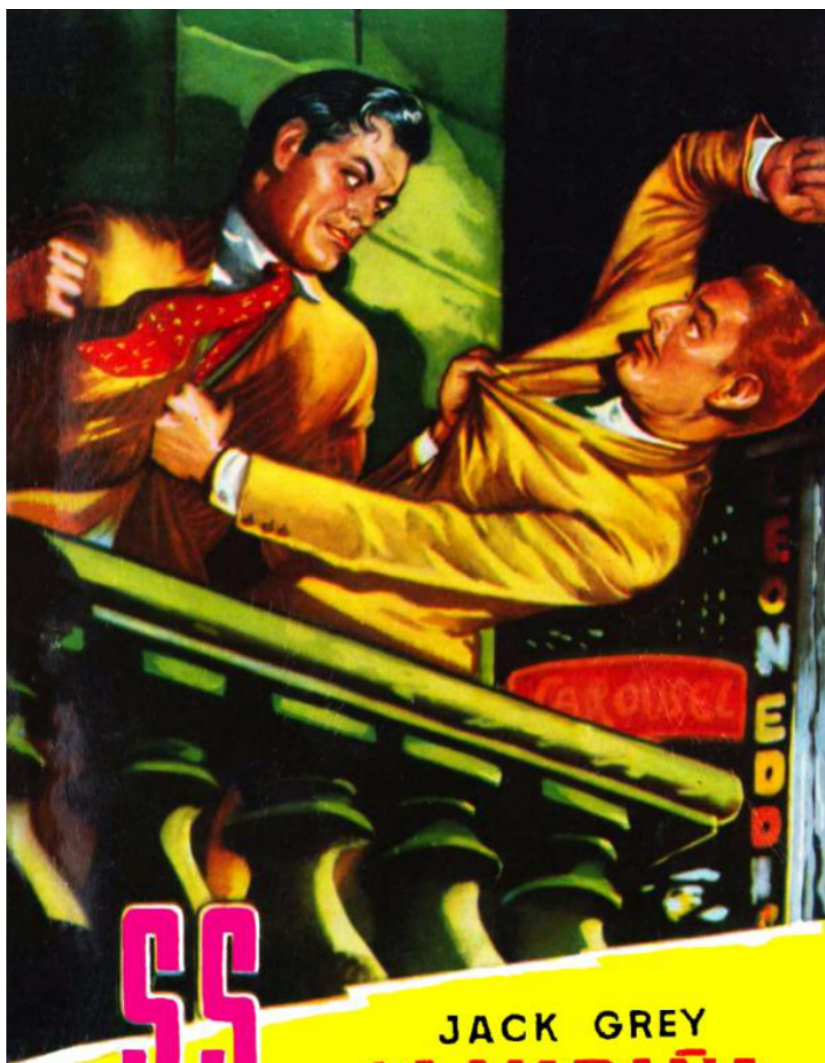




SS

**SERVICIO
SECRETO**

JACK GREY
**LA MARAÑA
SANGRIENTA**



JACK GREY

La maraña sangrienta

1.^a EDICIÓN
OCTUBRE-1934

EDITORIAL  BRUGUERA
Proyecto, 2 - T. 281163 BARCELONA (6)

LA MARAÑA SANGRIENTA

POR JACK GREY



ADVERTENCIA

Tanto el argumento como los personajes de esta obra son fruto de la imaginación. Sin embargo, como el tema en que está basada responde a un conflicto de actualidad palpitante, se ha rehuido, dentro de lo posible, el mencionar naciones y embajadas que las representan.

J. G.

PRÓLOGO

Sam Hope exclamó con terquedad de niño grande:

—¡Es inútil que insistas! ¡Iré a Cheverly! Necesito convencerme de la infamia de esa mujer y tengo la seguridad de encontrarla allí esta noche.

Barry McClure miró irritado a su compañero y amigo:

—Escucha, monigote; en el Organismo tengo fama de llevar una conducta irregular, de ser un alocado, casi un irresponsable...

—... Y también el mejor agente con que cuenta el

F. B. I.

Pero no sé a qué viene eso ahora.

—¿No lo sabes? ¡Vaya, hombre, qué ingenuo eres! Si con todo el lastre que aguanto sobre las espaldas te acompaño en el acto de indisciplina que pretendes, me van a decir, y con razón, cosas más fuertes de las que un hombre puede soportar.

—También me las dirán a mí.

—Pero no estamos en el mismo caso. Tú eres un muchacho modosito a quien se pone de ejemplo con frecuencia. Hazme caso, Hope. Estamos en un acto de servicio, y no podemos abandonarlo.

Sam alzóse de la silla y se dispuso a salir del establecimiento de bebidas en que se encontraban ambos con la misión de vigilar a determinado sujeto sospechoso. McClure le cogió de un brazo.

—No seas botarate.

—Déjame, te digo. Sabré desenvolverme solo. Al fin y al cabo se trata de un asunto particular.

—Sí, un asunto particular en el que vas a jugarle la piel. Si el nuevo amor de esa muchacha que te ha vuelto loco es, como dicen, Gene Healty, todas las precauciones son pocas. Se trata de un peligrosísimo tipo del hampa.

—¿Crees que le temo?

—No. Todo lo contrario. Pecas de valiente... y de impulsivo. Por

nada del mundo me gustaría dejarte solo.

—¡No necesito niñera!

Soltóse de un tirón y corrió hacia la salida.

Barry permaneció indeciso. De pronto lanzó un taco. El sujeto sospechoso cuya vigilancia le encomendaran juntamente con Hope había desaparecido sin que ellos, enfrascados en la discusión, lo advirtieran.

Buscóle inútilmente por los alrededores.

—¡Me he lucido! —barbotó—. ¡Ese condenado crío tiene la culpa!

En su tono mezclábase la ira y, al propio tiempo, el afecto hacia Sam, a quien quería fraternalmente. Criáronse juntos, ingresaron el mismo día en la Academia de Quantico, habían realizado no pocos trabajos difíciles en colaboración...

No exageró al decir que a Hope le tenían los jefes en un concepto muy elevado; pero tampoco exageró éste al afirmar que McClure gozaba de prestigio inigualable por su fortaleza, cerebro, dinamismo...

El «pero» más acusado que le oponían era la aparente frivolidad de su ser. Llevaba a efecto las mayores heroicidades sin concederles valor. Diríase que ni a sí mismo se otorgaba importancia. También constituían motivos de censura su pasión por el bello sexo, su afán de divertirse. Y era que, como poseía una fortuna considerable, gustábase disfrutarla plenamente. Si entró en el

F. B. I.,

no fue buscando un medio de subsistencia, sino por el afán de emociones que elevábase sobre su acervo común.

Hope representaba con respecto a él un muy destacado contraste; siempre serio, cumplidor, enemigo de ligerezas... Hasta que tuvo la desdicha, de caer en las doradas garritas de

Mary-Flor,

una actriz de cuarta fila, espléndida mujer, que le trastornó el juicio, burlándosele luego.

Aquella noche, McClure, apenas se hubo convencido de que la persona espiada habíase «evaporado», concentró de nuevo los pensamientos en Sam. Y se dispuso a buscarle.

Entró Hope en el café donde, según confidencias, solían reunirse Mary-Flor

y Gene Healty, y fue a tomar asiento en un rincón semioculto.

No estaban allí ninguna de las dos personas buscadas. Pronto llegó ella. Sam experimentó el deseo vivísimo de acercársele, pero se contuvo. No había ido para disfrutar de expansiones amorosas, sino para descubrir lo que hubiera de cierto en la traición temida.

Veinte minutos después, Gene Healty hizo su entrada. Tratábase de un tipo fuerte, alto, presuntuoso, que vestía con elegancia chillona y llevaba en los dedos gruesas gemas de inconfesable procedencia.

Aproximóse a Mary. Y tras acariciarle la barbilla, tomó asiento a su lado, enfrascándose en un diálogo en el que las manos resultaban más elocuentes que las palabras.

Sam no supo ni quiso contenerse. Avanzó hacia la pareja y acribilló a la mujer con sus ojos cargados de furia.

—¡Ya estamos todos! —dijo, cáustico.

Sobresaltóse Mary y quiso responder algo; pero Healty se le impuso con un ademán, encarándose enseguida con Hope.

—¿Quién diablos es usted y qué quiere?

—Poca cosa. Llamar a esta mujer maldita ramera y a usted...

No pudo terminar la frase: Gene se incorporó como movido por un resorte y descargóle un puñetazo sobre el rostro.

Brotaron exclamaciones de todas partes.

Sam, reponiéndose de la agresión, arremetió contra su rival, demostrándole hasta qué punto supo aprovechar las lecciones de boxeo tomadas en la Academia. Fue una verdadera lluvia de golpes la que descargó sobre Gene, quien, derrengado, cayó al suelo, casi exánime.

Mary, viendo el cariz que tomaban las cosas, se había dado buena prisa en quitarse de en medio.

El vencido, tras sacudir la cabeza cual si quisiese apartar un peso que le abrumara, empuñó una pistola y disparó tres veces sobre su antagonista, alcanzándole de lleno. Éste, llevándose al pecho las manos, dio varios traspiés y desplomóse pesadamente.

Corrían y gritaban las mujeres.

Healty, sin abandonar la pistola, retrocedió de espaldas, queriendo ganar la puerta.

Como lanzado por catapulta, chocó con él McClure, quien acababa de llegar en el preciso momento de perpetrarse el crimen.

Gene rodó, pero sin soltar el arma. Apretó el gatillo otra vez. El plomo pasó a un centímetro del recién llegado, el cual, utilizando la automática que llevaba en la sobaquera, le mató de un solo tiro.

Inmediatamente inclinóse sobre Hope:

—¡Sam!... ¡Muchacho!...

Abrió éste los ojos.

—Hola, Barry... Me han calado hondo...

Y se desvaneció.

McClure, bien amartillada la pistola en previsión de que algún compinche de Gene quisiera intervenir, pidió a voces:

—¡Avisen a un médico inmediatamente!

—¡Y a la policía también! —dijo alguien.

—Conforme. También a la policía —admitió el muchacho.

E hizo lo posible para contener la hemorragia que amenazaba dejar sin vida allí mismo el cuerpo de su compañero.

Abandono de servicio, falta de disciplina, escándalo en un establecimiento público...

Los cargos se acumulaban sobre McClure. El menos importante era el de haber dado muerte a Gene. Fueron muchos a declarar que el malhechor había disparado traidoramente sobre Hope y, luego, sobre Barry.

Se le impuso, como castigo, la separación de la
F. B. I.

McClure no insinuó la más leve protesta.

Pocos días más tarde, Sam hallóse en condiciones de prestar declaración y exculpo totalmente a su compañero, refiriendo hasta qué extremo había querido este obligarle a no dejar la misión encomendada, sus consejos, el sacrificio de acudir en su ayuda exponiéndose a todo...

Murió horas después.

Barry fue llamado a la Dirección, donde, aun en medio de nuevas amonestaciones, mostráronse benévolo. Se haría lo necesario para que la separación de la

F. B. I.,

quedase sin efecto.

—Gracias —fue la respuesta del muchacho, interrumpiendo a quien le hablaba—. Entra en lo posible que «eso» quede sin efecto por parte del Organismo, pero... ¡no por la mía! Reconozco dos

cosas: mi culpa... y lo poco que se ha tenido en cuenta mi afecto a esta institución. Será mejor para todos que me aparte de ella.

Resultó en balde cuanto se hizo por disuadirle.

Influía mucho en su ánimo la muerte del compañero querido. Decíase que, de no haberse visto obligado a obedecer la orden que se le diera con respecto al individuo sospechoso del bar, hubiera acompañado a Hope, siéndole verdaderamente útil y evitando que Gene le asesinara.

—¡Basta de disciplina! —exclamó—. ¡Quiero ser un hombre libre! ¡Que no vuelva a hablarme nadie de lo que ahora, voluntariamente, dejo!

Abandonó el enorme edificio del Pentágono, resuelto a no pensar nunca que dentro del mismo se hallaba el Centro oficial al que había consagrado el tiempo más interesante de su vida.

CAPÍTULO PRIMERO

EL EXAGENTE

Norma Daker se acercó a McClure, diciendo:

—Creo que éste es nuestro baile.

—¡Caramba, muchacha; éste y todos los que quieras!

Salieron a la pista del club nocturno en que se encontraban, no tardando en llamar la atención. Ella, aunque en el otoño de su vida ya, era una espléndida mujer; Barry, además de su natural elegancia, era poseedor de un atractivo irresistible y de una simpatía que cautivaba, especialmente al elemento femenino. Quizá influyera en ello el correcto desdén con que solía tratar a sus amigas, el cinismo, sin estridencias, que formaba parte de su idiosincrasia.

—¡Estás francamente guapa esta noche!

—Por favor, Barry, no me piropees. Mira que es peligroso soplar donde hubo fuego.

Sonrieron ambos.

Tiempo atrás, Norma fue amante de McClure. Pronto comprendió que se le escapaba, como tenía por costumbre, e hizo lo que pudo para retenerle; más al advertir la inutilidad de sus esfuerzos dejó de luchar, comprensiva. En medio de todo, ella había hecho lo mismo con otros hombres. Debía resignarse. No fue engañada. Desde el principio supo quién y cómo era Barry. Lejos de hacer escenas melodramáticas que le alejasen con horror, supo convertirse en amiga verdadera, leal; en una especie de camarada con la que se podía estar a gusto y hablar de mil cosas que gran parte de las mujeres no comprenden.

Bailaban de manera maravillosa.

—¿Quién es ese muchacho? —quiso saber una joven viuda

romántica.

Y la que la acompañaba —pelirroja con aspiraciones de mujer fatal— apresuróse a responder:

—Se trata de Barry McClure. ¡Un hombre encantador! Tiene, además, mucho dinero. Hace cerca de un año perteneció a la F. B. I.,

donde hizo cosas de pánico; pero ahora se ocupa sólo de divertirse. No quiere saber nada de espías ni contraespías. Anda loco por mí, pero yo no le miro siquiera.

Contra su deseo, la «vampiresa» hubo de ahogar un suspiro que desmentía sus últimas palabras.

Cordell Mallison entró en el establecimiento. Era un tipo de alrededor de cuarenta y cinco años, que reía y bromeaba siempre con el afán de ser agradable a todo el mundo. Afirmábase que simbolizaba al perfecto sinvergüenza. Divisó a McClure, quien en aquel momento dejaba de bailar, y fuese a él resueltamente.

—Buenas noches, sobrino.

—Hola, ilustre lapa —repuso el muchacho, burlón. Cordell, lejos de darse por ofendido, rió con fuerza, como si el nombre le hubiera hecho verdadera gracia.

No existía parentesco alguno entre ellos. Mallison fue tío de una de las muchas novias que Barry tuvo, por la que llegó a interesarse más que por otras. El desaprensivo chupóptero se hizo la ilusión de que le atraparía. La muchacha murió en un accidente de automóvil; pero Cordell no quiso resignarse a romper «los lazos que le unían a su sobrino» y le buscaba con frecuencia... para pedirle dinero.

A Barry hacíale gracia la frescura del tal sujeto y le soportaba divirtiéndose a su costa algunas veces, por apatía, otras; lo cual no era óbice para que en ocasiones le despidiese con cajas destempladas. Cordell, impertérrito, retirábase afirmando que volvería cuando pasase la mala ventolera.

Norma hizo ademán de retirarse y McClure se lo impidió.

—No te vayas, querida. Entre mi honorable «tío» y yo no existen secretos —dijo, y volviéndose a éste inquirió—: ¿Cuánto?

—Te equivocas, muchacho, te equivocas; no vengo a pedirte nada. Es que te he visto y como siempre me alegro de encontrarte... Claro que me encuentre en un apurillo económico, pero...

Barry soltó la carcajada.

—¡Eres de los que vas al polo norte, sin necesidad de bufanda, y constipas a los osos! Anda, siéntate.

Apresuróse Mallison a hacer lo que se le decía.

A Norma no hacía ninguna gracia el «pariente» de Barry, pero le toleraba en atención a éste.

Un camarero se acercó a McClure.

—Le llaman al teléfono desde su casa, señor.

Entró el exagente en una de las cabinas, frunciendo el entrecejo al oír a su viejo criado Joe:

—Han traído un sobre cerrado... como «aquellos de antaño», ¿recuerda el señor?... Me han dicho que se trata de algo muy urgente y que debía localizar al señor sin perder minuto.

—Es raro, muy raro eso.

—A mí también me lo ha parecido, pero... ¿Desea el señor que se lo lleve ahí?

—No. Voy yo para allá.

Volvió, sorprendido, junto a Norma y Cordell. Si Joe no habíase confundido —y era difícil que se confundiese, pues vio muchos—, el sobre a que acababa de referirse era de la

F. B. I.

¿Qué podían pretender de su persona después de un año de alejamiento?

—¿Ocurre algo desagradable, sobrino?

—No. ¿Por qué?

—Traes una cara distinta a la que llevabas hace unos minutos.

—Es que tengo tantas en el repertorio, que me las cambio con frecuencia. Bien. Debo marcharme.

—¿Tan pronto? —protestó Norma, con extrañeza—. Pero ¡si son las nueve de la noche!

—Me ha surgido un quehacer urgente.

Cordell se ofreció solícito por si le podía ser útil y aunque McClure respondióle negativamente, salió junto a este del club. No estaba dispuesto a separarse sin tirarle un bocado a la cartera de su víctima.

—No he traído coche. ¿Sabes, Barry? Olvidóseme. En realidad, se me olvida todos los días... desde que lo vendí hace tres meses. Si quisieras llevarme en el tuyo...

—¿Es que te retiras ya?

—No, no. Yo no me recojo nunca antes del amanecer, pero por estar contigo un rato...

En otras circunstancias, McClure hubiera comprendido enseguida el propósito de su interlocutor. Mas, preocupado con lo que el sirviente le dijera, apenas si oía a aquél. Se encogió de hombros y ambos ocuparon el magnífico «Rolls» estacionado en las inmediaciones del club.

Durante el recorrido, Mallison hizo varias alusiones veladas a su apuro económico. Finalmente, observando que sus palabras caían en el vacío, habló sin ambages:

—Al verme, en el club me preguntaste «cuánto». Bien... pues son quinientos dólares los que necesito. Te los devolveré pronto. Sabes que en otras ocasiones lo he hecho.

—Unas veces sí y otras no.

—Ésta será «sí», te lo garantizo. ¡Ayúdame por lo que más quieras, Barry! ¡Estoy desesperado!

Se expresaba en tono patético.

—No vayas a echarte a llorar. Te daré lo que me pides.

—¡Eres grande!

McClure detuvo el coche en Jefferson PL, donde tenía su domicilio, e invitó a Cordell a que subiese con él, a fin de extenderle un cheque. Joe acudió a recibirlos.

—¿Dónde está eso? —preguntó el joven.

—En la mesa escritorio, señor.

Barry adentróse en el despacho. Siguióle Cordell sin que nadie le invitara ni detuviera. Los ojos de ambos descubrieron al mismo tiempo el sobre en cuestión. Mientras el primero apresurábase a abrirlo, el segundo, disimuladamente, le observaba con gran interés.

McClure leyó varias veces los renglones que se le dirigían. Estaban firmados por el secretario de la

F. B. I.,

y eran un ruego al exagente de que se personase sin perder minuto en el despacho de la dirección.

—¿Alguna mala noticia? —quiso saber Cordell.

—¿Eh? No, nada de particular. Voy a darte tu cheque.

Hizo lo ofrecido y palmeó la espalda del pedigüeño.

—Márchate. Necesito quedarme solo.

Mallison se deshizo en demostraciones de gratitud y salió al fin,

pero en vez de alejarse penetró en un café próximo desde donde le era fácil ver la puerta de la casa que acababa de dejar.

Diez minutos más tarde, divisó a McClure, quien se puso al volante del «Rolls», partiendo a velocidad moderada.

Cordell llamó al primer automóvil libre y ordenó al chofer:

—Siga a aquel coche sin acercarse mucho.

Cuando el espionado adentróse en el inconmensurable Pentágono, Mallison echó pie a tierra y despidió al vehículo.

—La cosa es interesante, muy interesante —dijo para sí—. Le llaman a la

F. B. I.,

él acude rápido. ¿Pertenece otra vez al Organismo... o no habrá dejado de pertenecer nunca? La verdad es que he sido idiota descuidando esta posible fuente de ingresos.

Elegió un sitio a propósito donde ocultarse, y dispúsose a esperar.

El Secretario recibió al exagente con demostraciones de afecto. Le invitó a sentarse, pasando enseguida a la cuestión que interesaba.

—Gracias por su premura en acudir, señor McClure. Necesitamos de usted para una misión delicadísima.

—¿Necesitan de mí? Será en el orden particular.

—No. Oficialmente.

—Nada tengo que ver con esta Institución.

—Pero volverá a ingresar en ella. Es usted un buen patriota y a la Patria le hacen falta, sus servicios.

Barry acentuó su gesto de desagrado.

—He acudido a su llamada —dijo— porque me considero incapaz de desatender un ruego de esa índole, pero le agradeceré se abstenga de seguir adelante. Declino el honor que me significa el que se hayan acordado de mi modesta persona.

Habló con firmeza y abandonó el asiento. Su interlocutor le contuvo con un ademán y, sin darse por vencido, quiso convencerle del deber que tenía para con Norteamérica. Barry mostróse irreductible, hizo una breve inclinación de cabeza y se dirigió a la salida.

Una voz enérgica, de antiguo conocida y respetada, le detuvo:

—¡Señor McClure!

Era el director de la
F. B. I.,
quién acababa de aparecer. Volvióse el muchacho, saludando respetuoso.

—He oído sus últimas palabras —añadió el recién llegado— y, francamente, me han producido decepción. Daba, por seguro que no vacilaría usted en ponerse a nuestras órdenes, tratándose como se trata de una cuestión importantísima para el país donde vio la luz.

—Lo lamento, señor —contestó el muchacho, en el mismo tono que se le hablaba—, pero cuando fui baja en este Organismo tomé la resolución irrevocable de no volver jamás.

—Esas resoluciones no cuentan si las circunstancias exigen olvidarlas.

—Respeto su opinión, pero no la comparto.

—Entonces, ¿no hay nada que hacer?

—Nada, señor.

—¿Aunque en vez de darle órdenes le suplique?

Aquello fue demasiado fuerte. Barry tenía del director el alejadísimo concepto que merecía. Le consideraba como un verdadero grande hombre. Siempre que tuvo ocasión de obedecerle, lo hizo gozoso. Y era esta especie de ídolo quien le hablaba cariñosamente, con un poco de pena en la voz. Esta especie de ídolo quien disponíase a rogarlo.

—Estoy a sus órdenes, señor —dijo.

—Gracias, muchacho. Me acaba de proporcionar intensa alegría. Siéntese. El Secretario le explicará el asunto. Yo he de seguir ocupándome de otras cosas.

Tendióle la mano que McClure estrechó respetuoso y agradecido.

Cuando quedaron otra vez solos el alto empleado y el exagente, dijo aquél:

—También yo celebro su cambio de actitud.

—Gracias. Le escucho.

—Habrá usted de trasladarse a París. Se trata de trabajar conjuntamente con los Servicios Secretos francés y británico para contribuir al tendido de una red sobre Francia, Bélgica, Holanda, Noruega, Dinamarca, Italia, la Alemania occidental y Austria. La finalidad de esta red es capturar agentes de determinadas potencias

extranjeras responsables del contrabando de secretos científicos y diplomáticos. París ofrece magníficos medios para la rápida transmisión de las informaciones. Incluso lo relativo a la bomba de hidrógeno se está infiltrando hacia los países que la ambicionan. Otros posibles centros de espionaje son la Italia del Norte y Austria, pero tanto a un sitio como a otro han sido ya enviados elementos de valía.

McClure comenzó a interesarse. Sus ojos lo reflejaron así, aunque no dijo nada en tal sentido. Su interlocutor, al darse cuenta, inició una sonrisa, añadiendo:

—Lo peor de este trabajo es que no se pueden hacer investigaciones en los lugares que disfrutan de inmunidad parlamentaria. Cualquier cosa que se intentara en tal sentido originaría, acaso, la ruptura con los países de quienes se supone hacen mal uso de sus privilegios. Son varias las embajadas sospechosas, si bien una de ellas gana en tal sentido a las restantes. Casi podríamos decir que utilizan emisoras secretas de radio para transmitir las informaciones de los agentes que se mueven en torno a las mismas. Los edificios de dichas embajadas no pueden, naturalmente, sufrir ningún registro y el único medio, al parecer, de frustrar la información, es descubrir a los informadores.

—Admito que el problema es arduo —dijo Barry—, pero lo que no acierto a comprender es la causa de que se me haya elegido para tratar de resolverlo.

—Se lo aclararé enseguida. En primer lugar, le consta hasta qué extremo fue considerado siempre como uno de nuestros mejores elementos —McClure dio las gracias, y el secretario añadió—: Sabe que le hago justicia. A eso hay que unir la conveniencia de enviar a la capital de Francia un agente que no sea conocido ni siquiera en Washington. El espionaje internacional sabe las medidas adoptadas en tal sentido por diversas naciones y vigila en todas partes. Los servidores de la

F. B. I.,

que por llevar poco tiempo en ella son desconocidos, no inspiran la confianza suficiente para encomendarles una misión de tal envergadura. Los antiguos están a buen seguro, catalogados por los espías de muchas partes y tropezarían con muchas dificultades para desenvolverse en secreto. Llegamos, pues, a la consecuencia de que

usted es la persona más indicada. Los enemigos mezclados en el asunto saben que fue separado del Organismo, que sólo piensa en gozar de la vida. Nadie le considerará elemento peligroso. Por otra parte, usted conoce París palmo a palmo, habla el francés como un indígena...

—Entendido. Me hago cargo del trabajo a condición de que se me permita desenvolverse con absoluta independencia, sin estar supeditado a lo que hagan los demás agentes.

—Se trata de una colaboración.

—Colaboración que prestaré o solicitaré cuando lo aconsejen las circunstancias, pero sin que ello dificulte mis movimientos.

—Bien. Autorizado queda. La única persona con quien importa que se ponga en contacto a la mayor brevedad posible, es el inspector Robin Beaujen, pues lleva la dirección en Francia de la labor conjunta.

—De acuerdo.

La entrevista prolongóse todavía más de media hora. El Secretario dio a Barry todo género de detalles, haciendo hincapié sobre la conveniencia de vigilar estrechamente a un personaje francés llamado François Dahuil, el cual mantenía relaciones con otros de gran altura en política y finanzas. Nada había sido posible probar hasta entonces al referido Dahuil, si bien existían indicios de que se hallaba en connivencia con los espías.

Finalmente, McClure se hizo cargo de un sobre conteniendo listas de los agentes de otros países y de las personas que inspiraban recelos, amén de otras instrucciones útiles para el mejor desempeño de su misión.

—Vuelva mañana —terminó diciendo el Secretario— y recogerá documentación a nombre de Nigel Pickford, que es como habrá usted de llamarse mientras se encuentre en París. También le trasladaremos la consigna para darse a conocer a sus compañeros.

Cruzaron nuevos saludos, y McClure abandonó el despacho.

Lo que menos podía imaginar cuando subió al coche era que Cordell Mallison hallábase oculto aguardando su salida y que, saltando a un auto de alquiler, le siguió obstinadamente.

CAPÍTULO II

¡ASÍ ACABAN LOS TRAIADORES!

Barry, ya en su casa, estuvo examinando detenidamente el contenido del sobre que le entregaran en la Dirección.

El nombre de François Dahuil aparecía en varios lugares y con distintos motivos.

Por fin lo encerró todo en uno de los cajones de la mesa y guardóse la llave.

—¡Vuelta a empezar! —dijo, retrepándose en el asiento.

Y sus negras pupilas brillaron alegremente, iluminadas por el fuego interior de aquel espíritu que despertaba gozoso de su letargo.

Miró el reloj. Era, relativamente, temprano todavía. Sintió el vivo deseo de salir a divertirse, a dar una especie de adiós por tiempo indefinido a la vida de holganza.

Joe se había acostado. Aunque el oído del viejo sirviente era un poco duro, Barry pisó despacio y cerró la puerta con suavidad.

Subió al coche silbando una cancioncilla y alejóse de Jefferson PL, seguido por la mirada ansiosa de Cordell Mallison, quien, convenientemente oculto, aguardaba con la paciencia inagotable de un indio.

El que espía dejó transcurrir cerca de una hora. Quería contar con el mayor número posible de probabilidades de que Joe se hubiera retirado a su habitación.

Penetrar en la casa resultóle fácil. ¡Tenía tanta costumbre de realizar tareas análogas!

Sabía hacia dónde daban las dependencias de la servidumbre y avanzó cauteloso, luego de haberse cubierto con un pañuelo. Llególe pronto la respiración acompasada del durmiente. Cordell abrió muy poco a poco la puerta de aquel cuarto, iluminado por

una pequeña bombilla, y descubrió al anciano, cuyo rostro hallábase casi oculto por las sábanas.

Su intención era ponerle mordaza y atarle convenientemente a fin de eliminar el evento de que se le sorprendiese mientras realizaba el «trabajo» concebido.

Avanzó hacia la cama y, milímetro a milímetro, apartó el embozo, pero Joe despertó segundos antes de que le cerrasen los labios, dio un breve grito e incorporóse a medias. La mordaza cayóle sobre la boca sin que le fuera posible evitarle.

No obstante su avanzada edad, luchó con fuerza insospechada y una de sus manos arrancó el pañuelo. Pintóse el asombro en su semblante. Con aquella acción se condenó a morir. Mallison, al verse reconocido, le echó ambas manos a la garganta, apretando hasta convencerse de que le había estrangulado.

Recuperó el pañuelo, limpiando con él sus huellas.

Fríamente abandonó el dormitorio, trasladóse al despacho y encendió un aparato portátil.

Dio pruebas de ser un consumado maestro en el «arte» de registrar. Nada resistiósele. Rápidas ojeadas bastábanle para darse cuenta de lo que era cada cosa. Desaparecieron en sus bolsillos diversos objetos. Cuando sus ágiles dedos tropezaron con el sobre de la

F. B. I.,

rió bajo, sordamente. Era aquello, cuya existencia había sentido, lo que buscaba con verdadero afán. Examinó las listas y dominando el nerviosismo que le poseía, sacó copia de ellas, así como de los demás documentos. Volvió a colocarlo todo donde estaba, preocupóse de borrar los vestigios de su estancia en aquella habitación, apagó el aparato eléctrico y se encaminó a la calle.

Iba alegre, optimista, jovial. ¿Qué le importaba haber asesinado a un pobre viejo? ¿Qué le importaba la traición que se disponía hacer a McClure, el muchacho que, aun despreciándole —menos de lo que merecía—, le ayudó muchas veces sacándole de grandes apuros? Lo único que le interesaba era que iba a obtener mucho dinero por la información conseguida.

Casi de madrugada ya, McClure llegó a Massachusetts Ave y entró en el club donde a aquella hora solían encontrarse con frecuencia varios amigos suyos de ambos sexos, trasnochadores por

hábito.

Norma, como de costumbre, estaba allí y le llamó con insistencia.

—Hola, preciosidad —dijo él, acercándose.

—Ven donde podamos hablar sin que nos escuchen.

—¡Caramba!

Ofreció el brazo a la joven y fueron a ocupar una mesita apartada.

—Soy todo oídos —anunció, bromeando.

—Has reingresado en la

F. B. I.,

¿verdad?

Costó gran trabajo al joven disimular la sorpresa que aquello le producía. Y su asombro subió de punto oyendo añadir a su interlocutora:

—Me consta que sales con dirección a París, quizá dentro de pocas horas.

Las facciones de McClure cobraron dureza impresionante. Miró a Norma cual si quisiera traspasarla y cerró sus manos como garras sobre los delicados dedos de ella.

—¿Quién te ha dicho eso?

—¡Que me haces daño!

—Perdona... y responde a mi pregunta.

—No me lo ha dicho nadie. Escúchame. Hace dos horas poco más o menos, estuvo aquí un húngaro llamado Jozsi Petboes. Es un tipo extraño, con algo de misterioso en su persona, o por lo menos yo se lo encuentro. Repetidas veces me ha dicho que le gusto y siempre se muestra obsequioso conmigo. Bien, estábamos bebiendo champaña, muy amartelado él, cuando entró Cordell Mallison y le hizo una seña. Jozsi me pidió permiso y fue junto a él. Lo que hablaron debió ser muy importarte, pues el húngaro, olvidándose de mi persona, se metió en un reservado con el sujeto en cuestión. Reconozco que a veces la curiosidad me domina, y el que Petboes me dejara para atender a un tipo como Mallison, antojóseme poco natural. Me acerqué con disimulo. Habían cerrado la puerta y hablaban bajo, pero mi oído es envidiable. El hecho de que pronunciasen tu nombre me hizo aguzarlo más. Así y todo sólo capté palabras sueltas, que bastaron para enterarme de ese próximo

viaje tuyo y de que has vuelto a ingresar en el «Federal Boureau of Investigation». Cordell habló de listas y pidió veinte mil dólares. Me retiré al darme cuenta de que iban a salir, volviendo a mi mesa. Excusóse Jozsi lo mejor que pudo, y ambos abandonaron el club. He pensado mucho y hasta ocurrióseme la idea de buscarte en tu casa si no volvías esta noche.

—Gracias, Norma —dijo Barry dominando su excitación—. Acabas de prestarme un gran servicio. ¿Has hablado con alguien de este asunto?

—No, con nadie absolutamente.

—Pues, por lo que más quieras, sigue callada y olvídalo, si te es posible.

—Me es posible todo lo que equivalga a complacerte. ¡No sabes la satisfacción que me produce haberte sido útil!

—¿Sabes dónde vive Jozsi Petboes?

—Nunca me lo dijo ni se lo pregunté —McClure abandonó la silla, y preguntó ella—: ¿Te marchas ya?

—Sí... Tengo algunas «pequeñeces» que resolver.

—¿Vas a París, efectivamente?

—No lo sé aún, pero, por si acaso, me despediré de ti.

La besó en la boca, cosa que no hacía desde mucho tiempo atrás, sin preocuparse de la gente.

—¡Pero, Barry!...

—¿Te ha disgustado?

—Me encanta. No podías haber pagado mejor mis informes.

—Ahí va otro de propina.

Dióle, efectivamente, un segundo beso y salió del club.

El «Rolls» —conducido por el muchacho— devoraba distancias, hasta que al fin se detuvo ante una casa de la calle Veintisiete, al oeste del Potimac.

Tampoco McClure apeló a nadie para que le franquease la entrada. Valiéndose de sus propios medios, penetró, sigiloso, en el domicilio de Mallison. Descubrió luz en una de las habitaciones y, de un empujón, abrió de par en par las puertas de la misma.

Cordell estaba allí, repasando billetes e incorporóse como si le hubiesen pinchado. La sangre huyóle del rostro y abrió la boca, pretendiendo hablar sin conseguirlo.

Mordaz, hiriente, dijo Barry:

—Hola, queridísimo «tío» de mi alma. ¿Te sorprende mi manera de llegar? ¿La encuentras rara o te recuerda, algo hecho por ti esta misma noche?

Tartamudeó el miserable:

—Yo... yo... no sé qué dices... No comprendo...

—Vamos, serénate. Al fin y al cabo somos «parientes» y entre «parientes» no proceden ciertos formulismos. Todas las horas son buenas, ¿eh? ¡Cuánto dinero tienes! Se conoce que los quinientos dólares que con tanta ansiedad me pediste han hecho cría.

Su calma y causticidad resultaban más amenazadoras que todo cuanto de otra índole hubiera podido llevar a cabo.

Cordell, a quien las piernas negábanse a sostenerle, se había casi desplomado sobre el sillón. Dirigió varias furtivas miradas a uno de los cajones en que guardaba la pistola, más sin atreverse a intentar lo más mínimo por cogerla.

Queriendo tragar una saliva inexistente, pues su boca estaba reseca como la yesca, murmuró, en tono casi inaudible:

—Sí... he tenido suerte... Jugué... ¿Puedo servirte en algo?

—¡Naturalmente! Vas a decirme ahora mismo el domicilio de Jozsi Petboes.

Mallison brincó, a pesar de la laxitud que habíase apoderado de su cuerpo.

—¿Qué yo... te... te diga...? No sé... No conozco... No recuerdo...

McClure, sin previo aviso, le descargó un terrible puñetazo sobre el mentón, privándole de conocimiento.

—Espero que varios como este logren refrescarte la memoria —dijo, aun a sabiendas de que el otro no podría oírle.

Procedió a registrarle. Como suponía —y el dinero lo confirmaba—, las importantes listas no estaban ya en su poder.

Examinó los cajones de la mesa sin encontrar nada interesante, a excepción de la pistola que guardó en uno de sus bolsillos. Cachazudo, fue por un vaso de agua a la habitación inmediata, y salpicó el rostro de Mallison.

—¿Qué, amado «tío», te reanimas? Anda, vuelve en ti, «simpático».

Cordell movió la cabeza, atolondrado aun y desentornó los párpados, volviendo a cerrarlos al darse cuenta de la realidad.

—Comunicáme el domicilio de ese húngaro o te mataré a golpes.

—Nada... te he hecho... para que me trates así... —balbució el asesino—. Esto es infame.

—Ahorra palabras inútiles.

—No conozco a esa persona.

De nuevo los puños de McClure entraron en acción, si bien buscaron para pegar los sitios neurálgicos donde el dolor fuera agudo sin que se produjese el K.

O. Cordell,

por instinto de conservación, procuró defenderse, pero su enemigo le aventajaba en mucho e iba propinándole una paliza de las que dejan memoria imperecedera.

—¡Ya no más! ¡Ya no más! —imploraba el traidor, cuyo rostro sangraba por todas partes.

Barry no quería oírle. Aparte de obtener las señas de Petboes, habíase propuesto dejar convertido a aquel tipejo en una piltrafa.

—¡Hablaré!

—¡Pronto!

Le cogió como si se tratase de un guiñapo y arrojóle sobre la butaca más próxima, donde el miserable cayó derrengado, jadeante, temblando de arriba abajo.

—¿A qué esperas?

—Petboes... habita... en el número ciento nueve de la calle Treinta.

—¿Piso?

—Cuarto, centro.

—¿Quién ocupa la casa con él?

—Una criada vieja.

—¿Ningún otro hombre?

—Ninguno.

—Refiérame cuánto sepas de ese húngaro.

—No sé nada.

El puño de McClure cayó de nuevo sobre el cuerpo del informador, quien lanzó un grito de suprema angustia.

—¿Sigo dándote?

—¡No! Verás... Yo le conozco desde hace tiempo. Le he facilitado a veces documentos de interés y me los ha pagado, pero no sostenemos otras relaciones.

—¿Con qué personas se trata?

—Lo ignoro. Aunque me torturases hasta la muerte, no conseguirías que te dijese lo que no sé. Mi impresión personal es que se trata de un simple intermediario, con más o menos categoría, entre los que le proporcionamos información y el jefe o los jefes que todo lo dirigen. Esta misma noche hube de esperar en su casa a que fuera en busca del dinero que alguien le facilitaría para pagarme. ¡Créeme, muchacho! ¡Créeme!

—Si me has mentido, despídete de la piel.

—¡Juro haberte dicho la verdad! Pero no me descubras. ¡Me matarían!

—Dime ahora qué documentos le entregaste.

—Ninguno. Podrás comprobarlo tú mismo. Encontrarás el sobre en el mismo lugar donde lo pusiste.

—¡Perro! ¿Cómo conoces la existencia de ese sobre?

—Pues...

—¡Te voy a rematar!

—¡No! ¡No!

—Copiaste lo que había en él, ¿no es cierto?

Mallison apretó los labios, pero como viera levantarse sobre su cabeza el puño del enemigo, exclamó:

—¡Perdóname!

Barry sintió asco de aquella miserable alimaña, y se contuvo. No lo hubiera hecho de haber conocido la suerte del pobre Joe.

—Que la ley se encargue de ti —decidió.

Quitóle el cinturón, atándole con él las manos a la espalda. Una cortina le sirvió también como cuerda para dejarlo sujeto al mueble más pesado de la estancia.

Acto seguido telefoneó a una comisaría donde tenía amistad, diose a conocer y pidió que vinieran en busca del prisionero.

Le interesaba dar con el húngaro cuanto antes y corrió escaleras abajo sin preocuparse de cerrar.

Ya en la calle, paseó la mirada en derredor. Vio un «Pontiac» con los faros apagados, pero concedióle importancia. Y subiendo a su coche alejóse a velocidad más que respetable.

Del «Pontiac» salió un hombre. Inmediatamente después, el que se hallaba al volante del vehículo y otro compañero que se le sentó al lado, lanzáronse en seguimiento del «Rolls».

El hombre que abandonara el «Pontiac» deslizóse como una sombra y subió hasta el domicilio de Mallison, adentrándose en el mismo con ciertas precauciones.

—¡Hotell! —exclamó el prisionero al reconocerle.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Desátame. Me estoy muriendo.

—Responde.

—¡Ese maldito McClure! ¡No sé cómo ha podido enterarse de mi conversación con Petboes! Me ha roto varios huesos y ha telefoneado a la policía para que vengan a recogerme. ¡Suéltame sin perder minuto! Hemos de huir y avisar al húngaro. McClure va en su busca.

—Va en su busca... eso es señal de que has cantado.

—No, yo...

—Y de que seguirías cantando si la policía te pillase.

El llamado Hotell avanzó siniestramente hacia el asesino, quien, leyéndole en las pupilas las intenciones, dijo horrorizado:

—¡Te equivocas! ¡Nada dije! ¡Nada diré!

—Desde luego, no dirás nada.

Y con rápido movimiento sacó un puñal y hundióle en la garganta de Mallison.

—¡Así mueren los traidores!

El asesino del pobre Joe entregó su alma al diablo sin proferir un grito siquiera.

Hotell, rápidamente, se embolsó los billetes desparramados sobre la mesa y dispúsose a salir en el preciso instante en que un inspector y varios números de la Policía llegaban a la puerta del piso.

Dio un gran salto hacia atrás y empuñó la pistola.

—¡Alto! —ordenóle el inspector.

La respuesta fue una rociada de plomo que alcanzó a éste hiriéndole en un brazo.

Las automáticas de los agentes entonaron su canción mortal y Hotell, con más de veinte heridas en el cuerpo, hechas en fracciones de segundo, derrumbóse, en cruz los brazos, hundiendo la cara en la polvorienta alfombra.

—¿Es grave lo suyo, inspector? —quiso saber uno de los policías.

—Opino —repuso el interrogado con frialdad— que debe ser bastante más grave lo de ese sujeto.

—Es posible que lo sea —comentó uno de los agentes, volviendo el cadáver de Hotell—. Por lo pronto, no respira.

Desde que Norma hizo saber a McClure que sus actividades no constituían secreto, despertáronse las adormecidas aptitudes de éste y renació su antigua costumbre de estar siempre en guardia. Ello le permitió darse cuenta pronto de que le seguía el «Pontiac». Pudo comprobarlo a través del espejo, no obstante las precauciones adoptadas por el chofer del tal automóvil.

Al doblar la esquina de la Calle Treinta, entrando por Dumbarton, en dirección sur, detuvo Barry su coche dejando el motor en marcha. Quitóse la americana y la colgó del volante, poniendo el sombrero encima. Retiróse al interior y se echó al suelo del vehículo.

La dudosa claridad del alba ayudaría al éxito de la simple estratagema.

Así fue. El «Pontiac» cruzó como una tromba mientras uno de sus ocupantes disparaba su pistola ametralladora sobre lo que había tomado por el cuerpo de McClure, el cual incorporóse a los pocos segundos, ocupó su puesto en el «baquet», dio marcha atrás —pues las balas, clavadas en muchos sitios, no afectaron al buen funcionamiento del automóvil—, y, volviendo a Dumbarton, siguió hasta la calle Veintinueve, lanzándose por ella a velocidad de vértigo. Cerca de Barge Trips cerró el paso al «Pontiac», cuyo conductor, altamente sorprendido, afanóse en frenar. No terminó la maniobra; el plomo disparado por Barry perforóle la frente y alcanzó en el pecho al que le acompañaba.

Continuó el «Rolls» su carrera alucinante, dejando atrás la alarma producida. Detúvose en las proximidades de Preeway. Barry saltó a tierra llevándose el sombrero y la americana, ambas prendas traspasadas por varios balazos, y colocóselas a pesar de todo, pues siempre hubiera llamado más la atención caminando sin ellas.

Se alejó del vehículo. Le importaba poco que, tomando nota de la matrícula, trataran de pedirle responsabilidades si es que llegaban a relacionarle con lo ocurrido. Ya pondría en claro las cosas. Lo único de interés en aquellos momentos era coger a Petboes antes de que resultara demasiado tarde.

Cruzando calles volvió en busca otra vez de la Treinta, si bien a cierta distancia de donde se iniciara el reciente drama.

El aire le trajo rumores que, dedujo, serían producidos por los que comentaban el tiroteo. Volvió la espalda a los mismos, y, como el más inofensivo de los ciudadanos, dióse a buscar el número ciento nueve.

Aumentaba la claridad.

Barry se quitó el sombrero, pues el tráfico crecía por minutos y lo más probable era que alguien se fijase en los boquetes hechos por las balas. Los de la chaqueta resultaban menos visibles.

Luego de haberse facilitado a sí mismo el acceso al portal, McClure se detuvo ante la dependencia que, según Mallison, ocupaba Petboes. No podía ocultar el temor a haber sido engañado, pero imponíase el correr tal riesgo. Se dijo que, en buena lógica, el traidor debió pensar que nada adelantaría con mentir por cuanto, apenas fuera descubierto el embuste, se recrudecería el castigo.

Manipuló en la cerradura. Pronto advirtió que la puerta tenía echado por dentro un cerrojo de doble seguridad.

Indeciso, cesó en los manejos. Llamar al timbre era exponerse a que se negaran a recibirle, a que el húngaro huyese por cualquier parte o a que, de hacerle entrar, le acogiera a tiros.

Ocurriósele la idea de telefonarle, en nombre de Cordell Mallison, citándole a un punto estratégico. Probablemente, en el listín figuraría su número.

Dispuesto a actuar así, inició el descenso en el preciso instante en que oyó descorrerse el cerrojo de la puerta que le interesaba. Volvió atrás de un brinco y arrimóse a la pared.

Un hombre de cuarenta y tantos años apareció en el umbral. Barry recordó haberle visto en distintas ocasiones, aunque nunca le concedió atención ni supo cómo se llamaba.

Se le acercó de pronto, inquiriendo:

—Es usted el señor Petboes, ¿verdad?

El gesto de estupor y pánico, del húngaro le convenció de que Mallison no le había mentado.

—¿Qué... desea? —preguntó aquél, haciendo esfuerzos por disimular la excitación que acababa de dominarle, pues conocía perfectamente a McClure.

—Vuelva a entrar. Hablaremos mejor en la casa.

—Le advierto...

En la mano de Barry apareció una automática cuyo cañón apuntó siniestramente a Jozsi.

—Obedezca. Si grita o hace resistencia le mato.

Y al hablar empujóle suavemente hacia adentro, penetrando tras él.

—Separe las manos de los bolsillos, señor Petboes. De ocurrírsele tocar un arma sería usted el primero en lamentarlo. Continúe adelante. No vuelva la cabeza ni haga ruido. ¿Para qué despertar a la criada? Guíeme a su despacho.

Acuciado por la automática, el húngaro llegó hasta una habitación cerrada y abrióla de par en par.

—Usted primero —dijo McClure, burlón.

—Esto es un atropello incalificable —protestó Petboes, recobrando algún dominio sobre sus nervios.

—Quizá; pero resulta un inocente juego de niños si se compara con su actuación. ¿O acaso no tiene usted nada que ver con las personas que han querido asesinarme hace poco en esta misma calle?

—No tengo la menor idea de lo que dice. Le desafío a que pruebe tal calumnia.

—Hay algo que me interesa mucho más ahora. Los documentos que le ha entregado Cordell Mallison.

Jozsi no pudo contener un ligero temblor de labios. Vióse perdido.

—Levante bien los brazos —añadió McClure—. Voy a comenzar el registro por su propia persona. Así. Vuélvase de espaldas otra vez.

—Yo no debo consentir...

—Ande, no me obligue a aumentar la violencia.

Obedeció Jozsi. Barry comenzó el cacheo, pero volvióse con rapidez, desviándose instintivamente del lugar en que se hallaba. Un enorme pisapapeles pasó rozándole la cabeza. En el umbral había aparecido una mujer ya entrada en años, de aspecto hombruno y ojos de basilisco. Tratábase de la criada del húngaro. Éste, aprovechando la situación, empuñó una pistola que ocultaba en la sobaquera; mas no le fue posible utilizarla pues McClure apretó el gatillo; atravesándolo el brazo derecho.

La criada, luego de un grito ahogado, utilizó como segundo proyectil la escribanía de bronce. Barry lo esquivó también, saltó sobre ella y de un contundente puñetazo la hizo caer completamente «groggy».

Petboes, aun herido, buscó frenético el arma que el horrible dolor le obligase a soltar. En el momento de inclinarse a recogerla, McClure echóse encima y le golpeo en la sien con más fuerza de la que hubiera querido.

Desplomóse el húngaro como un buey apuntillado.

Barry llevó a cabo el registro. En un bolsillo interior de Jozsi halló sin dificultad las copias que Cordell facilitase a aquél. Respiró a gusto.

Taponó y vendó la herida de Petboes. Interesaba que se mantuviese en condiciones de hablar largamente en presencia de las autoridades. Procedió después a atarle, repitiendo la operación con la furibunda doméstica.

Terminada aquella tarea, telefoneó, por segunda vez aquella noche, a la comisaría donde tenía amistad pidiendo acudiesen para hacerse cargo de unos «pájaros de cuenta».

Mientras acudían los llamados, abrió cajones, revolió papeles y encontró no pocas cosas de interés.

No hizo caso de las voces que iban produciéndose fuera. Sin duda los vecinos oyeron el disparo y procuraban localizar la casa de dónde había partido.

Terminado el trabajo, acercóse a la puerta para abrir tan pronto como se anunciase el refuerzo que solicitara.

—Ha debido ser en casa del señor Petboes —decía en aquel instante una señora estirada y seca como un huso—. Mi cuarto es el de al lado. Yo estaba dormida y me desperté de pronto...

Interrumpióse. Alguien decía desde los pisos inferiores: «¡La Policía!... ¡La Policía!».

McClure abrió. Los vecinos agrupados cerca le miraron, con asombro primero y miedo después, tomándole por el presunto asesino que les preocupaba.

Al frente de cuatro hombres venía el propio comisario amigo de Barry.

—¡Muchacho! —exclamó—. ¡Esto es el colmo! ¿Tiene usted el don de la ubicuidad? ¡Hace casi nada, haciendo de las suyas en la

calle Veintisiete; ahora aquí!...

—Bueno... —repuso McClure, sonriendo—, no se sorprenda usted demasiado si le dicen que entre una acción y otra... he hecho pupa a los ocupantes de un coche que, previamente, me dejaron inservibles la americana y el sombrero... como puede verse.

Penetraron en la casa, cerrando la puerta a los curiosos, que se miraban estupefactos.

Explico Barry lo acaecido, sin aclarar la clase de documentos que lo habían originado.

—La dirección de la

F. B. I.,

aclarará este extremo —dijo—. Ahora lo que importa, en bien del problema, es que no trascienda mi nombre.

—Procuraremos complacerle, aunque... ¡han ocurrido tantas cosas!...

Y el comisario narró la aventura en casa de Mallison, la muerte del mismo y del llamado Hotell...

—¡No pierden tiempo! —comentó el joven—. ¡Bien! ¡Han ahorrado trabajo al verdugo!

Recalcó la importancia de poner a buen recaudo a Petboes como asimismo a la sirvienta, posible cómplice de éste, y salió presuroso por la escalera de servicio.

Trasladóse a su casa y abrió con el llavín.

Le produjo inquietud el silencio imperante, pues Joe a aquellas horas solía estar ya dedicado a sus quehaceres.

Llamó repetidas veces y, sintiendo agudizarse sus temores, comenzó a recorrer las habitaciones.

Un grito de angustia y rabia se escapó de su pecho al descubrir el cadáver.

—¡Joe!... ¡Mi viejo amigo!...

Brotó la exclamación triturada por los dientes. Maldijo a Hotell por haber matado a Mallison. ¡Cuánto le hubiera gustado correr en su busca y aplastarle!

—La culpa fue mía —acusóse McClure—. Yo no debí dejar el sobre en un cajón de mi mesa, sino en la caja fuerte. Cometí un descuido imperdonable cuya única explicación estriba en que, después de un año separado del servicio, no se me ocurrió que nadie sospechase de mí, y menos aún Cordell Mallison, a quien

siempre consideré un pobre e inofensivo diablo. Por eso, porque la culpa es mía, me preocupé de reparar el daño e hice lo que hice. Pude haber seguido a Petboes en vez de enfrentarme con él y descubrir adónde llevaba los documentos, pues imaginé que su salida temprana obedecía a tal fin; pero era correr el peligro de que mi trabajo fracasase y las listas en cuestión fueran conocidas por más personas. Teniendo, como se tiene, en prisión al húngaro, se le puede obligar a que declare cuánto sabe. Espero se designe personal competente para tal fin.

El Secretario había escuchado la narración de McClure sin interrumpirle. Este no había omitido detalle alguno de lo que pasó a partir del momento en que Norma le hiciera la importante confidencia.

—La labor de usted ha sido excelente —admitió el alto empleado—, pero temo haya de continuarla aquí, renunciando al propósito que anoche le expuse.

Barry achicó los ojos, denotando disgusto.

—¿Por qué?

—Compréndalo; lo que más importaba, que era la ignorancia por parte del enemigo sobre la reanudación de sus actividades, no existe. Habrá que pensar en otra persona para que actúe en París.

Barry se levantó.

—No comparto esa opinión suya. Cordell Mallison ha muerto; Petboes está detenido. Las listas obraban en su poder y se hallan ahora en el nuestro. No tuvo ocasión de dárselas a nadie. El secreto, dentro de la lógica, subsiste. Y así como anoche resistíame a lo que ustedes pretendían, hoy soy yo quien solicita mezclarme en esa maraña sangrienta y rendir un fruto digno de mi propio aplauso.

—Será cosa de consultar...

—Hágalo. Aquí espero.

Quedó solo McClure. A los pocos minutos, el Director dio la orden de que pasase a su despacho, donde el Secretario encontrábase todavía y quiso oír la versión de los sucesos a través del mismo protagonista.

El resultado, ante la insistencia de Barry, fue ratificarle la misión que había de conducirlo lejos de Norteamérica.

Media hora más tarde, el joven salía del Pentágono con todo lo preciso para lanzarse a la peligrosa empresa.

En un bolsillo llevaba documentación a nombre de Nigel Pickford y en la memoria la consigna para darse a conocer a sus futuros colaboradores.

CAPÍTULO III

SABOTAJE

La mujer que ocupaba el asiento contiguo al de McClure en el gran aeroplano, merecía el calificativo de excepcional. ¡Qué ojos los suyos, negros, grandes, misteriosos; qué boca tan perfecta y atractiva; qué cabellos, como el azabache, graciosamente ondulados; qué figura de estatua griega!...

Durante algún tiempo permaneció silenciosa, recogida en sí misma, observándolo todo con disimulado interés y como si temiera que la molestasen los pasajeros cuyas miradas deleitábanse en su contemplación; pero luego, al advertir que Barry permanecía indiferente, fue ella la que inició el diálogo repetidas veces.

En otras circunstancias, el muchacho hubiera bendecido su buena fortuna; en aquéllas, no. Su ánimo estaba mal predispuesto para escauceos amorosos. No quería complicaciones. Había comenzado un trabajo difícil de gran responsabilidad, y proyectaba dedicar al mismo sus pensamientos todos. De ahí que se mostrase frío, dentro de la corrección, con la joven y que no hiciese lo más mínimo por parecer agradable.

Hasta cometió el pecado de no exteriorizar entusiasmo alguno cuando su interlocutora dijo ser Vicky Greger, estrella cinematográfica apartada de los estudios desde hacía algún tiempo y que ahora, vencida por la insistencia de un productor francés, trasladábase a París con objeto de interpretar dos películas.

—Debo haberla admirado en algún film, pero no voy mucho al cine y difícilmente se me quedan en la memoria los nombres de los artistas —fue todo lo que dijo Barry, a modo de excusa.

Vicky, lejos de darse por ofendida rió de buena gana. Y su risa musical sumó un nuevo atractivo a los muchos de que era dueña.

—Resulta delicioso —afirmó— que le hablen a una así. No sabe hasta qué punto se hacen insoportables los elogios repetidos, el asedio de los periodistas, la multitud, pluma en ristre, solicitando autógrafos... ¡Ufff!... Le aseguro que si me he pasado dos temporadas recluida en mi casa de Los Ángeles ha sido huyendo de la popularidad.

—Lo creo —admitió McClure.

Y con tan breve afirmación dio por concluido el tema, si bien quedó pensando que, para ser enemiga de la popularidad como decía su interlocutora, habíase dado demasiada prisa en decir su nombre.

Vicky, ante la actitud de aquel compañero de viaje, inició en distintas ocasiones deliciosos mohines de disgusto; más pronto los sustituía por otros risueños, que acentuaban la belleza de su rostro.

Cualquier cosa le significaba motivo para hablar. Y como lo hacía vertiendo el encanto inmanente de su persona, fue haciéndose interesante a los ojos de McClure quien, contra su propósito, iba quitando espesor al muro de frialdad en que habíase atrincherado.

Aquel principio de éxito halagó a Vicky, induciéndola a hacer lo posible por conseguir que aumentase.

Los demás pasajeros observaban con envidia al apuesto muchacho que a todas luces desaprovechaba su suerte.

De pronto el avión hizo un movimiento raro, un movimiento que nada tenía que ver con los que suelen originar los baches de más o menos importancia.

Sonaron gritos nerviosos lanzados por las mujeres; los hombres quisieron sonreír, sin conseguirlo. Todos dirigieron la vista a la inmensidad del mar sobre el cual volaban.

Barry concentró la atención en el ruido de los motores y dióse cuenta de que uno de éstos fallaba.

La arruga de su entrecejo intranquilizó a Vicky.

—¿Cree que puede tratarse de algo grave?

—Trataré de averiguarlo.

Sin nerviosismo dirigióse hacia la cabina de pilotos. Una de las azafatas cruzósele diciendo, en medio de forzada sonrisa:

—Perdone; está prohibido...

Pronunció el muchacho unas palabras en susurro relativas a su personalidad y la empleada, ligeramente sorprendida, se apartó:

Los viajeros mirábanse entre sí, desasosegados.

El avión, aparentemente al menos, recobró la normalidad merced al contrapeso con que, mecánicamente, se suplió el fallo de uno de los cuatro motores.

Las azafatas atendían con su serenidad acostumbrada.

—Tranquilícense; no hay peligro. No olviden la clase de aparato que es éste. Tendrían que estropearse dos motores de cualquiera de los lados para que se produjera una desgracia, y eso, como comprenderán, es casi imposible —dijo una de ellas.

Otra añadió:

—Piensen también en la garantía que significan los chalecos salvavidas, chalecos que se inflan por medio de cilindros en forma de cápsulas, llenos de dióxido de carbono. No hay posibilidad de ahogarse llevando una prenda de éstas.

Las asaetearon a preguntas.

Barry reapareció poco después. Aun sin conocerle, por el solo hecho de verle venir de donde venía, todos le consultaron sin palabras.

Empleando un tono bromista para restar importancia a sus manifestaciones, habló él:

—Nada... uno de los motores se «constipó». Pasaremos tan ricamente sin sus servicios. No obstante, como hombre precavido vale por cien, voy a colocarme el chalequito. Ustedes no harían nada de más con seguir mi ejemplo. Por lo menos reiremos un poco viéndonos con tan «elegante» prenda —añadió, dirigiéndose a Vicky —: Póngaselo.

—Es que...

—¡Póngaselo!

Fue una orden. La muchacha, sosteniendo durante unos momentos la mirada de McClure, dispúsose a obedecer.

Siguió el joven, entre bromas y veras para sostener los ánimos, insistiendo cerca de todos para que les imitaran.

Algunas damas presumidas ofrecieron cierta resistencia, aunque acabaron haciendo lo mismo que el resto del pasaje.

Las azafatas —a quienes el jefe de nave había pasado ya instrucciones sin que nadie lo advirtiese— contribuían a serenar los ánimos, y repetían lo preciso sobre el uso de aquellas prendas tan antiestéticas como útiles.

Barry, en el mismo tono frívolo, dijo en voz alta mientras se acababa de ajustar el chaleco:

—¡No hay como ser amigo del piloto para satisfacer ciertas curiosidades! ¡Acabo de averiguar algo magnífico! Aun en el improbable caso de que cayésemos, al mar, nada nos ocurriría. Nuestro aparato lleva «alas acuáticas» que impiden el hundimiento. ¡Las cosas que se inventan!... Dichas «alas acuáticas» van provistas de compartimientos en los cuales existen grandes talegos con un mecanismo eléctrico que al ponerse en contacto con el agua abre las válvulas del

CO₂

o anhídrido carbónico.

Los que lo oían no acababan de comprenderle. Sin embargo, recobraron la calma casi por completo.

McClure se había guardado mucho de añadir que si, en caso de necesidad, el aparato precipitábase violentamente sobre el océano en vez de acercarse a él suavemente, de poco servirían las tales «alas acuáticas».

Tornó a sentarse junto a Vicky, la cual exclamó:

—¡Es usted un hombre poco vulgar!

—¿Y eso?

—Ha conseguido tranquilizarnos a todos con su serena manera de expresarse.

—Agradezco su cumplido y le haré la justicia de reconocer que tampoco usted es una muchacha corriente. ¡No se ha alterado lo más mínimo!

—¡Qué observador!

—¿Me equivoco?

—Sólo a medias. La perspectiva de zambullirme no me resulta grata; pero tampoco le concedo suficiente importancia para ponerme a dar gritos.

Hizo una breve pausa y añadió:

—Cuando le pregunté si creía en el peligro me dijo que trataría de averiguarlo; ahora que lo ha hecho, ¿me permitirá que insista?

La escrutó Barry atentamente y, encontrándola tranquila, sin afectación, confirmóse en la creencia de que se hallaba junto a una criatura digna del mayor interés.

—La complaceré, puesto que lo desea. Uno de los motores del

lado derecho ha quedado inútil sin que, en apariencia, haya razón que lo justifique. Eso no significa gran trastorno; pero si fallase el otro de la misma parte...

Se contuvo. Idéntico ruido al que antes le sobresaltara acababa de producirse.

El avión pareció estremecerse, e inclinóse hacia la derecha, comenzando a perder altura.

Cundió el pánico.

Gritos, ayes, convulsiones...

McClure procuró imponerse.

—¡Calma!... ¡Calma!... ¡Recuerden lo que he dicho sobre las «alas acuáticas»! ¡Nuestros pilotos son algo serio!

Vicky exclamó:

—¡Nos posaremos sobre el mar como un barquito de vela!

—¡Cállense! —rugió un pasajero, presa de pánico—. ¡Estamos perdidos! ¡Vamos a perecer ahogados en este armatoste! ¡Y yo no quiero morir!... ¡No quiero morir!...

Sus voces hicieron que el terror se acentuase.

Barry lanzóse sobre él y le zarandéo violentamente:

—¡Muérdase la lengua! ¿No comprende el daño que origina?

Las agitadas aguas parecían subir a velocidad de vértigo.

Se produjo un choque que lo conmovió todo; pero el avión, sin llegar a hundirse por completo, continuó deslizándose...

Cesó el ruido de los motores.

Las «alas acuáticas» cumplían su misión de sostener el aparato sobre el mar.

Transcurrieron muchos minutos de zozobra, de angustia indescriptible, de miedo elevado a la enésima potencia.

McClure siguió demostrando ser el hombre capaz de sobreponerse a todas las situaciones: empleando violencia con quien la requería, frases justas de aliento en términos generales, optimismo, notas cómicas; incluso consiguió, poco a poco, que el terror decreciera y se aceptase lo ocurrido como un mal menor del cual saldrían felizmente.

Vicky, magnífica también en su comportamiento, le observaba con admiración, ayudándole en la tarea.

Las azafatas, acertadas en sus intervenciones, coadyuvaban asimismo al esfuerzo por lograr que la desesperación de los

timoratos no ocasionara daños irreparables.

Uno de los pilotos unióse a los pasajeros, anunciando:

—Lanzamos el

S. O. S.,

cuando el segundo motor empezó a ir mal; la radio, por fortuna, funciona aún y sigue lanzándolo. No estamos muy lejos de New York y es de esperar que nos recojan pronto.

McClure estrechóle la mano a la par que decía:

—Permítame felicitarle en nombre de todos. Tanto usted como sus compañeros han demostrado serenidad maravillosa, pericia insuperable. De no haber podida controlar los nervios, les hubiera sido imposible descender como lo han hecho. Han salvado nuestras vidas.

—Y las nuestras —corrigió el piloto, campechano, restando importancia a la acción.

Protestó una azafata:

—¡No hable así, señor Steward! ¡Bien sabemos hasta qué punto son capaces de sacrificarse por las personas confiadas a ustedes!

Steward rechazó el elogio con un ademán simpático, a la par que añadía:

—También estamos radiando los detalles del accidente. Esto ha sido, sin duda, un acto de sabotaje, y conviene que las autoridades se enteren enseguida y procedan en consecuencia.

Barry había pensado ya en aquello y tuvo el presentimiento de haber sido él la persona a quien se quiso eliminar. La idea de que los enemigos no hubieran vacilado, con tal de conseguir el criminal propósito, en destruir las decenas de vidas que corrían su suerte le produjo una conmoción que difícilmente pudo contener.

Transcurrieron horas terribles. El mar encrespóse, jugando con el enorme avión cual si se tratase de una cáscara de nuez.

Barry multiplicaba los afanes en levantar los espíritus. Vicky seguía siendo una colaboradora magnífica.

Por fin, cuando la noche empezaba a caer, apareció un barco en el horizonte.

Barry levantó su copa:

—¡Por usted!

—¡Por usted! —contestó Vicky, imitándole.

Mientras bebían miráronse a los ojos (dos pares de negras

hogueras) y se sonrieron, distendiendo los labios sobre el fino cristal.

Hallábanse en un hotel de Nueva York. Los demás viajeros del siniestrado aeroplano habían tomado distintos caminos tan pronto como el barco que acudió a recogerlos dejóles en el puerto. Únicamente ellos adoptaron la determinación de permanecer juntos unas horas y celebrar la buena suerte tenida en medio de la desgracia.

La cena, interrumpida a veces para bailar, antojábaseles deliciosa.

No aludían a la dramática aventura reciente. Era como si los dos se hubieran propuesto concentrar en un rato la intensidad de sus seres.

—¡Qué gran cosa es encontrarse a gusto!

—¡Y qué pocas veces nos encontramos así de verdad! Sin embargo...

De pronto ella pareció caer en algo muy serio o muy gracioso; tan serio o tan gracioso que la obligó a interrumpir su frase, fruncir el entrecejo y resolver el pensamiento en una risa cristalina, prolongada...

McClure la observó, intrigado.

—¿Puedo saber lo que le ocurre?

—Oh, nada... Observo que estamos en plan de íntimos amigos, que nos hemos visto a las puertas del más allá... y que todavía no sé quién es usted; ¡ni siquiera cómo se llama!

Sonrió él, más con los ojos que con la boca.

—He sido un incorrecto no presentándome. Mientras volábamos no lo creí necesario; luego, el dramatismo de lo que sucedía se impuso a todo lo demás; ahora... me siento tan por encima de todo lo corriente, que los formulismos me desagradan. Me gustaría no saber tampoco quién es usted. De esa manera, al separarnos, conservaríamos un recuerdo más original de nuestra aventura.

—¿Poeta?

—¡No! ¡Qué disparate! Lo que pasa es que, a veces, hasta a los más prosaicos nos entran arrechuchos sentimentales. Bueno, la realidad se impone. Usted me ha dicho quién es y yo debo corresponderle. Me llamo Nigel Pickford y me dedico a vivir.

—¡A vivir!

—¿Le parece mal?

—A eso nos dedicamos todos.

—Se equivoca. La mayor parte de la gente vive por inercia... sin darse cuenta de lo que hace; yo le saco a la Vida todo cuanto puedo dar de sí, sobre todo en emociones de cualquier índole.

—Y... ¿esa «ocupación» le permite sufragar sus gastos?

—Sí... con la ayuda de mi cuenta corriente.

Tornaron a reír, a beber y a bailar.

Era ya casi de madrugada cuando decidieron retirarse a sus habitaciones respectivas.

—Ya que usted no me lo pregunta —bromeó Vicky—, le diré que no tengo inconveniente en que al mediodía comamos juntos.

—Sigo pecando de incorrecto. No me lo tome en cuenta.

Separáronse con un fuerte apretón de manos.

Horas más tarde, un camarero despertó a McClure trayéndole un cable urgente. Era la respuesta al que él cursara, en clave, informando a la

F. B. I.,

de lo sucedido y ratificando el propósito de ir a Francia.

Lo abrió. Venía también cifrado. Tardó bastante en traducirlo. Se le ratificaba la autorización para efectuar el viaje y hacíasele saber que apenas recibida la noticia del accidente fueron apretadas las clavijas a Jozsi Petboes, averiguándose que la avería era fruto de un acto de sabotaje. El autor del mismo, encarcelado ya, hizo mal los cálculos, pues el siniestro debió producirse cuando el aparato volase sobre tierra firme.

Barry reflexionó largamente. Le desagradaba la idea de no ver más a Vicky. Aquella mujer había interesado como ninguna otra. Acabó, sin embargo, diciéndose que sería lo más acertado. Ante todo y sobre todo estaba la obligación.

Dióse una prolongada ducha a fin de despejarse bien. Por último escribió brevemente a Vicky, pidiéndole disculpas y hablando de un aviso inesperado que le robaba el placer de almorzar con ella según habían convenido.

CAPÍTULO IV

COBARDE ASESINATO

Anthony Leigh, agente del Servicio Secreto británico, llegó a París con una misión análoga a la que la

F. B. I.,

encomendase a Barry McClure: colaborar con sus compañeros en el descubrimiento de los espías que tan activa labor estaban llevando a cabo.

Era hombre de treinta y cinco años, rubio, alto, de pupilas grises y risueñas.

Salió del aeroplano sin prisas, cual si quisiera enterarse desde el primer momento de todo lo que fuera mostrándole la capital francesa, no visitada desde tiempo, atrás.

En el momento de traspasar el recinto del aeródromo, se detuvo gratamente sorprendido. Dos hombres, semiembriagados al parecer, discutían en voz.

—¡No hay nada como el Burdeos! —decía uno—. Y dentro del Burdeos, la marca «Francia Vieja».

—¡Prefiero el Borgoña! —respondíale el otro—. Y del Borgoña, el llamado «Tres ceros».

La mayor parte de la gente pasaba sin mirarles siquiera. Alguien comentó:

—¡Están ya pesados estos propagandistas!

—Sí —repuso un amigo—. Deben ser agentes de ventas. Les he oído ya varios días esa cantinela.

Anthony Leigh acercóse a ellos, prestó atención acentuada a aquella especie de muletilla y dijo:

—Me gustaría averiguar quién está en lo cierto.

Era la consigna.

Para el agente británico significó motivo de satisfacción que se dieran tanta prisa en hacerse conocer los que habrían de ser sus compañeros en la difícil tarea que aguardaba.

Los pseudos propagandistas cambiaron una mirada de inteligencia.

—Lo averiguará usted si se digna acompañarnos —dijo uno de ellos.

—Su opinión sobre dichos «caldos» puede ser interesante —afirmó el otro.

Se alejaron juntos. Un coche les esperaba a corta distancia. Tan pronto como estuvieron acomodados, preguntó el que hablara último:

—¿Tiene preferencia por algún hotel?

—Pienso hospedarme en el «Londres».

El chofer no necesitó que se le dieran las señas para poner el auto en marcha.

Inquirió el que elogiara el vino de Burdeos:

—¿Oyó alguna vez un apellido que empieza con las letras L A I?

—Conozco uno que empieza con esas letras y acaba en

G T B

—repuso el inglés. Y añadió, sonriendo—: Sí; lo he oído y ustedes lo oirán muchas veces.

—Gilbert Crosb es mi nombre —anunció uno de los interlocutores—. Al menos... mientras resida en París. Trabajo a las órdenes de Nigel Pickford... Llamémosle de ese modo.

—Mi documentación me acredita como Pierre Sully —dijo el otro—. Actúo con Alfredo Treville. En su representación y en la del señor Pickford, llevamos mi compañero y yo varios días acudiendo al aeródromo.

Mostraron, en efecto, unos carnets especiales.

El agente británico agradeció la deferencia que aquello representaba. No tenía la menor idea de que existiesen Gilbert Crosb ni Pierre Sully; pero en cambio sabía que los camaradas más destacados de Norteamérica y Francia con quienes tendría contacto usaban respectivamente los nombres de Nigel Pickford y Alfredo Treville.

Todo parecía normal.

Hizo una consulta con la mirada, refiriéndose al chofer.

—De absoluta confianza —respondióle Crosb—. Es de los nuestros.

—¡Ah!... Pues sí, me llamo Anthony Leigh... por ahora.

Y enseñó también un carnet extendido a tal nombre.

Dijo Pierre Sully, sin dar importancia excesiva a sus palabras:

—Los señores Treville y Pickford se encuentran en este momento reunidos y, precisamente, a no mucha distancia del «Hotel Londres». Nos consta que le esperan con verdadera impaciencia y que se alegrarán mucho de verle.

Anthony estuvo tentado de responder que les visitaría más tarde, pero parecióle incorrecto obrar así con quienes se mostraban tan atentos. Por otra parte reconoció la conveniencia de no perder minuto en el primer cambio de impresiones.

—Celebraría saludarles enseguida.

Crosb dio unas señas al conductor.

Hablaron de cosas indiferentes.

El automóvil se detuvo en una callejuela próxima a la Avenida de Henry Martin, ante una casa de tres pisos.

—Voy delante para guiar —dijo Pierre Sully.

Así lo hizo. Tras él, subió las escaleras Leigh, seguido de Gilbert Crosb y del chófer.

Detuviéronse en el piso tercero. Sully abrió una puerta con el llavín que llevaba en el bolsillo, y apartóse a un lado.

—Pase por favor, señor Leigh.

El inglés, tras una breve inclinación de cabeza, cruzó el umbral. Crosb y el chófer le imitaron. Este último cerró tras sí.

Pierre colocóse delante y empezó diciendo, a fin de atraer la atención de Anthony:

—Voy a anunciarle. La sorpresa va a ser gratísima, pues...

No le fue necesario continuar: Crosb, que había quedado a espaldas del agente británico, utilizó una pistola como maza y descargóle en la cabeza un golpe que hubiera bastado para derribar a un toro.



Utilizo una pistola como mazo...

Entre Pierre y el chófer le cogieron en brazos antes de que cayese al suelo y trasladáronle a otra habitación perfectamente disimulada, para llegar a la cual resultaba preciso oprimir determinado resorte. En dicha habitación, cuyo suelo y paredes eran de mármol, había un recipiente grande y una anaquelaría

repleta de frascos.

Leigh fue despojado de sus ropas. Inmediatamente después, Crosb le hundió un puñal en el corazón. Entre los tres depositaron el cadáver en el recipiente. Mientras el chófer se encargaba de irle rociando líquidos corrosivos que desharían el cuerpo en plazo relativamente corto. Crosb y Sully pasaron a otro departamento y dedicáronse a registrar las ropas de la víctima.

—La cosa ha resultado bastante fácil.

—Era de suponer. La mayor dificultad consistía en que se hubiera empeñado en llegar antes al hotel. Hubiéramos tenido que matarle en el coche en evitación de que se le ocurriese iniciar gestiones por su cuenta. Está de enhorabuena el americano. De haber llegado el primero habría corrido la suerte del inglés. Ahora, en cambio...

—Ahora, en cambio, será un «compañero» del jefe.

Pierre Sully, mientras lanzaba la cínica frase, marcaba un número en el teléfono. Una voz respondió al otro extremo del hilo. Cambiaron palabras de inocente significado, las cuales les servían para identificarse, y el asesino anunció:

—El negocio está concluido.

—¿Sin tropiezas?

—Sin tropiezos.

—Voy hacia allá.

Media hora más tarde hacia su aparición Lawrence Hartaman. Era hombre relativamente joven, rubio, de pupilas grises y penetrantes.

Crosb y Sully le saludaron con respeto, entregándole enseguida la documentación y demás cosas halladas en los bolsillos de Leigh. Mientras el recién llegado las examinaba, informáronle de todo lo relativo al crimen.

—Bien —aprobó Lawrence Hartaman—. La cosa empieza satisfactoriamente. A partir de hoy me llamo Anthony Leigh.

—¿A partir de hoy?

—¿Por qué no? Dentro de pocas horas, un carnet como éste, con mi fotografía, «mi firma» y mis huellas digitales me acreditará como tal. Seré un «magnífico colaborador» de Nigel Pickford y de Alfredo Treville, entre otros.

—Entonces, ¿con respecto al americano?...

—Procuren localizarle apenas llegue. Conviene conocerle cuanto antes.

—Así se hará.

Lawrence despidió a sus subordinados, y durante mucho rato estuvo sumido en reflexiones.

Pocos días más tarde llegó Barry McClure a París.

Gilbert Crosb y Pierre Sully, como de costumbre, hallábanse en el aeródromo a la hora en que solían llegar los aviones de los puntos en que la banda tenía intereses inmediatos.

E iniciaron la discusión de propagandistas que creen haber hallado una forma original para anunciar sus productos:

—¡No hay nada como el Burdeos! Y dentro del Burdeos, la marca «Francia vieja».

—¡Prefiero el Borgoña! Y del Borgoña, el llamado «Tres ceros».

Barry oyóles perfectamente e hizo un leve gesto de sorpresa, que borró enseguida de su semblante.

Ni por un momento ocurriósele responder a la consigna. Su propósito, como ya anunciara al Secretario de la F. B. I.,

era trabajar sólo mientras le fuera posible; estudiar por sí mismo la situación; orientarse sobre los diversos extremos que pudiera considerar útiles. ¡Tiempo le sobraba para ponerse en contacto con sus compañeros!

Pasó cerca de Crosb y Sully afectando indiferencia absoluta, más no por eso dejó de fijarse en sus facciones y figuras, las cuales quedaron grabadas para siempre en su cerebro.

Se alejó sonriendo al pensar en cómo aquellos hombres continuarían lanzando la consigna en espera de que él respondiese a la misma un día u otro.

La cosa resultaba cómica, hasta grotesca.

¿Cómica?... ¿Grotesca?...

Al aplicar tales calificativos encontró ilógico que un hombre de los merecimientos de Robin Beaujen, el inspector francés que asumía la Dirección en París de los movimientos a efectuar por los agentes secretos de diversos países, pudiera haber incurrido en la comicidad y en la chocarrería.

—Extraño... muy extraño... —susurró mientras se alejaba.

Tentado estuvo de volver atrás, pero no lo hizo. Hubiera

equivalido a descubrirse y echar abajo su plan de desenvolverse solo, siquiera durante unos días.

Encogióse de hombros, tomó un coche de alquiler y se hizo llevar al «Hotel de la Paix».

CAPÍTULO V

LA «CASUALIDAD»

Durante algunos días, McClure, bajo el nombre de Nigel Pickford, se dedicó exclusivamente a divertirse. Por lo menos eso es lo que habría pensado cualquiera que lo hubiese visto de *cabaret* en *cabaret*, de restaurante en restaurante, de teatro en teatro...

En realidad lo que hacía era vigilar todo lo vigilable, basándose en las instrucciones escritas que se le dieron dentro del sobre entregado por el Secretario de Dirección de la F. B. I.

Uno de los establecimientos visitados con preferencia era el *cabaret* «Lumiere», próximo a cierta Embajada, en el cual había visto repetidas veces a Pierre Sully y a Gilbert Crosb.

Sin saber por qué encontraba algo raro en aquellos hombres. Preciábase de buen psicólogo y costábale trabajo admitir que pudieran ser inteligentes, cultos, refinados, capaces, en fin, de desempeñar las arduas e intrincadas labores que los agentes secretos han de llevar a cabo.

Los observaba con atención, sin que reparasen en él, al propio tiempo que a otras personas dignas de estudio que destilaban por aquel centro del lujo y de locura.

En dos ocasiones notó que Crosb y Sully hacían señas casi imperceptibles a un hombre alto, rubio, de pupilas grises; un hombre que les miraba con aire de superioridad y que no correspondía a tales signos de inteligencia. Tratábase de Lawrence Hartaman. Hábilmente trató de averiguar quién era, pero nadie supo decírselo. Su fracaso no le extrañó. Dio por seguro que se trataría también de un agente especial.

Continuaba sin sentir prisa en darse a conocer, no ya solamente

a ellos sino incluso al inspector Beaujen. Seducíale la independencia de que disfrutaba. Fue desenvolviéndose a sus anchas como logró siempre sus mejores éxitos.

Aquella noche, la tercera de su estancia en París, al entrar en «Lumiere» sufrió McClure un rudo golpe moral. Vicky Greger estaba allí, rodeada de pollos elegantes y alegres; convertida en poco, menos que reina de la fiesta. Daba ligeras señales de embriaguez.

Le hizo verdadero daño el espectáculo de aquella muchacha, a la cual creía en Nueva York, aceptando bromas, con una copa de *champagne* en cada mano y riendo alocadamente como la más frívola y casquivana de las criaturas.

A pesar suyo, había llegado a interesarse por ella hasta el extremo de no conseguir apartársela de la imaginación. Supuso, cuando le dejó la nota despidiéndose, que no volverían a encontrarse y que la olvidaría inmediatamente, como solía, ocurriría con todas las mujeres que desfilaron por su vivir; pero el Destino, al parecer, dispuso que ni una cosa ni otra, tuviesen lugar. A medida que se deslizaban las horas, el recuerdo de la valiente joven afianzabase más en su memoria obligándole a la evocación frecuente, al análisis de detalles deliciosos. Anheló tenerla cerca, sin esperanzas de conseguirlo. Y de pronto, inesperadamente, la hallaba en aquel *cabaret*, alternando con unos y con otros, en plan totalmente distinto a como la conociera, no ya sólo en el accidentado viaje, sino en las inolvidables horas que pasaron juntos en un hotel de Nueva York.

No pudo vencer una sensación fuerte, extraña, en la cual amalgamábanse repugnancia, pena, ira... y un afán loco de burlarse de sí mismo a carcajadas por haber ido a cifrar su interés en la criatura que, probablemente, lo merecía menos.

Decidió marcharse. Mas en el momento de volverse hacia la puerta, Vicky le descubrió y le hizo un expresivo saludo agitando ambas manos en el aire. Correspondió él, frío, y no se detuvo. La muchacha entonces, abandonando al grupo de admiradores, corrió a impedirle la salida.

—¡Mi querido amigo! ¡Qué sorpresa!

—No ha sido la mía menor.

—El mundo es un pañuelo. Claro que a este trocito del pañuelo nos dirigíamos ambos cuando nos conocimos; nada tiene de

particular que nos hayamos encontrado en él.

Le había apoyado familiarmente los dedos en los brazos y le bañaba en el fuego de sus pupilas.

Añadió, preguntando:

—¿No se le ocurre nada que decirme? ¿Por qué pone esa cara?

—No tengo otra.

—¡Embusterillo! Pues ¡no va mucha diferencia entre la que muestra ahora y la que ofrecía brindando conmigo en Nueva York! Venga, invíteme a bailar.

—Lamentaría que se disgustasen esos señores que la acompañan.

Rió Vicky alegremente al responder:

—¡Si no les conozco siquiera! Son unos simpáticos muchachos que me han reconocido y se han empeñado en agasajarme.

—Tenía entendido que le molesta la popularidad.

—Sí, pero a veces... —Quedó de pronto seria—. ¿Le desagradarme en este ambiente?

—¿Desagradarme? ¿Por qué? Es usted dueña de hacer lo que le venga en gana.

—Desde luego. Pero eso no es óbice para que me haya apenado ese gesto de mal humor. No hay motivo para enfadarse. A mí, en cambio, me sobran. ¡Dejarme plantada en el hotel sin más que unas simples líneas de despedida! ¡De haberlo encontrado entonces, le pego! Pero ya se me pasó. No soy rencorosa y me gustaría que continuásemos siendo buenos amigos.

Derrochaba simpatía. Barry, sintióse otra vez ganado, más no desarrugó el ceño. ¡Aquellas señales de semi embriaguez, aquellos petimetres mirándola codiciosos, riendo procaces...! Uno, en particular, aun a distancia, resultó profundamente antipático. Era joven, fuerte, casi cuadrado, con labios excesivamente gruesos, que se doblaban al sonreír como los de los burros, y unos ojos claros, de mirada quieta.

De nuevo intentó McClure marcharse, pero la joven no se lo permitió. Basándose, en la falta de escrúpulos a que dan lugar las libaciones, le sujetó, diciendo:

—No, no le dejo ir tan pronto. Hemos de celebrar la alegría de este inesperado encuentro. ¿O... va a desairarme?

Sin palabras, Barry la enlazó por la cintura y salió con ella a la pista.

Muchas miradas, especialmente las de los que formaban el grupo abandonado por Vicky, estaban fijas en ellos.

—¿Quiere que le presente a esos muchachos... cuyos nombres ignoro? —preguntó la artista, burlona.

—Le ruego que no lo intente.

—Bien... A su gusto.

Terminada la pieza musical, dijo Vicky:

—Acompáñeme a la barra. Tengo sed.

—¿Es que... no ha bebido bastante?

—¡Cuando le digo que tengo sed!... Supongo no será un moralista trasnochado.

—No lo soy. Además... comprendo que debe uno ponerse a tono con las circunstancias, con el ambiente, con las personas...

—¿Trata de ofenderme?

—No lo he pretendido. Vamos a la barra.

Le ofreció el brazo hasta los altos taburetes donde tomaron asiento.

—Champaña —pidió ella.

—¡Vaya por el champaña! —admitió él. Observó McClure que su interlocutora limitábase a mojar los labios induciéndole a que llenase su propia copa repetidas veces.

Los admiradores de la estrella decidiéronse a acudir y protestaron, en tono que quería ser bromista sin conseguirlo:

—¡Nos ha abandonado!

—¡No hay derecho!

—¿Tan malos chicos somos?

El hombre que tan antipático resultara a McClure encaróse con éste, casi agresivo:

—No tratará usted de acapararla, ¿verdad?

—Puede estar seguro de que no —repuso el interrogado, casi desdeñoso.

Vicky captó aquel acento, dándose cuenta de que lo originaba ella. No lo dio, sin embargo, a entender, y, cual si hubiese olvidado la presencia de McClure, se mostró amable con los demás, prometiéndoles volver pronto.

—El próximo baile es mío, ¿eh? —exigió, mientras se retiraba con los otros, el hombre de los labios de burro.

—Opino —dijo el agente de la F. B. I.—. que no debería hacerles

esperar.

Miróle ella, con desagrado:

—¿No se ha dado cuenta de que les he dicho eso para que nos dejen? Me encuentro a gusto junto a usted. ¿Quiere que nos marchemos a otra parte?

La proposición satisfizo a Barry.

—Es una buena idea.

—Nos deslizaremos con disimulo.

Pagó el muchacho lo que acababan de consumir, abandonaron los taburetes y, con aire distraído, encamináronse a una de las puertas. Antes de que la ganasen, el hombre de la referida boca fea colocóse ante ambos, iracundo. En aquellos momentos daba la sensación, exacta del mucho alcohol ingerido:

—Está tocando la orquesta y convinimos que éste era mi baile.

—Que yo recuerde no hemos convenido nada. De todos modos, bailaremos... después. Ahora tengo que marcharme.

—¡Comprendo! Es que este tipo es... su amiguito, ¿verdad?

McClure, sin detenerse en reflexiones, aplicó al grosero beodo un puñetazo feroz, puñetazo que le hizo caer, derribando mesas y promoviendo el natural escándalo. Dos compañeros del caído apresuráronse a intervenir.

Barry dio la sensación de ser una máquina de asestar golpes. El hecho de encontrarse en sus cabales, unido a su fortaleza física y maestría de luchador, permitióle librarse con relativa facilidad de aquellos dos nuevos enemigos, tumbándoles también al medio minuto escaso de pelea.

De todas partes surgieron protestas y gritos.

—¡La policía! —anunció alguien.

McClure, como una tromba, abrióse paso y se lanzó a la calle, perdiéndose en la obscuridad.

Quería evitar que le llevaran a la prefectura.

Los agentes no se presentaron. El anuncio de su presencia obedeció a una falsa alarma lanzada por un camarero a fin de que cesara la reyerta.

Vicky, admirada de lo hecho por Barry, había quedado con la vista fija en la puerta por dónde éste desapareció.

Oyó una voz afectuosa que le decía:

—Se ha esfumado, señorita. Y es lástima, porque acaba de

demostrar ser un hombre de cuerpo entero. Ha estropeado su acción gallarda dejando sola a una mujer como usted.

Vicky le miró sin acritud. El tono de aquel desconocido era respetuoso. Además, el hecho de que antes de censurar a Barry le hubiera tributado un elogio la predispuso a su favor, y dirigióle una tenue sonrisa.

—Permítame que me presente. Me llamo Anthony Leigh.

—Mucho gusto.

Los ánimos se calmaban. Varios amigos de los vapuleados adoradores censuraron a éstos y presentaron excusas a Vicky. El *maître* acudió también y expresóse en términos de condolencia, criticando con respeto a los autores del incidente y pidiendo perdón a la artista.

Renació la tranquilidad.

Cuando los que recibieron las «caricias» propinadas por los puños de McClure recobraron la noción de las cosas, encontráronse con un ambiente hostil, pues el insulto que diera lugar a la pelea era ya conocido por todos los asistentes. En vista de ello, corridos y avergonzados, optaron por alejarse.

Lawrence Hartaman, bajo el usurpado nombre de Anthony Leigh, mostróse obsequiosísimo con Vicky, cuya extraordinaria belleza habíale llamado la atención desde el primer momento. Y como sin violencias, supo imponerse a los demás con sus ademanes serenos y enérgico tono, resultóle fácil, conseguir que la muchacha aceptase su compañía y sus invitaciones.

Barry, contra su costumbre, durmió mal y levantóse temprano.

Lo ocurrido la pasada noche le tenía de mal humor. La figura de Vicky, tal y como la había visto —casi embriagada, coqueteando, frívola hasta más no poder— producíale invencible malestar íntimo.

De nada le servía repetirse que a última hora reaccionó bien y que el hecho de invitarle a salir juntos del *cabaret* era prueba irrefutable de que él le interesaba. Esto, lejos de alegrarle, hacía más profundo su mal humor. Porque tratándose de otra mujer cualquiera, el plan de simple aventura le hubiera satisfecho. En cambio, le crispaba la idea de considerar a Vicky en la categoría de tal clase de mujeres.

Acababa de vestirse, luego de una buena ducha, cuando llamaron a la puerta.

Supuso que se trataría de algún camarero y pronunció un «Adelante» desganado.

No pudo contener un gesto de sorpresa al posar la vista en la persona que aparecía bajo el dintel. Tratábase de un hombre cincuentón, grueso, grandote, terriblemente feo y de expresión iracunda, el cual, sin saludar siquiera, exclamó:

—¡Vaya! ¡Ha sido preciso que venga yo a verle señor Pickford! ¡Supongo no serían ésas las instrucciones que le dieron al partir!

—¿Quién es usted? —inquirió Barry, achicando los ojos.

—Una persona a quien ha debido usted ya visitar, ¿se entera?

—Pero...

—«¡No hay nada como el Burdeos! Y dentro del Burdeos, la marca “Francia vieja”».

—¡Ah, comprendido! «Profiero el Borgoña y del Borgoña, el llamado “Tres ceros”».

El recién llegado aprobó con un gesto.

—Es usted Nigel Pickford... mientras esté con nosotros, ¿verdad? No hace falta que me conteste todavía. Me he informado bien. Mi nombre es Robin. ¿Le suena?

—¿Robin Beaujen?

—Exactamente. Ensáñeme su documentación. Por pura fórmula. Ahí tiene la mía.

Presentáronse carnets y otros documentos complementarios.

—Estoy a sus órdenes, inspector —dijo, al fin, McClure.

—Gracias, agente

R-33

—tomó asiento, mientras añadía—: Eso de que está a mis órdenes es pura fórmula también, según observo. ¿Por qué, no ha ido a visitarme apenas llegó?

Barry ignoraba que Beaujen, bajo su aspecto «feroche», era un buenazo de Dios, y le molestó el tono desabrido en que se le dirigía.

—Escuche, inspector —dijo con acento agrio también—. Se me expuso la conveniencia de entrevistarme, con usted a la mayor brevedad posible, pero no se me ordenó que lo hiciese enseguida. Me he creído autorizado a tomarme unos días por mi cuenta. Si le parece mal puede elevar la procedente queja.

—¡Tiene usted genio, muchacho!

—Suelo ponerme a tono. Por otra parte... ¿cree usted que sin

genio se puede ser lo que nosotros somos?

Robin inició una sonrisa que, en su carota ancha y difícil, pareció una mueca.

—No lo creo, no. Tan no lo creo que yo... alardeo de tenerlo malo... aunque a veces me río de mis explosiones.

Aquella simpática declaración deshizo el disgusto de McClure.

Añadió el inspector, jocosamente:

—Bueno, ya he cumplido mi deber de echarle la bronca. Hablemos ahora como amigos y colaboradores.

Y tendió la mano a Barry, cosa que no había hecho antes. Este estrechósele complacido.

—¿Una copa de algo?

—No he desayunado todavía.

—Tampoco yo.

—Antes de desayunar, el alcohol es un veneno, pero mire... ¡vamos a envenenarnos!

Rieron abiertamente.

Barry sacó de un pequeño mueble vasos y botellas.

Mientras servía a Robin, declaró:

—No me explico cómo me ha localizado. Nadie tiene noticias de mi llegada, a nadie he dicho dónde me hospedo.

Beaujen encogióse de hombros:

—La cosa carece de importancia. A veces, la casualidad...

McClure, aunque intrigado, no insistió. Dijese que aquel hombre con aspecto de fiera y espíritu de niño, al parecer, era, bastante más listo de lo que pudiera suponerse y que no había sido designado caprichosamente para centralizar los servicios de los agentes secretos en París.

Tras apurar la copa que tenía en la mano, Beaujen dijo:

—Bueno... He hecho una excepción viniendo a verle, excepción que no repetiré, en bien del fin que perseguimos. No procede que nos vean juntos. Usted conoce mi domicilio.

—¡Naturalmente!

—Tenga, además, una lista de los sitios en que me puede encontrar, con las horas respectivas, si algo importante lo exigiese. De no ser absolutamente preciso, absténgase de buscarme. Cuando yo lo crea oportuno, le enviaré instrucciones.

Le entregó lo anunciado.

—De acuerdo —convino Barry.

—Dígame ahora cuáles son sus impresiones de estos días en que ha permanecido «suelto», y lo que se propone hacer, aparte de lo que se le encomiende en el orden general.

McClure aprestóse a lo que se le pedía. Durante media hora larga estuvieron ocupándose del arduo problema a resolver, cambiando puntos de vista.

—Observo —insinuó Barry, cuando todo parecía hablado— que no me ha dicho nada acerca de François Dahuil, persona de la cual en Washington se tienen noticias poco satisfactorias.

Robin hizo más amplia su sonrisa.

—Esperaba que me lo preguntase —declaró—. En mi opinión hacen bien en su tierra considerando a ese hombre un tipo de cuidado. Aquí tampoco pensamos muy bien de él, pero... resulta difícilísimo «pescarle». Le advierto que es amigo mío.

—¿Eh?

—Como lo oye. Tengo el «alto honor» de cultivar su trato —y Beaujen subrayó tales palabras con una mueca de conejo—. Pero eso no tiene nada de notable. En medio de todo, yo soy poca cosa. En el círculo amistoso de Dahuil figuran personalidades del ejército, de la política nacional y extranjera... Es, lo que se llama, un alto personaje. Y, claro, eso le hace casi inexpugnable. ¿Quién se atreve a meterse con él sin pruebas que no ofrezcan lugar a dudas? Su único punto débil es que se encuentra muy seguro de sí mismo, y a lo mejor eso le induce cualquier día a descuidarse, a no adoptar las debidas precauciones.

—He de buscar el modo de ponerme en contacto con él.

—Se lo facilitaré yo. Da con frecuencia fiestas en su casa. Haré que se le invite a cualquiera de ellas. No se precipite. De momento lo que interesa es que se entreviste usted con los agentes francés y británico. Vaya esta noche al restaurante «Le Chat noir» en la rue Royale. Ellos estarán allí. Usan los nombres de Alfredo Treville y Anthony Leigh, respectivamente. Se hallarán sentados a la misma mesa bebiendo Burdeos. Treville llevará una gardenia en el ojal y Leigh una camelia. Consigna, la ya conocida.

—Un momento, señor Beaujen, ¿ha sido idea de usted que la tal consigna, se dé en el aeródromo, a la llegada de los aviones?

—¿Cómo dice? ¿Qué disparate es ése?

McClure tomó buena nota mental del gesto y tono de repulsa empleados por su interlocutor, pero no quiso ser más explícito. Sin formar todavía ninguna idea concreta, sintióse impulsado a no declarar sus impresiones. Sonrió elusivo, y repuso:

—No me haga caso. Ha debido tratarse de una confusión mía. Me pareció oír palabras sueltas que tenían relación con ésas.

—¿Quién las pronunció?

—No pude apreciarlo.

Robin escrutó al agente:

—Me, parece que se guarda usted algo entre el pelo y las cejas, joven.

—No, no. Lo que ocurre es que... no me gusta decir cosas que puedan resultar majaderías... Y eso merecería, quizá, tal calificativo. A lo mejor se redujo todo al anuncio de un vino.

Beaujen no quedó muy conforme, pero hubo de resignarse con aquella explicación.

Despidiéronse al fin, afectuosamente.

Barry quedó pensativo. Al cabo de algún rato, bajó a desayunar, pues no lo gustaba hacerlo en el dormitorio. Poco le faltó para lanzar una exclamación de asombro viendo a Vicky en el comedor dando cuenta de un frugal almuerzo.

La muchacha, al verle, hizo también un gesto de extrañeza y brindóle una hechicera sonrisa.

—Buenos días, señor Pickford.

—Buenos días, señorita.

El saludo de él resultó seco, malhumorado. Ella, pareció no darse cuenta.

—¡Quién iba a decirme que íbamos a encontrarnos tan pronto! —comentó la joven.

—Es que... el mundo es un pañuelo —replicó él, mordaz, aludiendo a las palabras que Vicky le dijera en el *cabaret*.

—Exacto. Yo celebro esta casualidad.

—¿Casualidad? Sí, es posible. La casualidad suele tener caprichos raros.

—Cualquiera diría que le molesta.

—No, ¿por qué?

—Síntese. Deseo darle las gracias por haberme defendido anoche... y las quejas por su manera de ausentarse dejándome sola.

—Tengo motivos para no querer verme mezclado en jaleos. Supuse que no le irrogaría ningún perjuicio con mi marcha. He sacado la impresión de que sabe usted andar sola por este pañuelo que es el mundo.

—¡Señor Pickford!

—Excúseme, señorita. Soy un poco brusco. Deseo lo pase bien.

Inclinóse muy ligeramente y volvió la espalda a Vicky, la cual se mordió los labios y miróle, furiosa.

Aquel mismo día McClure trasladóse al «Hotel Continental» y se lo hizo saber a Robin Beaujen.

CAPÍTULO VI

MCCLURE NO PIERDE EL TIEMPO

En la casa próxima a la Avenida de Henry Martín, donde el verdadero agente británico fuera vilmente asesinado. Lawrence Hartaman cambiaba impresiones con sus secuaces Pierre Sully y Gilbert Crosb:

—Nigel Pickford, o mejor dicho, Barry McClure, se encuentra en París. Esta noche voy a reunirme con él. Siento que su llegada no fuera advertida oportunamente por ustedes. Me hubiera gustado conocer sus actividades desde el primer minuto.

—Es posible que no haya hecho el viaje en avión —sugirió Sully.

—O que no oyese la consigna —dijo Crosb.

—Bien, la cosa no tiene remedio y nada vamos a adelantar con lamentaciones. Lo que importa ahora es sacar el mayor partido posible de lo que llevamos hecho.

—¿Persiste usted en la idea de que no nos metamos con él?

—Desde luego. Lo que necesito es captarme su confianza como me he captado la del francés en los pocos días que llevo tratándole. Así me enteraré de cuánto descubran y procederemos en consecuencia. Sólo en el caso de que McClure fuera demasiado listo y nos pudiera perjudicar, le quitaríamos de en medio.

Crosb rascóse la barbilla, pensativo:

—De que es peligroso —comentó— no puede cabernos la menor duda. Lo que hizo en Washington lo acredita como tal.

—Además —adujo Sully—, tiene una suerte endiablada. ¿Cómo imaginar que escapase del accidente de aviación?

Lawrence inició una serie de largos paseos. Sus compinches estaban en lo justo. Desde Washington y Nueva York, informóseles en clave, por medio de emisora clandestina, de todo lo sucedido, así

como de que Barry emprendía el viaje de nuevo. La gran organización de espías funcionaba magníficamente, tan magníficamente, que desde Londres supieron, antes de que partiese Leigh, la consigna que habían de emplear. Y es que, por desgracia, los traidores suelen darse hasta en los organismos más depurados.

—No le perderemos de vista —resolvió Lawrence—. Si él es hábil... ¡nosotros no tenemos nada de torpes!

—¿Y si fuese Treville quien resultase verdaderamente peligroso? —quiso saber Sully.

—Habría que proceder lo mismo —contestó rápidamente Hartaman—. Pero esto procuraremos evitarlo a todo trance. Su desaparición, contrariamente a lo que ocurre con Anthony Leigh, sería conocida inmediatamente y levantaría una polvareda de la que quizá no pudiéramos librarnos.

La conversación duró largo tiempo. Al darla por concluida, Lawrence ordenó:

—Acudan esta noche, alrededor de las nueve, al «Chat noir». Conviene que ustedes conozcan también al norteamericano, por lo que pudiera ocurrir. No demuestren saber quién soy ni traten de acercarse a nosotros.

El restaurante en cuestión hallábase lleno de gente elegante — libre, en su mayoría, de preocupaciones— que reía y bromeaba sin traspasar los límites de la corrección.

Luz, color y música formaban la nota característica del lujoso establecimiento.

McClure penetró en él con aire distraído y comenzó a deambular por los espacios libres.

—¿Mesa, señor? —preguntó el *maître*.

—No. Busco a unos amigos.

Retiróse aquél.

La mirada de Barry descubrió a Crosb y a Sully. Dio por seguro que se trataba de los compañeros con quienes había de entrevistarse y se dispuso a dirigírseles, mas se detuvo apenas hubo dado los pasos primeros. Beaujen habíale dicho que los encontraría sentados a la misma mesa, bebiendo Burdeos, y éstos, además de hallarse separados cual si no se conociesen, tenían ante sí coñac y absenta, respectivamente. Por si fuera poco, sus solapas aparecían sin flores.

No hizo gesto alguno que denotase la extrañeza que la anomalía

le causaba.

Dirigió la vista hacia otros extremos, no tardando en ver a Treville y a Lawrence, llevando una gardenia y una camelia en los respectivos ojales. Tenían en la mesa una botella del vino convenido.

Preguntóse McClure quiénes podrían ser Crosb y Sully, admitiendo la posibilidad de que actuaran a las órdenes de aquéllos. De todos modos, la cosa siguió pareciéndole un tanto extraña.

Fingiendo un leve conato de embriaguez, encaminóse adonde estaban Hartaman y Treville. Antes de llegar, parecióle ver a Vicky entre la multitud, aunque no hubiera podido asegurarlo, pues se trató de una pasada rapidísima.

—¿La casualidad otra vez? —preguntóse, intrigado.

Y dejando para luego la entrevista, con los que le esperaban, procuró abrirse paso hacia el sitio donde creyó divisar a la joven. La búsqueda resultó inútil. Vicky no apareció por ninguna parte.

—Es extraño... verdaderamente extraño —soliloquió.

Encogióse de hombros, no desdeñoso sino disgustado consigo mismo, y tornó a ocuparse de Treville y Hartaman. Detúvose a corta distancia de ellos y lanzó la consigna. Le fue contestada, con exactitud.

Invitáronle a sentarse, y en voz baja, con perfecto disimulo, complementaron lo preciso para darse a conocer sin lugar a dudas.

—Le he visto antes de ahora —declaró Lawrence, escrutando a su interlocutor.

—¿De veras? —preguntó McClure, en guardia.

—Sí. Anoche en «Lumiere». Naturalmente, estaba muy lejos de sospechar que el valiente cuyos puños me maravillaron fuese el compañero a quien he tenido el gusto de conocer ahora. Le felicito. Su actuación resultó eficazísima.

Barry correspondió al saludo con una sonrisa forzada. Hartaman, deseoso de ganárselo desde el primer momento, añadió:

—No acertaba a explicarme la razón de que un hombre capaz de lo que usted hizo huyese después, abandonando a la preciosa joven que dio origen a la reyerta. Ahora lo comprendo, naturalmente. Quiso usted evitar que le identificasen si llegaba la policía.

—En efecto. Su perspicacia es digna de elogio.

Intervino Treville:

—¿Les parece bien que pasemos a un reservado?

La proposición fue aceptada inmediatamente y los tres hombres, guiados por el camarero, ocuparon una habitación de reducidas dimensiones, donde nadie podría oírles ni molestarles.

Treville se mostró locuaz y optimista al ocuparse de la empresa encomendada. Confiaba en el pleno éxito. Era joven, impulsivo, y sus ojos azules reflejaban el fuego que llevaba dentro.

Lawrence, por su parte, aparentó compartir el entusiasmo del francés.

—Las dificultades son muchas —admitió—, pero ustedes, a buen seguro, lo mismo que yo, deben haberse visto ante empresas tortuosas, sin que por ello hayan desfalecido. Triunfaremos, cueste lo que cueste. Nuestros países confían en nosotros y hemos de probar que somos acreedores a tal confianza.

—Sin la menor duda —afirmó Treville—. Me siento defraudado cada vez que se me encomienda una misión facilona. Son los trabajos de envergadura los que me seducen.

En el mismo sentido dialogaron varios minutos Treville y Hartaman. Barry les escuchaba sin interrumpirles.

—Diga usted algo —invítóle, jovial, el falso Leigh.

—¿Yo? Pues... el hecho de estar aquí demuestra que me predispongo a hacer cuanto esté a mi alcance, pero...

—¿Qué?

La pregunta brotó simultáneamente de las gargantas de los que le oían.

McClure hizo un gesto como de cansancio, y repuso:

—Desconfío del triunfo. Considero casi imposible desenredar esta maraña, localizar a los que la han formado y yugular la maravillosa organización que poseen.

Lawrence le observó, sorprendido. Treville, con desdén. Este último, olvidando la diplomacia y cortesía peculiares de los franceses, preguntó hostilmente:

—¿Y... con ese acopio de euforia viene usted a colaborar con nosotros?

—¿Le parece mal?

—¡Muy mal!

Barry no mostró disgusto. Aplastó, displicente, el cigarrillo contra el cenicero y dijo, tras breve pausa:

—Lo lamento. Cuando estoy entre personas que me inspiran confianza, acostumbro a prescindir de eufemismos. Doy a ustedes mi enhorabuena por esa fe en el éxito.

Continuó Treville mostrándose violento:

—¿Conoce la

F. B. I.,

su modo de pensar?

—Lo conoce.

—Me sorprende.

—No se sorprenda, señor Treville. Y escuche, algo más. El que yo no comparta su modo de ver las cosas, no quiere decir que me considere impotente para hacer cuanto pueda. Alcanzaremos algo... o no lo alcanzaremos, pero tenga la certeza de que nunca retrocederé ni me cruzaré de brazos.

De mala gana, dijo el agente francés:

—Espero que así sea.

—¿Les parece —propuso Hartaman— que hablemos de las perspectivas que ofrece el panorama y de nuestros puntos de vista acerca del mismo? Creo que ganaremos con tal cambio de impresiones.

—De acuerdo —admitió McClure.

Treville asintió sin palabras. Creyó comprender que el propósito del falso Leigh era suavizar la situación. Le daba igual. Difícilmente modificaría el deplorable concepto formado del camarada norteamericano.

La entrevista no se prolongó mucho. Ni McClure ni Treville hicieron nada por disipar la atmósfera desagradable creada entre ellos. Los esfuerzos de Lawrence para limar asperezas, resultaron baldíos.

—Convendría —sugirió este último— que nos viésemos a diario.

—Y en un sitio distinto —terminó el francés.

—Bueno... —admitió Barry.

—¿Les parece bien para mañana el Jardín de Plantas, entrando por la Plaza Velhubert, a las siete de la tarde? —propuso Hartaman.

—Por mí, aceptado —apresuróse a decir Treville.

—Bueno... —repitió McClure.

Abandonaron juntos la habitación, luego de haber abonado el gasto, y cruzaron la sala principal con dirección a la calle.

Barry observó que Lawrence no dirigía una sola mirada a Crosb y Sully; mas también dióse cuenta de que éstos le observaban con el rabillo del ojo.

El detalle parecióle poco natural. Tal exceso de precauciones entre colaboradores resultaba excesivo. ¿Por qué el agente inglés actuaba con tantas reservas en aquel asunto?

La consigna lanzada por tales sujetos en el aeródromo seguía preocupándole más cada vez.

Despidióse a pocos metros del «Chat noir».

—Me ha resultado poco simpático el yanqui —manifestó Treville, apenas se hubieron alejado un poco.

—Ya lo he advertido —repuso Hartaman, mostrándose comprensivo—. Tampoco a mí me ha entusiasmado, pero... en mi opinión, no procede enemistarnos con ninguno de los colaboradores. Aunque en el fondo no le concedamos mucha beligerancia, convendrá que él no lo advierta. Al fin y al cabo, no es imposible que nos sea útil en cualquier cosa.

—Sí, tiene usted razón.

Subieron ambos al coche de Lawrence, quien no desaprovechaba oportunidad de estrechar los lazos efectivos con el agente francés.

McClure no se apartó gran cosa de allí. Apenas vio arrancar el coche que llevaba a los dos hombres, buscó un lugar a propósito que le permitiese ver las distintas puertas del restaurante.

Su espera no pecó de larga. A los cinco minutos escasos, vio salir a Crosb y a Sully.

Aquellos hombres seguían interesándole más de lo que, a juzgar por las apariencias, le debían interesar. Así lo masculló, pero, no obstante, experimentaba el deseo de observarles de cerca.

Siempre tuvo la costumbre de no desdeñar nada que llamase su atención, por pequeño que le pareciese, y fiel a tal norma dispúsose a investigar los movimientos de aquellos sujetos.

Subió a un soberbio «Renault», adquirido aquella misma mañana, y, con su habilidad característica, fruto de larga experiencia, lanzóse en persecución del automóvil utilizado por Crosb y Sully, procurando y consiguiendo no ser advertido ni, perderlo de vista.

Los secuaces de Hartaman detuviéronse ante la casa próxima a la Avenida de Henry Martin, donde tenían establecido su cuartel

general, y se adentraron en ella. McClure dejó el «Renault» a buen recaudo y permaneció varios minutos examinando el edificio.

Vio que se iluminaba una habitación del piso cuarto y la figura de Gilbert recortada tras los cristales mientras corría la persiana.

Barry no se entretuvo en analizar las consecuencias de lo que acababa de ocurrírsele. No había llegado hasta allí simplemente para enterarse del domicilio de los que habían despertado sus sospechas. Resueltamente cruzó la calle y adentróse en el solitario portal. Tratábase de una casa vieja sin ascensor.

Subió los descoloridos y nada limpios escalones sin cruzarse con nadie y se detuvo ante el departamento al que correspondían las luces vistas desde fuera.

Acercó el oído a la cerradura sin percibir el más leve rumor. Crosb y Sully debían hallarse en habitaciones distantes de la entrada.

Entraron en juego las ganzúas que McClure no abandonaba nunca. La cerradura cedió a los pocos segundos y el muchacho encontróse dentro. Empuñó la automática, por lo que pudiera suceder. Si aquellos hombres eran colaboradores del que se le había presentado como agente británico, bien; si no lo eran, procedería como las circunstancias aconsejasen. Lo peor que podría ocurrírsele era que le descubriesen. En tal caso... ¡las circunstancias decidirían también! Todo menos quedarse con las ganas de averiguar lo que habíale intrigado.

En el recibidor no había luz.

Avanzó McClure, tendiendo las manos en todas direcciones hasta convencerse de que no tropezaría con mueble alguno. Sus pasos sobre la desgastada alfombra eran sigilosos como los de un indio comanche.

Por fin descubrió débiles reflejos que se filtraban por los intersticios de una puerta, la cual, a juzgar por la distancia, hallábase al fondo de un largo pasillo. Dirigióse hacia la misma, extremando las precauciones.

De pronto oyó el ruido que hizo el pomo al girar y consideróse descubierto. Allí no había donde esconderse. Apenas abrieran le bañarían los reflejos luminosos.

Por fortuna, el que iba a abrir desistió.

Barry, con más rapidez, salvó la distancia y fue a situarse a la

derecha de la puerta en cuestión en el preciso momento de decir Sully:

—Has hecho bien renunciando a irte. Ya sabes lo que es el jefe cuando no se le complace. Le gusta que le esperemos aquí todas las noches, y si no nos encuentra al llegar...

—Sí, ya lo sé; pero es que me duele la cabeza un poco. En fin, aguardaremos.

—Anda, bebe.

McClure oyó chocar de cristales. Enseguida la voz de Sully tornó a dejarse oír:

—Tengo ganas de saber la impresión que el jefe ha sacado del norteamericano. A mí me ha parecido un fatuo, engreído y poco temible.

Sonrió Barry. Tentado estuvo de presentarse de improviso dando las gracias. Todo hasta entonces seguía haciéndole pensar que los dos interlocutores eran también agentes, agregados al servicio de Anthony Leigh. Dominó, sin embargo, aquel impulso.

—Apostaría a que el señor Hartaman hará de él lo que se le antoje —replicó Crosb—, pero de eso a compartir tu opinión de que es poco temible va diferencia. No olvides lo que sabemos de él...

Tales palabras pusieron ya en guardia a McClure. ¿Quién podía ser el mencionado Hartaman? ¿Cómo estaban enterados de nada que se relacionase con su propia persona?

Sully dijo:

—Tienes razón. Cuando pienso en Petboes y en los muchachos nuestros que cayeron por su causa me pongo nervioso.

—¡Naturalmente! Yo estaría mucho más tranquilo si se nos permitiera hacerle correr la misma suerte que a Anthony Leigh.

—También yo; pero ya conoces el propósito del jefe en tal sentido. No nos queda más remedio que aguantarnos hasta que llegue la hora de hacerle pagar lo que adeuda.

La sorpresa dejó a McClure sin aliento durante varios segundos. ¡Aquellos sujetos eran enemigos; el verdadero Anthony Leigh había sido eliminado, muerto quizá! ¡Y también a él le tenían condenado y aguardaban la hora en que «el jefe» les ordenase cumplir la sentencia!

Decidió detenerles y llamar luego a la policía para que los pusiese a buen recaudo, informando luego a Beaujen.

Como no le convenía que le reconociesen, cubrióse el rostro con el pañuelo, echando después el sombrero hacia adelante de modo que sólo quedasen visibles los ojos; colocó a la pistola el tubo silenciador y, abriendo la puerta violentamente, plantóse ante los miserables.

—¡Quietos! ¡Mataré a quien se mueva!

Los conminados creyeron estar viendo visiones. Su reacción fue instantánea y suicida. En lugar de obedecer, llevaron las manos hacia las sobaqueras.

McClure no perdió el tiempo. Tratar de imponerse a tales desesperados era inútil. Apretó el gatillo dos veces. Una bala clavóse en el corazón de Sully y la otra atravesó la garganta de Crosb. Ambos, asomado el terror a los desorbitados ojos, cayeron sobre la polvorienta alfombra, muy cerca el uno del otro.

Cacheóles Barry, guardándose todo lo que llevaban encima.

Crosb, en un esfuerzo agónico, arrancó el pañuelo que cubría la cara de su matador. La sorpresa mezclóse al espanto que expresaban sus pupilas. Quiso hablar y no pudo. La sangre le ahogaba.

McClure recobró el pañuelo e hizo extensivo el registro a los muebles.

Las ganzúas y su habilidad permitiéronle descubrir departamentos ocultos que contenían papeles interesantísimos, los cuales pasaron a sus bolsillos también.

Persuadido de que allí no quedaba nada que valiera la pena, dedicóse a recorrer la casa.

Oyó pasos y quedóse inmóvil.

Alguien cruzó cerca de él, dirigiéndose a la estancia donde el drama, había tenido lugar.

Una voz cuyo acento era el exponente de pánico, llegó a sus oídos:

—¡Gilbert!... ¡Pierre!...

McClure, luego de cubrirse otra vez el rostro, avanzó hacia el punto donde tales exclamaciones se acababan de producir.

Desde la puerta a medio cerrar, descubrió a un hombre que miraba con terror a los caídos. Tratábase del chofer que contribuyó al asesinato de Anthony Leigh.

Quiso Barry repetir el intento que antes le fallase; detendría a aquel sujeto con el fin de arrancarle declaraciones.

Secamente exclamó:

—¡Arriba las manos!

Las órdenes recibidas por los malhechores debían consistir en dejarse matar en todo momento antes de entregarse, pues el chofer, lo mismo que antes Crosb y Sully, revolvióse como una fiera acorralada empuñando una pistola.

McClure continuó su táctica de no perder tiempo y alojóle dos raciones de plomo en el vientre unas fracciones de segundo antes de que el otro pudiera utilizar el arma.

El chofer, profiriendo un grito de dolor, sujetóse las mortales heridas, dio unos traspiés de borracho y cayó revolcándose.

—¡Tú te lo has buscado! —comentó Barry.

Y continuó el registro de la casa.

No tenía prisa. Habíase propuesto esperar la llegada del tal Hartaman a quien, lógicamente, relacionó con el falso Leigh; pero dándole vueltas al problema, mudó de parecer. Díjose que resultaría más práctico hacerse el ignorante y, seguir tratando a aquel «jefe» con la mayor, naturalidad. Sabiendo ya la clase de persona que era consagraríale la atención máxima hasta ver si le llevaba al verdadero nudo de la maraña sangrienta, como había dado en llamar a la nefanda organización de espionaje.

El que uno de ellos le hubiera reconocido estropeaba su plan. Volvió sobre sus pasos y comprobó que Crosb, el único que le había visto la cara, era ya cadáver.

Pensó que tal desenlace representaba un aviso del Destino para que pusiese en práctica lo que últimamente acabábasele de ocurrir.

No sabía, naturalmente, que Crosb, antes de morir, había pronunciado su nombre y que el chofer, vivo todavía, interpretó fielmente lo que significaba aquello.

Apartóse del terrible espectáculo y, sin guardar ya precauciones, llegó a la puerta de salida, abriéndola con cuidado.

No había nadie por allí.

Estiróse las ropas y se lanzó a la calle.

Dos horas después, sin llamada previa, Lawrence Hartaman entró en la casa, cerró tras sí y dio media vuelta al interruptor.

Nada anormal descubrió a primera vista y encaminóse, confiado, a la estancia donde esperaba encontrar a sus secuaces cansados de esperar.

De su garganta escapóse un sonido ronco al verse en presencia de los tres cuerpos cubiertos de sangre, retorcidos en posturas inverosímiles.

Su primer sentimiento fue de miedo. La idea de que el autor de tales muertes estuviese espíandole, pronto a dejarle también sin vida, paralizóle durante unos momentos.

Notó que de sus poros brotaba frío sudor.

Realizando un poderoso esfuerzo miró en todas direcciones. Luego, milímetro a milímetro, fue aproximando la mano hacia donde guardaba la pistola, temiendo oír de un momento a otro el estampido de un disparo o la voz conminatoria del asesino ordenándole que se estuviese quieto.

Como lograra empuñar el arma sin que ninguna de las dos cosas se produjese, cobró algún ánimo.

Ante todo, preocupóse de recorrer hasta los más pequeños rincones de la casa.

Amartillada la automática, no dejó punto sin examinar.

Respiró aliviado al darse cuenta de que no quedaba dentro ningún enemigo. Tornó entonces junto a sus malparados secuaces.

Una simple ojeada bastóle para advertir que Sully y Crosb estaban muertos. El chofer respiraba todavía.

Hartaman sacudióle sin consideraciones.

—¡Hughas! —exclamó, ansioso—. ¡Hughas!... ¿Me oyes?... ¡Soy yo!

El agonizante dejó escapar una especie de ronquido. Ya ni dolor sentía.

Continuó Lawrence haciendo todo lo posible para que volviera en sí.

—¡Respóndeme! ¡Dime quién ha sido!

Los labios del llamado Hughas se movieron ligeramente, despertando la esperanza del que afanábase en hacerse oír.

—¡Habla!... ¡Habla!... ¡Es necesario!...

Aplicó el oído a la boca del «chofer» y pudo percibir de modo muy confuso:

—El... nort...

Nada más. Aquel postrer esfuerzo rompió el pequeño hilo que le ligaba a la vida.

Lawrence no se conformó y siguió incitándole, incluso a base de

guantazos en el rostro, hasta que no le cupo la menor duda de que se hallaba ante el tercer cadáver.

Quedó confeso, aturdido. No acertaba a comprender lo que habíasele querido decir.

—«El nort»... «El nort»... —repetía insistentemente.

De pronto crispó los puños y sacudió la cabeza, maravillado de lo que acababa de ocurrírsele.

—¿Se habrá referido al norteamericano?

La idea le pareció absurda. ¿Cómo relacionarle con lo sucedido, si ni siquiera conocería a aquellos hombres?

Sin embargo, juróse consagrar a McClure redoblada atención.

Apenas pudo recobrar el control sobre sus nervios dedicóse a examinar con prontitud las demás consecuencias que hubieran podido derivarse de la para él inexplicable tragedia. Aparentemente, nada había sido tocado; mas apenas hubo abierto los cajones advirtió la falta de documentos, entre los que se hallaba una relación, en clave, de los espías que trabajaban a sus órdenes.

No tenía que temer por sí mismo, pues nada de lo que se guardaba allí relacionábase con él: pero se consideró en la precisión de avisar sin perder minuto a los que se hallaban en peligro.

Por hábiles que fuesen los que quisiesen descifrar la lista en cuestión tardarían horas, horas que iba a aprovechar a fin de frustrarles el éxito.

Permanecer más tiempo allí, después de lo descubierto, le pareció absurdo. Trasladaríase a la cabina de un teléfono público y lanzaría a sus secuaces la frase convenida de antemano para que se escondiesen en los casos de peligro.

De buena gana hubiera hecho desaparecer los cadáveres bajo la acción de los líquidos corrosivos, pero no podía entretenerse. Lo mejor sería dejarlos... ¡hasta que los descubriera alguien! En medio de todo, no tenían familia, que él supiera; nadie, en su opinión, les había visto juntos. En aquella casa, propiedad de la organización y a nombre de un miembro de la misma, ausente de Francia, no había portero ni vecinos. Antojósele muy difícil que, de no cogerle allí, uniese nadie su personalidad al dramático acontecimiento.

En el preciso instante en que se disponía a abandonar la habitación, tres enmascarados irrumpieron en ella y echáronse encima sin darle tiempo a coger un arma.

Luchó de modo admirable, pero le sirvió de poco: un puñetazo al mentón privó de sentido.

Le ataron como a un fardo y le colocaron una mordaza, dejándole luego sujeto a las patas de la pesada mesa-escritorio.

Cerraron la puerta tras ellos, echando la llave, y quitáronse los antifaces. Eran tres muchachos afectos a la Embajada de los Estados Unidos y puestos, voluntariamente, a las órdenes de Barry desde hacía cuarenta y ocho horas.

CAPÍTULO VII

LA REDADA

Robin Beaujen tenía la costumbre de estar hasta la madrugada en un *cabaret* distinguido, enclavado entre la Facultad de Medicina y el Odeón, cerca del Boulevard de Saint-Michel.

Aquél era uno de sus muchos observatorios.

Pasaba por un pacífico parroquiano que gustaba de divertirse sin molestar a nadie ni darse por ofendido ante las mal disimuladas sonrisas despertadas por su fealdad.

No concedió importancia a un hornero barbudo y de grandes bigotes que avanzaba hacia su mesa tambaleándose cual si la cabeza le pesase más que los pies.

El recién llegado detúvose ante el inspector, lanzando una risotada ofensiva, preguntando al propio tiempo:

—¿A qué oso ha pedido prestada la cara?

Robin se hizo aún más horrible al arrugar el peludo entrecejo, con lo cual la risa del hombre barbado aumentó, siendo coreada por algunos de los que ocupaban el local...

El pacifismo de Beaujen no llegaba al extremo de permitir que se le burlasen tan groseramente. Abandonó el asiento y dispúsose a dar su merecido al ofensor, quien, tropezando, echósele encima.

Rodaron juntos. Ya en el suelo, dijo el «borracho», en tono que sólo el inspector pudiera oírle:

—Haga que me detengan y vaya a verme a la cárcel enseguida.

—¡Nigel Pickford! —masculló Robin, también en susurro, pues por la voz acababa de reconocer a McClure.

Simularon luchar. Barry continuó con risotadas y bromas de mal gusto y el inspector fingióse profundamente indignado.

Dos camareros y varios clientes acudieron a levantarles.

—¡Que avisen a la policía! —exigió Robin con voz de trueno.

Y mientras un mozo retirábase dispuesto a obedecer, él mismo sujetó a McClure, quien mostrábase dominado por la hilaridad hasta el punto de no tener fuerza para defenderse. Lo que Beaujen se propuso al obrar de tal modo fue impedir que otros maltratasen al muchacho, o, sin querer, le arrancasen los postizos.

Una pareja de gendarmes se hallaba en las cercanías y acudió presurosa.

—¡Detengan a ese hombre bajo mi responsabilidad! —gritó Robin—. ¡Ha escandalizado y me ha agredido!

—¡Bueno, bueno, bueno!... —dijo Barry, notable en su papel, viendo la agresividad retratada en las pupilas de los gendarmes—. No creo sea delito reír y tropezar. Cualquiera tropieza. ¡Vamos a la cárcel o al infierno!

Y él mismo se colocó entre los encargados de detenerle. Salieron. Robin siguióles, barbotando:

—Quiero convencerme de que no le sueltan pronto.

Cuando estuvieron relativamente lejos del *cabaret*, el inspector aproximóse a los gendarmes, se dio a conocer en voz baja y dijo:

—Trátenle bien y llévenle a la Comisaría de este distrito.

Pasó de largo.

La orden sorprendió a los representantes de la autoridad, quienes se abstuvieron, no obstante, de hacer comentario alguno.

Llevaría Barry diez minutos a lo sumo en el calabozo, cuando presentósele Beaujen, quien ordenó les encerrasen hasta nuevo aviso. Luego avanzó inquiriendo:

—¡Muchacho! ¿Qué broma es ésta?

—¿Broma?... ¡Si cree que puede llamarse así al hecho de tener en el bolsillo una lista con los nombres y direcciones de catorce espías a los cuales procede detener esta misma noche!...

—¿Eh?

—Me indicó usted la conveniencia de que no nos viesan juntos y por eso he apelado a la caracterización. Como, a pesar de eso, tuve la sospecha de que me seguían, ocurrióseme esta farsa.

—Es usted un actor consumado. Bueno... Explíqueme eso de los espías.

—La relación está en clave. Me ha costado casi una hora descifrarla. Algunos nombres coinciden con los de los sospechosos

que figuran en mis notas. Hay que cogerlos antes de que reciban aviso alguno. Tenga.

Entregó al asombrado inspector cuánto había encontrado en la casa del drama. Éste lo examinó con afán, lanzando breves exclamaciones que denotaban su creciente admiración.

—Magnífico... Magnífico... ¡Vaya, vaya!... ¿Quién iba a suponer?... Le felicito, muchacho. ¿Ahora explíquenme dónde y cómo ha encontrado tales cosas?

—¿Es preciso?

Beaujen clavó sus ojillos en McClure.

—¿Debo entender que no le inspiro confianza suficiente...?

—Por favor, amigo mío; no diga disparates.

—¿Entonces?...

—Pero es que hay cosas fuertes, ¿sabe?... Demasiado fuertes.

—¿Opina que me puedo asustar?

—No lo creo; me consta que nuestra profesión exige con frecuencia no pararse en barras.

—Desde luego.

—La Policía, los Tribunales, etc., no lo entienden así. Resultaría muy desagradable que me sobrevinieran complicaciones capaces de restarme tiempo.

—Usted no se encuentra ahora ante la Policía ni ante los Tribunales, sino en presencia de su amigo y jefe en el problema internacional que importa enormemente a muchos países.

—Pues bien; he matado a tres hombres... que me quisieron matar.

—¿Eh?

—¡Vaya cara de asombro! ¿Ve cómo se ha alterado?

—Acabe de una vez.

—¿Recuerda la pregunta que le hice sobre la posibilidad de lanzar nuestra consigna en el aeródromo, a la llegada de los aviones?

—¡Claro que sí!

—Bien, pues su respuesta me dio la pauta para lo que he hecho. Dicha consigna era conocida por los espías que guardaban esta documentación en su poder.

Refirió Barry todo lo que concernía a Gilbert Crosb, Pierre Sully y el «chofer», pero omitió lo que afectaba al falso Anthony Leigh,

pues había resuelto ocuparse personalmente de aquel hombre sin que nadie más interviniese hasta el momento definitivo.

La difícil cara de Robin era algo indescriptible mientras escuchaba.

—¡Es usted el mismísimo diablo! He conocido muchos hombres audaces y rápidos en sus determinaciones, pero como usted ninguno.

—¿Le parece mal lo que he hecho?

—¡Me parece admirable!

—¿Entonces...?

—Deje el asunto en mis manos.

—Un favor he de pedirle.

—Hable.

—Que no vaya nadie a la casa en cuestión hasta que se haya llevado a cabo la redada.

—¿Y eso...?

—Permita que me lo reserve. No se trata de un capricho, se lo aseguro.

—Bien, bien... A un hombre de su categoría no se le puede negar nada. Ya me lo explicará, si quiere.

Se dispuso a marcharse.

—Supongo —dijo Barry— que no habrá pensado en dejarme aquí.

Beaujen sonrió:

—Usted quiso venir... Pero en estos sitios no caben mucho tiempo las personas de su clase. No creo proceda que salgamos juntos por si, como temió, le siguieron. Dentro de una hora lo pondrán en libertad. En medio de todo, usted no debe tomar parte directa en la caza de indeseables. Eso es cosa de la Policía.

Quedó solo McClure. Transcurrido el tiempo indicado por Beaujen lo abrieron las puertas del voluntario encierro. Salió con inseguro paso, dando la sensación de embriaguez a fin de que cualquier interesado observador desechase toda sospecha sobre la verdad. Es frecuente que a los beodos se les deje libres a poco de detenerlos si acreditan ser personas honorables que han tenido una mala hora.

Tomó el primer coche de alquiler y se hizo conducir a la plaza de la Opera. Allí cambió de vehículo y fue a parar al Parque

Monceau desde donde, en otro, trasladóse a la calle de Malesherbes. A pie, observando, se encaminó a la Plaza de la Magdalena, llegando a tiempo de ver cómo era detenido uno de los espías que figuraban en la lista.

Continuó su ruta. Por la Plaza de la Concordia llegó al río y embocó el Boulevard de Saint Germain. En un cafetín del mismo estaba citado con los camaradas norteamericanos que sorprendieron y ataron a Hartaman.

Estuvieron juntos hasta que las sombras de la noche comenzaron a disiparse, hora en que Barry calculó habría terminado la redada.

—Devuelvan la libertad al prisionero —ordenó el muchacho a sus amigos—. Conviene adopten las mismas precauciones. Hay que evitar que les vea las caras, por lo que pudiera ocurrir más adelante.

Marcharon éstos a cumplir tales deseos.

Hartaman pasaba las horas más amargas de su vida.

Cuando recobró el conocimiento y hallóse solo, soportando aquella mordaza que no le permitía respirar bien y las ligaduras que convertíanle en un trasto, tuvo una reacción de furia que le hizo agitarse y tambalear la mesa a la que hallábase sujeto. Se contuvo. Si el pesado mueble caíasele encima, era lo más probable que le hiriese de gravedad.

Aunque nunca le había conmovido el espectáculo de la muerte, dada su situación, la presencia de los tres cadáveres llenóle de pánico. Consideróse a merced de los mismos enemigos que pusieron fin a las vidas de aquellos hombres y se dijo que no tardaría en franquear la distancia que existe entre el ser y no ser.

No se explicaba las razones que indujeron a sus agresores a abandonarlo así en vez de rematarle como hicieron con los otros.

A su mente se agolpaban en tropel los pensamientos, sucediéndose en negras perspectivas.

Hizo cuanto le fue posible por desatarse, pero sus esfuerzos resultaron inútiles.

¡Cuán largos y horribles los minutos!

Comprendió, como nunca, que se pudiera envejecer o perder el juicio en una sola noche.

Las primeras luces de la aurora filtráronse por las ranuras de las contraventanas.

—¿Habrán decidido dejarme así hasta que muera?

La idea erizóle los cabellos.

Aguzó el oído. Alguien acercábase, sin adoptar precauciones. Alegróse profundamente, aun aceptando la posibilidad de que vinieran a matarle. La muerte era cien veces preferible a continuar como estaba por tiempo indefinido.

Los tres enmascarados con quienes horas antes luchase, penetraron en la estancia.

—Hola, «buen amigo» —dijo uno de ellos, cáustico—. ¿Lo ha pasado bien?

Lawrence lanzóle una mirada centelleante.

—Vamos a desatarle —anunció otro—, pero le recomiendo que sea sensato y no cometa ninguna tontería. Nos da casi lo mismo dejarle libre que meterle una bala en la cabeza.

Intervino el tercero:

—No amedrentes a este señor. Si hemos comprobado que no tiene culpa de nada, ¿por qué seguir torturándole? —Dirigióse a Hartaman, en tono afectuoso—: Aunque usted no querrá disculparnos, naturalmente, le presento excusas. Hemos sufrido una lamentable equivocación. No vamos a darle explicaciones, pero la verdad es que creímos con respecto a usted una cosa de la cual está al margen. Nos ha costado horas comprobarlo.

Se comportaban en un todo de acuerdo con las instrucciones de McClure.

Lawrence hallábase cada vez más confundido. Temió estuvieran haciéndole víctima de una burla sangrienta y que el final de la misma fuera rematarle.

Causóle, en medio de todo, grata impresión que le sacasen la martirizadora mordaza y que empezaran a librarle de las ligaduras.

Tenía la boca como el papel secante. Le hubiera resultado imposible hablar aun en el caso de habersele propuesto.

Antes de dejarle libre del todo, registráronle a conciencia, quitándole la pistola que llevaba oculta.

Sorprendióse extraordinariamente al observar que el enmascarado en cuyas manos había caído el carnet que le acreditaba como Anthony Leigh lanzara una bien fingida exclamación y lo mostrase a sus compañeros, diciendo:

—¡Mirad, muchachos; mirad quién es este hombre!...

Los otros apresuráronse a analizar lo que se les mostraba y a

proferir frases que denotaban estupor.

—Bueno... —dijo el que descubriera el carnet— despachemos pronto. Aquí no tenemos nada que hacer —volvióse a Lawrence—. Es muy lamentable lo ocurrido. De todas las maneras, ya no tiene remedio y si trata de crecerse, acabaremos con usted.

—Sería lo mejor —simuló opinar uno de los muchachos—. Los muertos no hablan.

Intervino el tercero:

—¿Para qué más crímenes? Nada tenemos que temer. ¡Qué adivine quiénes somos!

Habían terminado de desatarle los brazos y el torso.

Hartaman permanecía en el suelo sin poder moverse apenas.

—Ahí tiene lo suyo —dijo el muchacho que se mostraba más conciliador, devolviéndole el carnet y otros útiles de uso personal—. Como verá no nos llevamos nada... a excepción de la pistolita. Podría usted tener una mala ocurrencia y conviene evitar las tentaciones. Los nudos que faltan, desátelos usted mismo. Así podrá entretenerse mientras nosotros desaparecemos.

—Simple precaución, ¿sabe? —dijo otro, mordaz.

Le volvieron la espalda y abandonaron la habitación, dejando a Lawrence muchos minutos de tarea antes de verse libre.

Afanosamente, aunque hallábase extenuado, quiso ante todo zafarse de la cuerda que le sujetaba a la mesa a fin de correr al balcón y ver las caras de los que salieran; pero no pudo conseguirlo. Tratábase de nudos apretadísimos y él no tenía ningún instrumento cortante.

Cuando se halló dueño de sus movimientos hacía ya rato que los amigos de McClure habíanse alejado en el auto que les esperaba a la puerta. No tardaron en entrevistarse con éste, quien se mostró satisfecho, sobre todo al saber que habían encontrado en el bolsillo del exprisionero un carnet a nombre de Anthony Leigh. Ya no podía caberle duda de que Hartaman usurpaba el puesto del agente británico.

Lawrence permaneció muchas horas en sus habitaciones del «Hotel Regina», próximo al Parque Montsouris.

Físicamente se había repuesto de lo sufrido durante la noche anterior, más en lo moral encontrábase deprimido, confuso, acobardado. Lo que le dijeron los desconocidos al devolverle la

libertad podía resultar cierto; pero... ¡Era tan extraño! En buena lógica había de pensar que sus actividades no constituían un secreto y que lo prudente sería mantenerse apartado de ellas; mas su responsabilidad superaba lo corriente. Una gran parte de los cabos que sostenían la organización en París los manejaba él, aunque bajo órdenes superiores, y no tenía nada de fácil encontrar la persona que en poco tiempo pudiera sustituirle acertadamente.

Por otra parte, su ausencia causaría alboroto entre los agentes secretos que le consideraban un colaborador.

Sin la menor duda, existía la posibilidad de que dichos agentes le hubieran desenmascarado y aguardasen el momento oportuno para hundirle; pero ¿y si no era así y al desaparecer levantaba efectivamente el velo?

Ocurriósele pensar que acaso los que mataron a Crosb, Sully y Hughes no pertenecieran al servicio de contraespionaje sino que fueran compinches de éstos en asuntos particulares y que tales muertes obedeciesen a la necesidad de vengarse. De ser así, podía explicarse el hecho de que a él no le asesinaran por cuanto jamás habíase mezclado en las empresas privadas de aquellos hombres.

Pensó varias veces en exponer los hechos a sus superiores jerárquicos, pero otras tantas desechó la idea. Sabía hasta qué punto eran rigurosas las medidas que solían adoptarse con los que sufrían fracasos de importancia. Necesitaba desquitarse, obtener algún éxito que paliara lo sucedido.

Continuaría en su puesto, ojo avizor, pronto a matar a cualquiera en quien descubriese signos de conocerle bien.

Barry, como en días anteriores, dedicó tiempo a vigilar las actividades de François Dahuil y a hacer indagaciones sobre diversos extremos relacionados con tal persona.

Adelantaba poco. Todo en aquel alto personaje parecía normal.

Poco antes de las siete encaminóse al Jardín de Plantas y llegó a la Plaza de Valhubert minutos antes de la hora convenida. Hartaman y Treville le esperaban ya.

McClure no se sorprendió mucho de ver al falso agente británico. Casi había contado con ello. Hubo de decirse que aquel hombre poseía admirable serenidad y magníficas aptitudes para el disimulo.

Acogió al americano con amabilidad extremada y preguntóle:

—¿Qué tal se le han dado las cosas desde que nos separamos anoche?

—Me he aburrido un poco —respondió Barry, sencillamente.

Treville le había saludado con frialdad manifiesta.

Adentráronse en el jardín. Recorrieren la zona de plantas aromáticas de múltiples verdes; luego, por la gran avenida de los Castaños llegaron al parterre de San Bernardino, cual si se dispusiesen a admirar el grupo de Pablo y Virginia. Realmente no les interesaba nada de lo que veían. Aprovechaban el paseo para cambiar impresiones y convenir acciones en conjunto.

McClure mantuvo su postura de hombre escéptico, aumentando con ello la furia mal contenida y el desdén acusado del agente francés. Éste, parándose de pronto, interrogóle, burlón:

—Le supongo enterado de que la noche última fueron detenidos no pocos elementos peligrosos.

Lawrence clavó la mirada en Barry, quien hizo un leve gesto de sorpresa y repuso con sencillez:

—Es la primera noticia que tengo. Cuénteme, cuénteme...

La aversión de Treville hacia el norteamericano manifestóse sin ambages:

—¿De qué se entera usted, entonces? Si una cosa de tal índole le pasa inadvertida, ¿cabe esperar algún fruto de su perspicacia, de su actividad, de su esfuerzo...?

McClure sonrió cual si pidiese disculpas:

—No se enfade, camarada. Lamento mi falta de penetración, pero... ¿quién sabe si en algún momento me ayuda la suerte?

—Celebraré que así sea.

Y casi volvióle la espalda.

Lawrence, efusivo, pronunció atinadas frases para limar asperezas e informó a McClure de la redada, sin dejar de escudriñarlo. Tuvo la seguridad de haber visto en las pupilas del norteamericano un destello burlón. Fue cosa de un segundo, más lo consideró suficiente para afirmarse en la creencia de que distaba mucho de ser lo simple que parecía.

Treville, deseando humillar a Barry, inició una información acerca de sus propias gestiones y proyectos; mas éste le interrumpió enseguida:

—Será preferible que nos privemos del honor de oírle por cuanto

no le podemos corresponder, al menos yo.

Brillaron iracundos los ojos de Treville:

—¿Debo pensar que desdeña escucharme?

—No, no es eso; es, simplemente, que me desagrada verme apabullado.

—Señor Pickford —atajó Lawrence—, no agriemos la situación. Por mi parte, aunque nada de interés tenga todavía que comunicar, oiré complacidísimo cuánto nuestro compañero tenga a bien decir.

—Si a usted le disgusta, puede retirarse —terminó el francés, más agresivo que nunca.

Las facciones de McClure endureciéronse un momento.

—Es sensible, señor Treville, la enemistad que me ha demostrado desde que nos conocimos anoche. Puede usted sostenerla; pero le encarezco prescinda de frases o reacciones que choquen con la más elemental corrección. Va a resultar que un rudo norteamericano da lecciones de galantería a un selecto francés. No de lugar a ello. Piense que, en virtud de órdenes superiores, hemos de trabajar juntos y que con enfrentarnos no conseguiremos nada útil:

Aunque hablaba en tono suave, la expresión de su rostro era tan enérgica que Treville corrigió en parte su actitud. Dirigiéndose casi por entero a Lawrence, habló cuánto quiso.

Al despedirse, quedaron en verse la siguiente noche en la rue de Saint Dominique, frente al Ministerio.

—¡Tener que soportar a este imbécil!... —Fue la exclamación del francés cuando McClure se hubo alejado.

Hartaman repitióse *in mente* que el norteamericano tenía de imbécil lo que él de buena persona y se dispuso a seguirle; pero Treville le retuvo, en su afán de comentar, y Barry desapareció de la vista de ambos.

Cambiáronse, pues, las tornas; fue Lawrence quien quedó sometido a la vigilancia de McClure, ya que éste volvió pronto y escondióse convenientemente en un lugar que le permitía ver sin ser visto.

Cuando Hartaman y Treville se separaron, el primero deambuló a pie, como si no tuviese sitio fijo adonde ir. De pronto se detuvo, haciendo un gesto de satisfacción: Vicky avanzaba en dirección opuesta a la suya.



Vicky avanzaba en dirección opuesta a la suya.

McClure observó cómo saludábanse afectuosamente y entraban juntos en un bar próximo.

Le hizo daño el descubrimiento. Resultábale doloroso admitir la sospecha de que aquella hermosa mujer estuviese en connivencia con un miserable como Lawrence, pero, a su pesar, hubo de decirse

que lo visto la condenaba.

La pareja salió al cabo de un rato. Juntos subieron a un coche de alquiler. Barry tomó otro y prometió al conductor una espléndida propina si seguía al primero a prudencial distancia evitando que reparasen en la persecución.

Vicky quedóse en el hotel donde se hospedaba. Lawrence continuó en el automóvil. Habíase dado cuenta de que era seguido, pues el conductor del vehículo ocupado por McClure no pecaba de habilidoso. No obstante, para tener seguridad, no hizo nada por inducir al chofer a que aumentase la marcha, sino que le fue dando distintas direcciones y mirando siempre por la abertura posterior. Descartó toda duda. Aquel automóvil iba siempre tras él. Mandó parar al fin a la puerta de un café, abonó el importe del recorrido y adentróse en el establecimiento, acercándose a los cristales de una de las ventanas, desde la que vio pasar al otro vehículo.

Sonrió con suficiencia y permaneció junto a su observatorio, abarcando también la puerta, seguro de que aparecería su seguidor. Y así ocurrió, en efecto, al cabo de pocos minutos. Viéronse al mismo tiempo y reprimieron el movimiento impulsivo de ocultarse, movimiento que, aunque levísimo, fue apreciado por ambos a la vez.

Y en plan de perfectos comediantes acudieron uno a otro.

—¡Señor Leigh!

—¡Caramba, señor Pickford!...

—¡Qué casualidad!

—Es cierto. Tendré gran placer en invitarle.

—Agradecido. Me duele un poco la cabeza y vengo en busca de una taza de café.

—Lo mismo que yo... Exactamente lo mismo que yo.

Mirábanse sonriendo, en un derroche de amabilidad y cortesía.

Mientras saboreaban la infusión, dijo Lawrence:

—Muy lamentable la actitud del señor Treville...

—Sí, desde luego, pero le disculpo. Tiene un temperamento impulsivo... Me parece, a pesar de todo, un gran chico.

—También a mí. ¿Una copa de coñac?

—Me «sacrificaré».

Suavemente chocaron los cristales.

—¡Porque nos acompañe la suerte! —dijo Hartaman.

—¡Porque nos acompañe la suerte!

Cuando poco después separáronse, ni uno ni otro pensaron en seguirse. Sabían bien que, de intentarlo, fracasarían.

McClure, ya en su hotel, escribió una nota a Robin Beaujen:

«... Tengo motivos para creer que la conversación que hemos sostenido esta tarde los señores Treville, Leigh y yo ha llegado a oídos indiscretos. Quise evitar que dicho señor Treville siguiera hablando, pero no lo conseguí. Le suplico que sin hacer comentario alguno a estos renglones, prohíba al referido agente que lleve a cabo los propósitos expuestos hoy. Por favor, no mencione mi nombre ante él».

Puso al pie el apellido Pickford, guardó el plieguecillo en un sobre, llamó al camarero y dióle las señas del domicilio particular del inspector.

—Entréguelo en propia mano —le advirtió— y tráigame la firma del destinatario. La propina no le desagradará. Si el señor Beaujen no estuviese en casa, que le firme la persona que salga a recibirle. No delegue en un botones. Vaya usted mismo. Tenga, a cuenta.

Entrególe unos billetes.

El mozo hizo una reverencia que hubieran envidiado tiempos atrás en Versalles.

Regresó al cabo de una hora escasa. El sobre estaba firmado por el propio Robin.

Y si el camarero se dobló antes, estuvo a punto ahora de romperse al recibir el obsequio que le hizo McClure.

CAPÍTULO VIII

UN VISITANTE NOCTURNO

Lawrence se mostraba francamente apasionado. Sus hondas preocupaciones no eran óbice para que rindiera tributo a la belleza de Vicky, a quien, basándose en el modo que tenía de conducirse, creyó fácil conquista.

La joven, en efecto, «flirteaba» con él sin rebozo, aunque abstúvose de hacerle ninguna concesión.

—Le aseguro que me ha trastornado —declaraba él con calor—. Nunca supuse que una mujer influyese en mi vida de la manera que usted puede hacerlo.

—¡Oooh!... ¡Si supiera la de veces que me han dicho algo parecido!

—No lo dudo, pero en mis palabras hay sinceridad inigualable.

—¿Y, en las de sus antecesores no?

—Yo me preocupo de mí. No quiero saber de nadie más.

—¡Qué egoísta!

—El amor lo es.

—¿El amor? Pero ¿me habla de amor ya?...

Subrayó la exclamación con una de aquellas risas musicales que tanto realzaban el hechizo de su persona.

Hallábanse en el jardín que circundaba el «Hotel de la Paix».

La noche era calurosa y la muchacha había bajado a respirar aire puro. Le anunciaron la visita de «Anthony Leigh» y no vaciló en recibirle en aquel mismo lugar.

Empezaron ocupándose de cosas diversas, mas, poco a poco, el ambiente se fue caldeando y el visitante habíase lanzado al ataque de la que creía débil fortaleza.

Todo antojábasele favorable. La luna, el perfume de las flores, la

casi soledad, pues apenas se veía algún que otro, huésped entre las frondas...

Respondió con excesiva gravedad a la pregunta burlona de Vicky:

—Sí, le hablo de amor, aunque le parezca prematuro. Este sentimiento es tan especial que no guarda relación con el tiempo. A veces toda una vida no basta para que un hombre y una mujer se quieran. Otras, por el contrario, con un minuto hay suficiente para que surja la pasión.

—Aseguraría que también he oído eso antes de ahora.

—No se burle de mí, se lo suplico.

—Comprenderá que no puedo tomarlo en serio.

—Pues quiero que me tome.

Cogióle una mano. Vicky hizo un suave movimiento para retirarla, pero él la retuvo y ella abandonósele. No se conformó con tal merced, sino que fue animándose de minuto en minuto hasta que la enlazó por la cintura tratando de besarla. La joven rechazóle con firmeza, aunque sin enfadarse, casi riendo todavía.

—Déjeme. No me obligue a llamar para que le echen.

—Buenas noches, señores —dijo una voz sarcástica, cerca de ellos.

Se volvieron rápidamente.

McClure estaba allí, mirándoles con encendidas pupilas y llevando en los labios una sonrisa helada.

—¡Señor Pickford! —exclamó ella, sin ocultar el gozo que acababa de producirle la aparición del muchacho.

Hartaman violentóse mucho para mostrarse sereno.

—Buenas noches.

—Siento haberles interrumpido —añadió Barry—. Pasaba por casualidad... —Dirigióse a Vicky—. Ya sabe usted que la «casualidad» ha hecho de las suyas con nosotros en más de una ocasión. Y es que he vuelto a hospedarme en este hotel, ¿sabe? Ya no existen las causas que me empujaron a cambiar de alojamiento.

Vicky, tanto porque le molestaba el tono empleado por aquel hombre, como por el deseo de mortificarle, respondió irónica:

—Agradezco mucho esa información... que no le he pedido. En cuanto a su manera de acercarse a nosotros... no sé lo que opinará el señor Leigh, pero a mí me parece un tanto fantasmal... e

improcedente.

—Comparto su opinión, señorita —afirmó el aludido—. El señor Pickford, según advierto, gusta de deslizarse silencioso.

Barry mató en flor un ramalazo de ira y mostróse, como de costumbre, dueño de sus actos, de su tono, de sus palabras.

—Acostumbro desenvolverme... como se me antoja en cada momento, señor Leigh, pero hacen mal si creen que en la presente ocasión me he acercado a ustedes despacio deliberadamente. He venido de cara. Se hallaban tan embelesados, que no se dieron cuenta. Pásenlo bien. Sean felices.

Les volvió la espalda y fue alejándose con lentitud.

Vicky y Lawrence permanecieron unos momentos sin saber qué decir. Fue ella la primera en reaccionar:

—El señor Pickford ha debido figurarse lo que no es.

—Si no es lo que se ha imaginado, lo será.

—No lo afirme, amigo mío. En mí no ha prendido... por lo menos todavía, ese «fuego abrasador» que devora a usted, y es lamentable que ese hombre piense mal.

—¿Le preocupa?

—Sí.

—¿Se interesa por él, acaso?

—No me intereso por nadie en particular, señor Leigh, pero... Bien, voy a retirarme.

—¿Me abandona?

—Será mejor para ambos. Nuestra «conversación» había llegado a extremos peligrosos. Buenas noches.

Hartaman no insistió en que se quedase. Comprendió que le hubiera resultado imposible reanudar lo que la presencia de McClure había interrumpido. Además, necesitaba ocuparse de algo decidido la noche anterior, al observar que el norteamericano le seguía: la eliminación de este del mundo de los vivos. Celebraba haberse enterado de que hospedábase allí. Aun muertos Crosb, Sully y el chofer, contaba con asesinos a sueldo que utilizar.

Vicky llamó varias veces por teléfono a las habitaciones de Barry con resultado negativo. Desde la centralilla la informaban de que «el señor Pickford no había regresado».

Por fin oyó la voz del joven. Sonrió complacida y apresuróse a decir:

—Soy Vicky Greger, señor Pickford.

—¡Ah! Muy bien.

El acento del agente

R-33

era ligero, rezumando indiferencia.

—Quiero pedirle que me perdone.

—Bueno, hágalo.

—Pero si es lo que estoy haciendo.

—¡Ah!

—¡Cualquiera diría que no se entera de lo que le digo!

—Sí. Es que estoy un poco preocupado. ¿Hablaban usted de perdón? Bien, perdóneme. No sé en qué la he ofendido, pero como no me cuesta trabajo complacerla en eso...

—¡Señor Pickford! —La voz de la joven llevaba temblores de indignación—. No se trata de perdonarle, sino de que usted me disculpe a mí. ¿O es que está tan despistado que no sabe a lo que me refiero?

—¿Despistado? No es agradable la palabra. Sí, recuerdo perfectamente la escena de hace unas horas. No le conceda importancia. Yo no se la di.

Vicky de buena gana hubiera aporreado a su interlocutor en la cabeza con el auricular. Tentada estuvo de pronunciar alguna frase irreparable, pero logró contenerse dando con rapidez paso a la reflexión.

—Escuche, señor Pickford —repuso—. Quizá esa actitud adoptada por usted sea la más acertada. No me parecería propio de su carácter que se mostrara resentido o furioso, pero yo sé que le he hecho daño, contra mi voluntad, aunque usted lo niegue. Me comporté como una muñeca casquivana, sin educación, y quiero cantar la palinodia. Después de esto me quedo tranquila. Sí, como creo, no tiene usted mal fondo, me absolverá, Si es rencoroso... paciencia. Buenas noches.

—Buenas noches, Vicky —la voz de McClure resultaba casi afectuosa—. Pensaré en lo que me ha dicho. Por de pronto, le importe o no, sepa que acaba de ganar mucho en mi estimación.

—¡Claro que me importa! ¡No sabe cuánto se lo agradezco!

—Duerma usted bien.

—¿Hasta mañana?

—Hasta mañana, si no ocurre nada que lo impida.

Colgaron el aparato al mismo tiempo y ambos quedáronse pensativos. En los labios de la muchacha jugaba una sonrisa alegre. En los de Barry había un rictus amargo.

Aunque era ya tarde, decidió este dar un paseo antes de meterse en la cama. Aquella breve conversación había producido gran efecto y deseaba meditar sobre ella. El aire de la calle facilitaría sus reflexiones.

Los puntos sobre los cuales quería basar sus pensamientos eran: ¿Obedecía a algún plan premeditado el comportamiento de Vicky con respecto a él? ¿Formaba parte de la banda de espías y seguía las instrucciones del falso Anthony Leigh? Por el contrario, ¿tratábase de una mujer sin grandes complicaciones y había influido verdaderamente la casualidad en lo que venía sucediendo?

Para contestarse a tales preguntas, necesitaba atar cabos, sacar consecuencias, no permitir que se le pasara por alto nada que pudiera ayudarle en su trabajo de deducción.

Su vuelta al «Hotel de la Paix», de donde se marchara rehuendo el trato de Vicky, no tenía más objeto que vigilar a ésta, de acuerdo con el propósito formado a raíz de haberla visto la noche anterior junto a Lawrence.

Durante más de una hora estuvo deambulando por las cada vez más silenciosas calles de la gran población, entregada, en su mayoría, al reposo.

Regresó al fin sin haber llegado a ningún punto concreto como consecuencia de sus reflexiones. Era, quizá, la primera vez que le sucedía tal cosa. Crispábale aquel fracaso íntimo en torno, precisamente, a una mujer.

Entró a la primera de sus habitaciones y dio vuelta al interruptor de la luz, colocado junto a la puerta.

Maquinalmente, según era hábito en él, paseó una mirada alrededor y enseguida advirtió algo anormal que no supo, en principio, decirse en qué consistía. Quizá alguna ligera alteración en el sitio ocupado por ciertos muebles. Acaso un tenue olor a tabaco distinto al que él fumaba... Sí, eso era. Eso... y la sutil percepción de un probable sexto sentido al que más de una vez debió él salir bien librado de empresas difíciles.

Buscar al visitante nocturno, si es que aún se encontraba allí,

tenía el peligro de que éste, desde su escondite, le atacase por la espalda.

McClure trazó en seguida un plan. Anduvo de un sitio para otro con desenvoltura y descuido aparentes, aunque no perdía de vista ningún punto de la estancia. Fingió buscar unos papeles, que se guardó en el bolsillo y, silbando una tonadilla cualquiera, encaminóse a la salida. Apagó la luz, abrió la puerta y volvió a cerrarla, quedándose dentro y corriéndose, sigiloso, hacia otro lado.

Medio minuto después, oyó pasos que provenían de la habitación inmediata. Un bulto destacóse entre las sombras, merced a la claridad que entraba por el abierto balcón. McClure contuvo el aliento. El desconocido comenzó a proyectar los haces de su linterna eléctrica. Su propósito consistía en convencerse de que aquél había salido.

Barry pensó que dar el salto era exponerse a que le respondiera con una bala. Lo ocurrido con Crosb, Sully y el chofer tenía fuerza bastante para hacerle recordar cómo aquellos hombres disparaban en vez de rendirse, por muy comprometida que vieran la situación. Cabía admitir que el malhechor de aquella noche no tuviese nada que ver con los otros. Más, por si acaso, era preferible asegurarse.

Tampoco le sedujo la idea de utilizar su automática, pues, a pesar del silenciador, el tiro resultaría notable en mitad del silencio y él necesitaba huir del escándalo.

Tales pensamientos cruzaron por su mente en un espacio de tiempo infinitesimal.

Recurrió a sus extraordinarias aptitudes físicas. En el preciso segundo en que la luz proyectada por la linterna se le aproximaba, dio un salto propio de tigre y cayó encima del asombrado delincuente, derribándole sobre la alfombra.

Sin más iluminación que la de la luna —semioculta por nubes— al filtrarse por el balcón, los dos hombres trabaron una lucha a muerte.

El enemigo de McClure poseía gran fortaleza a la cual daba mayor impulso la desesperación. En cuanto a la de éste, era algo que sobrepasaba en mucho lo normal.

Varias veces se levantaron, volviendo a caer con suerte alterna, si bien, poco a poco, fue acusándose la superioridad de McClure hasta el extremo de que su antagonista empezó a considerarse

perdido. En una de las ocasiones en que se deshizo el cuerpo a cuerpo, pudo el criminal desenfundar el arma blanca, en cuyo manejo era ducho. La acerada hoja brilló siniestramente, pero no llegó a hundirse en la funda de carne buscada por su dueño, pues un puntapié descomunal en el codo le desarmó, arrancándole incontinente grito.

Barry habíase dejado caer de espalda como segunda parte del movimiento que requería su brinco. Mas se alzó como una pelota de goma, arrojándose sobre el visitante, quien intentaba buscar la fuga por el balcón. Alcanzóle allí McClure, reanudándose la pelea con mayor ahínco aún.

Ambos tuvieron el mismo pensamiento: arrojar al enemigo a la calle. Y tan pronto estaban uno como otro doblado sobre los hierros, pues la inferioridad física del asesino con respecto a McClure la suplía casi con la locura de la desesperación. Pero sólo «casi», el agente

R-33

consiguió echarle una llave irresistible, le alzó, en tales condiciones, poco menos que en vilo... y le dejó caer.

Eleváronse gritos de horror lanzados por algunos transeúntes y huéspedes del mismo hotel a quienes el ruido hiciera mirar hacia arriba desde la calle o desde los balcones, siendo testigos de la terrible pelea en su fase última.

Barry, lleno de pequeñas contusiones, destrozada la ropa, dedicó un expresivo gesto a los que le observaban con asombro.

—Estaba escondido en mi cuarto para asesinarme —dijo—. Lo ha salido mal la cuenta.

Internóse y encendió la luz.

La alarma, cundida ya, no podía apaciguarse. McClure encogióse de hombros, resignado, y franqueó la entrada a sus habitaciones.

Acudían el detective del hotel, el gerente y algunos huéspedes, cuyo número aumentaba por momentos.

Brotaban las preguntas.

El muchacho explicó su aventura y él mismo pidió que se avisase a la policía.

Abajo, el rumor de la gente crecía sin cesar.

Vicky llegó abriéndose paso a la fuerza. Sus ojos expresaban ansiedad sin límites.

—¡Señor Pickford!

—Buenas noches, señorita.

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Pchs! Poca cosa. Se me presentó un visitante nocturno y... como yo no le había invitado, le he hecho salir por el balcón.

—Pero ¡está usted herido!

—Es que... dicho visitante en cuestión, no empleaba muy buenas maneras.

La calma de aquel hombre en tales circunstancias impresionaba más aún que lo que había llevado a cabo.

Vicky, con su propio pañuelo, empapó los pequeños hilillos de sangre que surcaban el rostro de McClure, quien la observaba sintiendo un principio de emoción, aunque no quería emocionarse.

Trajeron alcohol y vendas. La joven, sin permitir a nadie que interviniese, realizó la pequeña cura.

Barry se opuso a que se le vendara.

—No me resigno a estar feo —bromeó—. Con unas chispitas de gasa sujetas con esparadrapo hay de sobra.

El detective esforzabase en ampliar la información obtenida y Vicky le atajó, furiosa:

—¿No está viendo que no se halla en condiciones de responder? ¡Demasiado ha dicho! ¡Déjele en paz!

—¡Señorita!

—¡Ya tendrá tiempo de averiguar cuánto desee!

—Es que... la obligación...

Vicky le volvió la espalda para seguir ocupándose del joven agente.

Llegó la policía. Todos, hasta los que no habían presenciado la pelea, apresuráronse a prestar declaración favorable a McClure.

El gerente mostrábase desesperado:

—¡Que esto haya ocurrido en el «Hotel de la Paix»! ¡Qué horror, qué descrédito!

Barry contestó afirmativamente cuando pregúntesele si se encontraba en condiciones de acudir a la comisaría. Muchos huéspedes, Vicky la primera, expusieron su decidido propósito de acompañarle.

La diligencia duró un buen rato. McClure quedó en libertad, si bien prohibíasele ausentarse del establecimiento en que se

hospedaba hasta que los tribunales substanciaran los hechos y emitieran el fallo.

El joven no hizo objeción alguna. Confiaba en Robin Beaujen.

Mientras, el levantamiento del cadáver había tenido lugar. No se le encontró documentación alguna.

Barry no tuvo necesidad de pedir ayuda al inspector Beaujen para que le librase de aquella especie de prisión atenuada. Contaba esto con medios variados para saber muchas de las cosas que ocurrieran a los agentes que trabajaban a sus órdenes.

Eran apenas las ocho de la mañana, cuando McClure recibió un oficio de la comisaría anulando el semi encarcelamiento y autorizándole a hacer su vida normal, sin perjuicio de presentarse donde se le llamase en el momento oportuno.

Aquella noche, Barry acudió, como de costumbre, a la cita con Alfredo Treville y Lawrence Hartaman.

Mostraron ambos sorpresa al verle con los pequeños trozos de esparadrapo en la cara. La del agente francés respondía a la verdad. La de Lawrence era perfectamente fingida por cuanto el fracasado asesino actuó obedeciendo órdenes suyas.

McClure narró su aventura con sencillez, en pocas palabras, sin decir lo más mínimo que denotase sospechas de nadie. Y terminó, dirigiéndose a Treville, en broma:

—Ya lo ve, amigo mío. A pesar de mi escepticismo, de mi poca fe en el triunfo, de mí «no hacer nada», me han querido asesinar. Cuando esto es conmigo, que soy inofensivo casi, ¿qué peligro no será el que usted corre, dadas su impaciencia y actividades?

El francés no contestó. Por vez primera admitió la posibilidad de que su interlocutor no fuese rematadamente tonto.

Lawrence, exteriorizando gran interés, quiso conocer detalles, pero Barry excusóse con modestia:

—Crea que el asunto no tiene importancia. Además... nunca sabe uno bien quien escucha.

Intervino Treville, rápido:

—¡Eso es cierto! Varios de los últimos propósitos que expuse a ustedes fueron oídos por alguien. Tanto es así, que se me ha dado la orden de abandonarlos en absoluto.

Sonrió irónicamente McClure. Hartaman captó el significado de tal sonrisa.

—Eso es muy curioso —dijo el norteamericano, afectando preocupación—. Casi será preferible que, para evitar casos parecidos, espaciemos nuestras entrevistas y hablemos poco durante ellas. ¡Ya nos pondremos de acuerdo siempre que sea preciso actuar conjuntamente! ¿Les parece bien?

Los que le escuchaban respondieron con gestos elusivos.

CAPÍTULO IX

¡A TIROS!

Lawrence sufrió un estremecimiento de todo su ser al recibir la invitación para la fiesta que François Dahuil daba aquella noche en su casa-palacio.

Dedujo que aquello era una orden del alto personaje —jefe supremo de la banda de espías en Francia— con el fin de que se presentara a rendir cuentas.

No habíase apuntado ningún triunfo que mitigase su anterior descalabro y dio por seguro que saldría mal librado de la entrevista.

Dio vueltas en su mente a la idea de desaparecer, desentendiéndose de la tal orden, pero acabó desechándola. Sabía hasta qué punto y con cuánto ahínco eran buscados los desertores, se escondieran donde se escondiesen, y castigados con la última pena, a veces de modo cruel y refinado.

Si a él llegaban a considerarle como tal, estaría irremisiblemente perdido.

Acabó reconociendo que lo más prudente era afrontar la situación y conducirse según determinaron las circunstancias.

Casi a la misma hora, McClure y Treville recibían invitaciones análogas.

Maravillosa iluminación indirecta, música, risas, joyas, sedas, grandes escotes, impecables fracs... De todo ello había gran profusión en los amplios salones de François Dahuil. Era éste un hombre de cincuenta y cinco años, no mucha estatura, grueso, campechano... Su ancha faz aparecía a todas horas beneficiada con simpática sonrisa que le captaba la estimación de cuantos le trataban, desde los primeros minutos.

Aquella noche, como de costumbre, atendía a sus invitados con exquisita delicadeza, teniendo para cada cual la frase que más grata pudiera resultarle.

McClure no le conocía personalmente, ni él a McClure. Sin embargo, recibió a éste como a un amigo antiguo, estrechándole la mano y exponiéndole el ferviente deseo que lo pasase a gusto.

El joven agente

R-33

correspondió al cumplido y adentróse en los salones con paso lento, sin que sus ojos delatasen la más pequeña curiosidad ni sorpresa por las personas que iba encontrando: diplomáticos de diversos países, militares de alcurnia, damas de la alta aristocracia...

Poco le faltó, no obstante, para exteriorizar extrañeza al descubrir a una persona que ni remotamente hubiera supuesto ver. Tratábase de Vicky Greger. Junto a ella, amartelado, se hallaba Lawrence Hartaman.

¿Qué podía hacer aquella muchacha en la mansión de Dahuil?

Acentuóse su dolorosa sospecha de que Vicky fuera una espía al servicio de la organización que él habíase propuesto eliminar. Probablemente François si era, como imaginaba, un destacado elemento de la misma, la había invitado.

Divisóle la joven y fue a su encuentro, risueña:

—Señor Pickford, me satisface mucho verle.

—También yo me alegro de verla —mintió McClure.

—Ya observo que no le quedan señales de las contusiones.

—Tengo magnífica encarnadura.

—¿Conocía usted al señor Dahuil?

—¡Sí! Somos viejos amigos. ¿También lo es usted?

—También. Las artistas de la pantalla solemos tener buenas relaciones en todas partes.

—¡Qué suerte! A propósito, ¿cómo van esas películas que iba a interpretar en Francia?

—Aún no se ha comenzado el rodaje. Han surgido ciertas dificultades de última hora, pero se resolverán.

—Así lo deseo. La verdad es que hasta este momento no se me había ocurrido interesarme por sus actividades.

—¿De veras?

—¿Lo duda?

—No, no. Me consta que es un gran desmemoriado. No se me olvida que cuando no hace muchos días quise pedirle perdón, creía usted que estaba yo en situación de perdonarle.

—En cambio, recuerdo perfectamente la ternura con que me asistió a raíz del atentado que sufrí en el hotel. Me parece que no le di las gracias.

—¡Nunca es tarde!

Rieron ambos.

—No he vuelto a hallarle desde entonces —lamentó ella.

Así había sido, en realidad. Barry, huyendo de las molestias que habrían de producirle los curiosos, abandonó por segunda vez el «Hotel de la Paix» sin despedirse de nadie, si bien no había dejado por ello de vigilar a Vicky, con resultado —lo tenía que reconocer— negativo.

—Un negocio ineludible me obligó a ausentarme inopinadamente —repuso el muchacho.

—¿Algún aviso urgente, como el que recibió en Nueva York cuando habíamos quedado en almorzar juntos?

Le miró de modo irresistible.

—Pues... sí.

—¿O quizá razones parecidas a las que le aconsejaron abandonar el «Hotel de la Paix» cuando me vio instalada en el mismo?

—No trato de desconcertarme, Vicky —pidió McClure—. Ya que se empeña la diré que, en lo posible, procuro apartarme de usted.

—¡Aaah!

—Es que... me asusta su belleza, ¿sabe? Soy un gran cobarde para con las mujeres.

Vicky hubiera deseado descubrir sinceridad en aquellas manifestaciones, pero el tono en que fueron pronunciadas le dijo que no la había del todo.

Aproximóseles Lawrence, procurando aparecer bromista, aunque enmascaraba mal el infierno que llevaba dentro.

—Le felicito, señor Pickford. Su sola presencia ha bastado para que la maravillosa Vicky abandone mi compañía. Le aseguro que me siento celoso.

—¡Oh, qué interesante! —ironizó ella—. ¡Dos hombres decididos a enfrentarse por mí!

—No se preocupe, ilustre «estrella» —dijo Barry en el mismo tono, pero sin disimular bien el disgusto que le causaba el acercamiento de Hartaman—. Soy un hombre pacífico. Me horrorizan los melodramas y huyo de ellos como de la peste. Me rindo ante su preferencia por el señor Leigh y renuncio a todo intento por interesar el corazón de usted.

El breve diálogo estuvo saturado por la broma. Pero, aun así, Vicky sintióse disgustada. Hubiera dado cualquier cosa por ver a McClure reaccionar de otro modo. Éste, haciendo una graciosa reverencia, repitió lo que les dijera en el jardín:

—Pásenlo bien. Sean felices.

Y alejóse con aire de aburrimiento.

Pasó a la sala donde se hallaba instalado el bar y acomodóse ante la barra.

Estaba ensimismado y no paró mientes en que ocupaba un taburete próximo al suyo, hasta que oyó la conocida voz de Robin Beaujen.

—Buenas noches, señor Pickford.

—¡Oh, buenas noches!

—¿Tiene mucha sed?

—No, apenas.

—Venga, entonces. El barman, como ve, está muy atareado.

—¿No importa que nos vean juntos?

—Nunca es conveniente, pero aquí es donde resulta menos peligroso. Somos distinguidos señores sin más plan que el de divertirnos. Yo hablo con todo el mundo y usted no tiene por qué constituir una excepción.

Se alejaron sin prisas, cual si nada tuvieran que decirse, y llegaron a uno de los grandes miradores que caían sobre el jardín.

—Un buen sitio para charlar —opinó Beaujen—. No hay nadie alrededor. Bien... Ya ve que he cumplido mi promesa. Ésta es la primera fiesta que celebra Dahuil desde que usted llegó a nuestra capital, y ha sido invitado.

—Se lo agradezco mucho.

—¿Agradecérmelo? Estoy en el deber de facilitar a mis colaboradores toda clase de medios. Además, no he hecho una excepción. También Alfredo Treville y Anthony Leigh se encuentran aquí por mediación mía. Creo haberle dicho que

sostengo buenas relaciones con el anfitrión. Suele atender cuanto le digo.

—Pero... usted admite la idea de que sea un hombre peligroso.

—Sin la menor duda. Ahora bien, mientras tales sospechas no se convierten en realidad, nada me impide cultivar su trato. ¿No cree que procedo acertadamente?

—Desde luego. Dígame, señor Beaujen, ¿conoce a la señora Vicky Greger?

—¿Vicky Greger? ¿La artista cinematográfica norteamericana? Sí, la conozco de vista. Creo que se halla en esta fiesta.

—¿No sabe nada de ella, en concreto?

—No. ¿Por qué me lo pregunta?

—Simple curiosidad.

Robin sonrió de modo enigmático.

—Querido joven —murmuró—, vale usted mucho, pero emplea exceso de reservas y eso me parece mal. Imagine que le sucede cualquier desgracia y no ha dicho a nadie el resultado de sus indagaciones.

Atájole Barry:

—Tengo previsto ese caso. Hay un notario en París que posee un sobre dirigido a usted con la orden de hacérselo llegar si muero. Yo le visito casi todos los días e introduzco en dicho sobre relación de mis descubrimientos o suposiciones.

Beaujen hizo un gesto de aprobación.

—¡Verdaderamente es usted un caso único!

—Debe disculparme —pidió el agente— por haber sido poco explícito. Usted me ayuda y protege hasta el grado máximo y estoy en la grata obligación de corresponderle. Es el temor a extralimitarme en mis suposiciones, despertando repulsas o censuras por su parte, lo que me contiene. Me propuse ir sobre seguro y no acusar a nadie sin tener la evidencia de su culpabilidad. Gracias a ello voy a comunicarle esta noche algo de trascendencia.

—¡Caramba!

—Me proponía buscarle hoy con tal objeto, pero al recibir la invitación de François Dahuil di por seguro que usted andaba de por medio y nos veríamos aquí.

—Venga, venga esa noticia sensacional.

McClure extrajo de su billetero una pequeña fotografía y la

mostró a su interlocutor, preguntándole mientras lo hacía:

—¿Conoce a este hombre?

—No —repuso el interrogado.

—Temo que no llegue a conocerle jamás. En cambio, su nombre lo ha oído muchas veces en estos últimos días. Se llama... o se llamaba Anthony Leigh.

Robin abrió la boca en gesto de extraordinario asombro.

Añadió el agente

R-33:

—La he obtenido por conducto de mi embajada, la cual la pidió a Londres. Llegó esta mañana por vía aérea.

—Entonces, el que se hace pasar por él...

—Se apellida Hartaman. Es un jefecillo a las órdenes de la organización internacional de espionaje que perseguimos. Bajo su mandato actuaban los tres hombres, que murieron en la casa donde encontré la lista de indeseables que entregué a usted. A él le mantuve atado y bajo llave mientras tenía lugar la redada. Me valí de medios para que no me viera y luego hice que le devolvieran la libertad. Mi propósito era que me condujese, sin saberlo, hasta los verdaderos directores. No lo he realizado aun, pero luego de oír la queja que usted ha proferido, no quiero mantener oculto cuánto hay de verdad.

—¡Muchacho! ¡De buena gana le abrazaba ahora mismo... y lo pegaba al propio tiempo por no haber hablado antes!

—Será preferible que no haga ninguna de las dos cosas, inspector. Temo que alguien nos está mirando.

—Procede detener ahora mismo a ese hombre.

—No lo haga, se lo suplico. Basta con que lo vigilemos a todas horas. Él es el cabo más directo que conocemos para llegar al ovillo.

—Bueno... Bueno... No me hace gracia la perspectiva de que ese tipo continúe suelto, pero... le complaceré. Deme detalles. Me encantará oírlos.

McClure, ya en el terreno de las confidencias, informó al inspector de todos sus pasos, ratificando y ampliando cuanto le dijera en la entrevista que sostuvieron en el calabozo.

Terminó diciendo:

—Ahora, si le parece, vamos en busca de un trago. Tengo seca la garganta.

—Lo haremos separadamente. Llevamos aquí demasiado tiempo y pudiéramos llamar la atención si volviésemos a pasar juntos. Adelántese. Prefiero quedarme un rato.

Barry dirigióse al bar, pero antes cruzó los salones. No vio a Vicky ni al agente francés. En cambio, Hartaman permanecía sentado en un rincón, como hundido, cual si las preocupaciones hubieran acabado por vencerlo.

Estuvo McClure bebiendo un rato, fija la atención en cuanto podía abarcar su vista.

Cuando tornó al corazón de la fiesta, pudo ver que Vicky había reaparecido y que Treville buscaba con interés a alguien. Con indiferencia, acercóse a este último, preguntando:

—¿Desea algo, querido amigo?

—No, no. Gracias —repuso el francés, seco, como siempre que hablaba con el norteamericano.

Y se retiró.

Barry tornó a pasar junto a él y dijo, casi sin mirarle:

—El inspector Beaujen está en un mirador sobre el jardín, al cual puede llegarse por ese lado de la izquierda.

No se detuvo. Treville sorprendióse ante aquel detalle de sagacidad. Buscaba a Robin, pero no se explicaba cómo McClure lo había descubierto.

Fue hacia donde se le indicara y encontró, efectivamente, a Beaujen, donde veinte minutos antes le dejara el agente R-33.

Hablaron unos minutos. Treville entregó, con gran disimulo, papeles a su jefe, el cual, adoptando precauciones, púsose a examinarlos.

Barry les observaba sin ser visto y dirigióse a ellos.

—No es éste tan buen lugar como parece, señores —dijo, surgiendo de pronto—. Desde aquel ángulo de la derecha resulta fácil captar los movimientos de quien esté aquí.

Treville le miró con desagrado, hasta despectivo, deseando que el inspector la despidiese violentamente, pero sorprendióse oyendo a este decir, amable en extremo:

—Muy atinada su indicación, querido amigo; la tomaremos en cuenta. Pero ante todo, sepa que voy a devolverle la pelota. Usted me dijo antes algo sensacional y yo le correspondo anunciándole

que tengo en mi poder documentos tan comprometedores para François Dahuil y varios de sus colegas que significan su hundimiento. ¡Lo que tanto anhelábamos se ha producido inopinadamente!

—Enhorabuena —exclamó Barry. Y dirigiéndose a Treville, añadió—: Permítame que le felicite. Porque supongo ha sido usted el descubridor de tales pruebas acusatorias.

De mala gana, repuso el joven francés:

—No me ha cabido esa suerte...

Interrumpióle Robin:

—«Alguien» ha encontrado estos papeles y ha hecho entrega de los mismos al señor Treville para que me los traslade. Bien; no perdamos tiempo. Voy a salir para telefonear personalmente a la policía. Quiero dar instrucciones concretas. Procede que varios números rodeen el edificio mientras otros penetran sin producir alarma. Creo que tardaré un cuarto de hora a lo sumo. Preocúpense ustedes de que no vuelen los pájaros, aunque es improbable que lo intenten. ¡Se consideran tan seguros!... Y el exceso de confianza suele perder a las personas.

Se alejó. McClure y Treville separáronse sin hablar, pues éste no sentía deseo de hacerlo con su «inútil» camarada y aquél empezaba a cansarse de los desdenes que recibía.

François y algunos de sus amigos, amparándose en que la animación predominante significaba una garantía de que su ausencia no iba a ser notada, fueron abandonando los salones y encerrándose en una habitación alejada de los mismos. Lawrence, en virtud de una leve seña de aquél, hizo lo propio.

Tratábase de una costumbre establecida por ellos para llevar a cabo sus reuniones. Verles juntos en cualquier parte repetidas veces podía ser motivo de comentarios o sospechas; en cambio, encontrarles en una «fiesta de sociedad» resultaba cosa naturalísima. Y siempre aprovechaban el apogeo del baile para apartarse y cambiar impresiones. De ahí la frecuencia con que el alto personaje abría su casa a las amistades selectas.

Observó McClure que Treville había reparado en la maniobra y desaparecía tras ellos. Por su parte se dispuso a averiguar cuanto pudiera.

La estancia elegida estaba situada de forma que tenía acceso por

dos lugares distintos. Para llegar a ella, siguiendo cualquiera de ambas direcciones, imponíase cruzar varios departamentos. François, a medida que el último de los congregados pasaba, los iba cerrando tras sí.

Barry aguardó unos minutos. Luego utilizó las ganzúas y fue abriendo las puertas que el enemigo echase, previo convencimiento de que no había nadie tras las mismas. Llegó, por fin, ante la estancia ocupada por los vigilados, los cuales hablaban en tono natural, seguros de que no podría oírseles.

El muchacho pudo enterarse de casi toda la conversación.

En aquel momento, era Dahuil quién hablaba, dirigiéndose a Hartaman:

—No; no le invité por mi voluntad, sino atendiendo el ruego de Robin Beaujen, ruego que hizo extensivo al agente francés y al norteamericano. Negarme, hubiera parecido sospechoso; en cambio, «dando facilidades» me acredito una vez más como gran colaborador de la causa que el contraespionaje persigue. En mi ánimo estaba dejar a usted a sus archas... hasta ver cuándo se decidía a informarnos de sus fracasos.

—De mis fracasos... si es que quieren denominarlos así, y de mis éxitos —repuso Hartaman, esforzándose en hacer acopio de valor—. Una inexplicable torpeza por parte de Crosb, Sully y Hughas, nos ha irrogado serios perjuicios; pero ¿qué culpa tengo yo? Frente a esto están no ya sólo mis servicios anteriores sino los presentes, en los cuales no hay un solo defecto de organización. Anthony Leigh fue eliminado del mundo de los vivos; yo ocupé su puesto; me he captado la confianza de Treville, el cual no da un solo paso sin consultarme previamente. Ello nos permitirá, como se desea, obtener informaciones interesantes. El norteamericano es otra cosa; bajo su aspecto simplón se oculta un tipo muy peligroso y he decidido quitarle de en medio... si es que ustedes me autorizan.

—¿Si le autorizamos? —preguntó, irónico, uno—. Supusimos que el atentado de que fue objeto en el hotel era obra suya.

Lawrence no quiso confesar aquella derrota y replicó altivo:

—¡Mal supuesto! Nada tuve que ver en ese asunto.

—El hombre que se estrelló en la calle era Donday, uno de los muchachos adscritos a su organización —indicó, melifluo, otro.

—Lo sé; pero pudo tratarse de una cuestión personal. Repito que

no intervine en el caso.

Le atajó Dahuil:

—Miente, y le aconsejo desista de emplear embustes. Será preferible que reconozca sus fracasos. Nosotros reconoceremos sus méritos, esos méritos que nos ha echado en cara, y, aunque hemos sufrido un rudo golpe con el encarcelamiento de esos colaboradores, nos mostraremos benignos en gracia a la buena voluntad que le guía.

Lawrence inclinó la cabeza.

—Eso está mejor —dijo un señorón bigotudo y condecorado.

Dahuil, tras previa consulta con la mirada a sus secuaces, dirigióse nuevamente a Hartaman:

—No vamos a sancionarle. Nos consta su fe ciega en la causa. Por otra parte, su colaboración continúa siéndonos muy útil. Procure no sufrir más tropiezos porque entonces seríamos inflexibles. Buena prueba de que seguimos teniéndole en estima es que aprobamos su proyecto de «borrar» al norteamericano. Mientras llega el sustituto podrá usted trabajar con más éxito cerca del francés. Cabe la esperanza de que el nuevo elemento que envíen los Estados Unidos no sea tan de cuidado como el que nos ocupa. Además, vamos a encomendar a usted una tarea para esta misma noche. Dentro de media hora, desde la Embajada X (dijo la nacionalidad de la misma) se va a radiar, un mensaje relacionado con la bomba de hidrógeno. Todo se halla dispuesto. Océpese de que la emisión se realice felizmente.

Hartaman respiró aliviado. Concibió la esperanza de que los «méritos» a que aludiera le significasen el perdón. Ignoraba que su suerte había sido decidida para tan pronto como dejase de rendir fruto en la labor específica de hacerse pasar por Anthony Leigh. Los jefes, comprendiendo lo difícil que sería buscarle sustituto, resolvieron aquella tregua en la ejecución de la condena a muerte.

En aquel punto de la conversación entre los espías, oyó McClure un débil ruido a sus espaldas.

Volvióse rápido, empuñada la pistola, y avanzó hacia un gran armario desde el cual, estaba seguro, acababa de partir el roce extraño. Descubrió a Vicky acurrucada junto al mismo.

—¿Qué hace usted ahí? —preguntó casi con el aliento.

La muchacha le sonrió, temerosa, y retrocedió de puntillas hasta

desaparecer.

Barry había quedado atónito. ¿Qué buscaba aquella joven? ¿Por qué habíase atrevido a seguirlo hasta allí?

Torturándose con tales preguntas y otras más que acudían a su imaginación, tornó a acercar el oído a la cerradura.

Imperaba un gran silencio.

Los espías acababan de percibir también algo raro en el lado opuesto al que se hallaba McClure y, obedeciendo a una señal de Dahuil, calláronse instantáneamente para enseguida volver a hablar de cosas banales. Mientras, Lawrence abrió de pronto la puerta en cuestión. Alfredo Treville entró, dando traspiés, en la estancia; cayó al suelo y paseó la espantada vista sobre los congregados.

—¡Vaya, caballero, no le suponía tan curioso! —comentó sarcástico Dahuil.

Y en el mismo tono, añadió Lawrence:

—Camarada Treville, ha cometido usted una locura. Saber mucho es peligroso... y usted sabe ya demasiado.

El agente francés, considerándose perdido, resolvió hacer uso de su pistola, pensando no sólo en llevarse por delante a alguien sino en atraer la atención de la gente que había en los salones; pero apenas hubo iniciado el intento, Hartaman arrojóse sobre él, inmovilizándole con la ayuda de sus compinches.

Fue desarmado, un pañuelo entró en su boca a guisa de mordaza.

—No debe salir vivo de aquí —ordenó François. Barry, desde su puesto dióse cuenta, aunque no podía verlo, de lo que pasaba, y aporreó la puerta fuertemente.

Los espías quedaron estupefactos, temerosos, consultáronse con las miradas.

François impuso su autoridad con un ademán enérgico, añadiendo en susurro:

—Enciérrenlo y vuelvan enseguida.

Lawrence y dos más cogieron al indefenso Treville, lo trasladaron a la habitación inmediata, atáronle rápidamente, luego de hacerle perder el sentido de un brutal puñetazo, y regresaron junto a los otros.

Mientras, el jefe supremo y McClure habían establecido diálogo:

—¿Qué ocurre? —preguntó el primero, en tono que denotaba

furia.

—Soy Nigel Pickford, señor Dahuil; ¿quiere hacer el favor de ordenar que me abran?

—¿Qué le abran?... No sé con qué objeto ni qué le autoriza a solicitar tal cosa. Estoy tratando de negocios reservados con varios señores.

—Será cuestión de momentos.

—Bien... Espero que la urgencia del asunto justifique su actitud —cambió de tono al añadir, en voz más alta aún—: Señores; con permiso de ustedes voy a ver lo que desea este invitado. Enseguida continuaremos.

Expresóse pausadamente con el fin de dar tiempo a que se cumplieran sus órdenes. Apenas hubo visto reaparecer a los que se ocuparan de Treville, abrió con sus propias manos la puerta.

Barry echó una rápida mirada al interior, y sin trasponer el umbral repuso:

—Lamento haberles interrumpido. No sabía que iba a alterar el curso de una junta financiera.

—Ya no tiene remedio. Entre.

—No; gracias —fingió sorpresa al descubrir a Hartaman—. ¡Oh, señor Leigh!... ¿Cómo imaginar que tuviese usted negocios con estos respetables caballeros?

—Sí... Cuento con asuntos privados...

—Le felicito.

Lawrence quiso inútilmente forzar una sonrisa y en su rostro sólo marcóse una mueca extraña.

Los demás espías miraban a Barry ansiosamente, invitándole sin palabras a entrar y confiarse.

—¿Y bien?... —apremió François.

—Verán... Tengo precisión de cambiar unas frases con mi amigo el señor Treville...

Una sucesión de escalofríos sacudió a los que escuchaban.

Dahuil conservó la serenidad. Hizo un gesto de extrañeza y repuso:

—No alcanzo a comprender lo que dice. ¿Qué tenemos que ver nosotros con ese deseo suyo ni con, dicho señor?

—¿De veras?... Hubiera jurado que el señor Treville se encontraba con ustedes.

En su tono había ingenuidad, pero no convenció a nadie.

—Se halla usted en un error, como puede comprobar —dijo François—. Y es sensible que una cosa tan baladí le haya inducido a interrumpirnos.

—Presento mis excusas.

—Admitidas. Y si no ha de añadir nada más...

—Puedo retirarme, ¿eh?

—Efectivamente.

—Perdonen, pero... tengo motivos para creer que mi aludido amigo ha venido aquí.

El jefe de los espías fingió impaciencia y mal humor incontenibles:

—Por favor, caballero, esto pasa de la raya.

—Vuelvo a pedir perdón; mas, aun pidiendo perdón, insisto en mis manifestaciones.

Uno de los confabulados trató de ironizar:

—Es posible que ese hombre se halle oculto bajo alguna mesa o bajo algún tapete...

Imitando a su compinche, apoyó François:

—No había caído en esa contingencia. Avance, caballero, y compruébelo usted.

—No permanezca ahí —encareció Hartaman—. Tendré mucho gusto, de paso, en presentarle a estos señores.

—Amabilísimo, señor Leigh, amabilísimo. Declino ese honor por ahora y me limito a rogarles que abran aquella puerta. El señor Treville es muy curioso. No me sorprendería que estuviese oculto.

Los espías cruzaron, maquinalmente, nuevas miradas de incontenible inquietud.

Leigh seguía manteniendo el control de sus nervios. Con gesto altivo, ademanes majestuosos y voz ronca, exclamó:

—¡Basta! ¡Márchese de aquí!

Y mostró intención de cerrar.

McClure se proponía exclusivamente ganar tiempo en espera de que regresase Beaujen. No se hallaba dispuesto a adentrarse en la habitación, donde estaba casi seguro de que le asesinarían, ni a volver la espalda dejando a Treville en manos de los enemigos.

—¡Un momento, señor Dahuil! —dijo.

—Hable pronto.

—Si realiza ese acto impropio de su cortesía, me quejaré a voz en grito desde aquí, haré que acudan sus invitados y expondré los motivos de mi actitud. En cambio si accede a mi ruego de franquear esa habitación, reconoceré mi falta, sometiéndome a las sanciones que desee imponerme.

—¿Franquear esa habitación? ¿Me ha tomado por sirviente suyo? ¡Hágalo usted mismo, si lo tiene a bien!

En aquel momento, por fortuna, Robin y una docena de agentes entraban en el pasillo, seguidos de fuertes rumores. Barry, sonriendo gozoso, exclamó:

—Sí; voy a entrar, pero... ¡no solo!

Rápidamente empuñó la pistola, ordenando:

—¡Que no se mueva nadie! ¡Meteré una bala en la cabeza de quien lo intente!

—¿Qué quiere decir eso?

—¿Qué significa...?

—¿Se ha vuelto loco?...

En vez de obtener contestación a tales preguntas, oyeron la voz de Beaujen, ordenando:

—¡Dense presos en nombre de la Ley!

La reacción fue violentísima. François, incluso, perdió la calma, comprendiendo que sólo a base de una seguridad absoluta en sus actos podía atreverse Robin a conducirse de aquella manera.

Y la consigna general de la organización salió a relucir: ¡morir antes que entregarse!

Aparecieron pistolas como por obra de gracia en todas las manos y las balas emprendieron sus trayectorias mortales.

El propio Beaujen, alcanzado en el hombro derecho, alojó una ración de plomo en el cerebro de Dahuil. Otra bala rozó superficialmente la mejilla de McClure, cuya automática derribó a dos enemigos.

Lawrence se había apartado de la línea de fuego, buscando la salvación en la huida.

El griterío por parte de los invitados resultaba infernal.

Los agentes no lograban penetrar en la amplia habitación donde los espías atrincherábanse utilizando todo lo que podía servirles de improvisado parapeto.

Siguiendo las instrucciones de Barry, varios atacantes dieron un

rodeo para irrumpir por la entrada que contra su voluntad utilizara Treville y que no habían vuelto a cerrar con llave.

Fueron cogidos entre dos fuegos.

Lawrence, viendo la causa perdida, ganó uno de los balcones; pero en vez de descender ascendió hacia el tejado.

La lucha cruenta prolongóse bastante. Sólo cuando los espías supervivientes se vieron sin fuerzas para seguir manejando las armas, por impedírselo las heridas, se rindieron.

McClure acudió entonces a libertar a Treville.

Encontróle en pleno dominio de sus facultades mentales, pero sin poderse mover y medio asfixiado.

Le desató mientras decía:

—¡Lástima de fiesta que se ha perdido usted!

Y enseguida volvióle la espalda, sin aguardar, a que el francés le respondiese.

—¿Cómo va eso, inspector? —preguntó a Robin.

—¿Se refiere a mi herida? Creo que no tiene importancia. En cambio el jaleo que hemos armado la tiene, ¡y mucha! ¡Veremos como salimos de él! Cuídese de su cara. Está llena de sangre.

Barry se limpió con un pañuelo.

—Me impresiona mucho el recuento de bajas, ¿sabe? Opino que me queda algo que hacer todavía esta noche. Excúseme.

—Dígame algo...

—¡Oh, tiene usted bastante con ocuparse de sí mismo y de lo que queda aquí! ¡Hasta la vista!

Y echó a correr, abriéndose paso a empujones.

CAPÍTULO X

VICKY GREGER

—¡Un momento, señores! Yo les dictaré lo que tienen, que transmitir.

Los dos hombres que se disponían a radiar el mensaje sobre determinados datos acerca de la bomba de hidrógeno se volvieron, mudos de terror.

Tras ellos, encañonándoles, encontrábase McClure, quien añadió:

—¡Sería curioso ver la cara que pondrán sus amigos! Bien. Prepárense a obedecer. ¡Pronto! ¿Es que no me oyen? ¡Si no lo hacen antes de tres segundos les atravieso las cabezotas!

Resultaba a los amenazados muy difícil moverse, pues el pánico se lo impedía, pero hubieron de esforzarse en conseguirlo. El cañón de aquella pistola les miraba con demasiada fijeza.

—Trasladen a esos amigos suyos la noticia de que François Dahuil y sus principales colaboradores han muerto, luego de haberles sido probada la culpabilidad.

Los que escuchaban creyeron, que algo impalpable les obstruía la respiración.

Añadió Barry:

—Digan, también, que lo mismo que ellos caerán los que quedan y los que vayan surgiendo...

Se detuvo. En su espalda acababa de apoyarse un objeto duro. La sarcástica voz de Lawrence dejóse oír:

—Agreguen que Nigel Pickford, cuyo verdadero nombre es Barry McClure, perteneciente a la famosa

F. B. I.,

acaba de entrar en la ratonera.

Empleó un tono frío, hiriente, como afilada hoja de acero.

La situación había cambiado en absoluto; el dominador quedó convertido en dominado.

—Deje caer la pistola, McClure —aconsejó Hartaman, sombrío.

—No pienso hacerlo —repuso el joven, sin perder la calma—. Usted me tiene encañonado, pero mantengo en igual situación a estos dos tipos. Si dispara, dispararé también, por muy deprisa que me cause la muerte.

Hartaman lanzó una carcajada breve y seca:

—¿Imagina que ese temor detendrá mi dedo?

Barry coligió que su enemigo no se expresaba así vanamente sino que le mataría aunque él se llevase por delante a los otros.

En aquel momento recibió un puntapié brutal en el codo derecho. No soltó el arma mas perdió la puntería. Lawrence, autor del mismo, aprovechó aquellos segundos para sujetar fuertemente a McClure, el cual se hubiera librado sin gran esfuerzo de tales brazos si los otros dos tipos no hubiéransele echado encima como fieras de la peor especie.

La desigual lucha prolongóse varios minutos. McClure hacía derroche de fuerzas y, aunque había perdido la automática, resultaba extremadamente peligroso.

Todo tiene un límite, y las energías del agente

R-33

iban cediendo a la superioridad numérica de sus antagonistas. Uno de ellos le aporreó la cabeza y, aunque no logró hacerle perder el sentido, le aturdió el tiempo necesario para que la victoria se decidiese a favor de ellos.

—¡Perro! —gritó Hartaman, golpeándole, mientras sus compinches le tenían sujeto—. He podido rellenarte de plomo en el momento de entrar, pero eso se me ha antojado poco. Quiero no sólo que te enteres de que te mato yo sino gozarme en tu tortura.

Su expresión era satánica. Le brillaban los ojos cual si estuviesen iluminados por hogueras ocultas; babeaba; garras parecían sus manos.

Una voz femenina gritó a espaldas de todos:

—¡Quieto, Hartaman! ¡Tire la pistola o le acribillo!

—¡Vicky!

La exclamación brotó al mismo tiempo de las gargantas del

conminado y de McClure.

Resuelta, enérgica, admirable, la muchacha acababa de aparecer, dominando la situación.

—¿No me ha oído?

Acompañó la pregunta de un disparo. El plomo clavóse a dos centímetros de los pies de Lawrence, el cual, instintivamente, dejó caer el arma.

—¡Vosotros! —añadió Vicky dirigiéndose a los que sujetaban a Barry—. Soltad a ese hombre.

Como vacilaran en obedecerla, advirtió:

—Si me obligan a disparar de nuevo, afinaré la puntería.

Los malhechores, asustados, disminuyeron la presión sobre Barry, el cual incorporóse de un salto. Rápidamente recuperó la automática que antes perdiera.

Hartaman y sus secuaces, pasado el primer momento de estupor, recordaron lo que les aguardaría en el caso de caer prisioneros; cruzaron entre sí una mirada harto significativa y se dispusieron a jugarse el todo por el todo. Dio ejemplo el primero dejándose caer sobre la pistola, que había quedado a corta distancia y disparando sobre McClure, aunque sin acertarle, dada la rapidez con que llevó a cabo el hecho; los otros dos empuñaron sus armas respectivas e iniciaron el fuego, para caer inmediatamente atravesados por el plomo que Vicky y Barry lanzaban. Una de las balas atravesó el brazo izquierdo del agente

R-33;

la otra rozó el cuello de la muchacha.

Hartaman, apenas apretó el gatillo, brincó, sin detenerse en ningún sitio, queriendo burlar a la Muerte, y, a la par, conseguir buenos blancos.

McClure apartó a Vicky de un fuerte empujón, recibiendo en mitad del pecho el tiro destinado a ésta. Nublósele la vista, pero conservó energías para vaciar sobre Lawrence el cargador de su pistola, atravesándole el cerebro y el corazón.

A la enorme refriega siguió un silencio sepulcral, que pareció interminable aunque sólo duró segundos.

Vicky, incorporándose de la caída originada por el empujón, corrió hacia McClure, que se tambaleaba, y le sostuvo a tiempo.

—¡Huyamos! —exclamó—. ¡Hemos de evitar que nos

sorprendan! ¡Las complicaciones diplomáticas serían graves!

—Márchese usted... y gracias... Perdóneme por haber dudado...

Le interrumpió ella:

—¡Apóyese en mí!

—Es inútil... Esto se acaba...

Mordiéndose los labios para contener las lágrimas. Vicky se pasó por el hombro el brazo sano de McClure y tiró de él a la par que le prestaba ánimos.

—No diga tonterías. ¡A usted no hay quien le mate! Venga... Haga un esfuerzo.

Lo hizo el muchacho; un esfuerzo terrible. Con la mano del brazo herido sujetábase la herida del pecho tratando de contener la sangre que salía a borbotones, y avanzó, con la ayuda de la heroica joven, hacia la puerta principal.

La alarma había cundido. Acudía gente de distintos puntos.

—Hemos de dar un pequeño rodeo —anunció Vicky—. Procede salir por la puerta trasera.

—Vamos, pues. Me siento mejor...

Mentía. Era la entereza de su espíritu la que le conservaba en pie.

Llegaron por fin a la calle.

La muchacha, más que ayudar a McClure, arrastrábale casi.

Habían logrado alejarse media docena de metros cuando el agente

R-33

se desplomó sobre la acera sin que su salvadora consiguiera sostenerle.

También la rozadura de ella sangraba, pero ni siquiera se ocupó de contener el líquido rojo que le caía sobre el vestido.

—¡Socorro! —pidió ansiosamente, sin cuidarse ya del disimulo.

Aparecieron algunos transeúntes y gendarmes, atraídos por el grito.

Simultaneáronse muchas preguntas.

Vicky con notable firmeza, mintió:

—Cruzábamos por aquí cuando de pronto empezaron a sonar tiros. Una bala ha herido gravemente a mi novio; otra me ha rozado el cuello. ¡Por favor, ayúdenme a salvarle!

Se había arrodillado junto al caído y trataba de cortar la

hemorragia.

Nadie paróse a analizar hasta qué punto pudiera admitirse la veracidad de aquella declaración; lo único importante era conceder el auxilio necesario.

Un representante de la autoridad, el cual tenía nociones de cirugía, realizó la cura de urgencia que aconsejaban las circunstancias, mientras otro apresurábase a telefonar al puesto de socorro próximo. El público iba de un sitio para otro.

Vicky, aunque consagrada por completo a McClure, oyó los comentarios que se hacían a su alrededor:

—¡Ha sido en la Embajada!

—¡Acaba de acudir el Secretario!

—La Policía está dentro ya.

—¡Lo que esto va a traer consigo!...

McClure desentornó los párpados un segundo.

—¡Vicky!...

—¡Oh, Barry!...

—¡Te... quiero...!

Tornó a desvanecerse.

—¡Quiero saber! —dijo el muchacho, con toda la energía que le permitieron sus escasas fuerzas—. ¡Estoy harto de cuchicheos, de que se me prohíba hablar, de que nadie me diga nada!...

Vicky sonrióle con dulzura y le puso un dedo sobre los labios.

—Has de ser buenecito.

Se hallaban en una de las salitas particulares del hospital al que McClure fuera llevado sin conocimiento seis días antes.

La lucha por salvarle la vida mereció el calificativo de titánica. Nadie, empezando por los médicos, consideró posible ahuyentar el espectro de la Muerte que cerníase sobre él.

Pero el milagro se produjo. La naturaleza fortísima del herido coadyuvó no poco al éxito de los galenos, quienes, al cabo de muchas horas, empezaron a concebir esperanzas y a cimentarlas a medida que pasaba el tiempo.

Vicky no se había separado casi del lecho donde aquel hombre hizo creer a todos que iba a lanzar el último suspiro. Y cuando oyó decir que el peligro, salvo complicaciones, estaba conjurado, derramó todas las lágrimas que valientemente había estado conteniendo.

Apenas hubo vuelto en sí, Barry inició las primeras preguntas, más le respondieron con siseos y órdenes categóricas. Le era necesario callar. Podía sobrevenir un vómito de sangre.

Y obedeció. Pero ya él mismo se encontraba en condiciones de exigir... o suplicar que se le complaciese, e insistió con la tozudez de un niño pequeño a quien se niega un juguete.

—Bueno... —concedió la joven, incapaz de resistirse a los deseos del que, desde el primer día, empezó a entrar en su corazón hasta adueñarse por completo de él—. Empezaré por comunicarte que al abrir los ojos cerca de la Embajada aseguraste quererme. ¿Lo recuerdas... o es que estabas ya febril y no supiste lo que decías?

El interrogado sonrió y llevóse a la boca una mano de Vicky, besándola largamente.

—Me agrada la respuesta —murmuró ella—. Sigue escuchando: En el momento de acudir gente, yo afirmé que pasábamos por casualidad y que desde dentro nos habían herido. Dudo que mi declaración nos hubiera valido de mucho; pero como servía para cubrir las apariencias, el inspector Beaujen arrégleselas de modo que se considerase irrefutable. Nadie, pues, nos molestó ni nos molestará. ¡Es un grande hombre ese simpático feo!

—Bien... —interrumpió el convaleciente con impaciencia—, pero no es eso lo que más me preocupa.

—Añadiré que se ha desenredado ya del todo la maraña sangrienta. No creo quede hoy en París un solo elemento de esa organización en condiciones de moverse.

—Acudirán otros...

—También vendrán otros agentes a darles batalla.

—De acuerdo. Háblame de ti ahora. Eres tú la que realmente me interesa.

—Tonto...

—Te escucho.

—¡Bueeeno! Yo encontré en casa de Dahuil los documentos necesarios para hundirle, juntamente con sus secuaces, y los entregué a Treville para que los hiciese llegar al señor Beaujen, pues me importaba que nadie me viese hablando con él.

—Luego... ¿os conocíais?

—Sí. Recibí la invitación por su conducto.

—¡El viejo zorro!...

—No le recrimines. Cumplía órdenes. Continúo: Entré casi detrás de ti en la habitación próxima a la que ocupaban François y los suyos; oí la conversación relativa al mensaje y supuse qué te disponías a actuar en tal sentido. Cuando me descubriste eché a correr porque no me interesaba darte explicaciones. Guié a la Policía hasta donde se estaba celebrando la reunión. Observé luego tu salida rápida y seguí tus pasos. Hartaman entró pisándote los talones y yo caminé tras él.

—Pero... ¿por qué todo eso? ¿Quién eres?

Vaciló la muchacha. McClure insistió casi con rudeza:

—¿Es que no te inspiro confianza?

—¡Claro que sí!

—¿Entonces...?

—Temo que te disgustes, Barry.

—¿Quién te dijo mi verdadero nombre?

—¡Curioso!

—Respóndeme.

—¿Me creerás si te digo que tú mismo... delirando?

—Te creeré... porque necesito creer en ti.

—Gracias. Debes hacerlo. Para ser digna de esa fe tuya debo empezar por no mentirte. Sabía quién eras... desde antes de salir de Washington.

—¡Vicky!

—Ninguno de nuestros encuentros fue casual. Procuraba no perderte de vista. El viejo Robin pudo localizarte porque yo le dije dónde estabas.

—Según eso... ¿me tenías sometido a vigilancia constante?

—Por lo menos, frecuente. Ése fue el motivo de que me hiciese cortejar por Hartaman. Ignoraba lo que era; le creía el verdadero Anthony Leigh y me dije que estando cerca de él podría conservar el contacto contigo, puesto que os hallabais en la obligación de trabajar juntos.

—Y... ¿a quién has obedecido?

—A la

F. B. I.

No te excites. Allí se te admira mucho; oí cientos de veces tu nombre y hasta sentí la necesidad de conocerte sin que tú lo advirtieras, durante el tiempo que estuviste alejado del Organismo.

Se tiene de tu valía el concepto que mereces, pero... existía el temor de que, llevado por tu temperamento, volvieras a las andadas y cometieras alguna locura. Fui designada para investigar tus actividades, dentro de lo posible. ¡Bendigo la hora en que se me confió tal encargo, pues gracias al mismo he podido tratar al hombre más interesante del mundo y enamorarme de él!

Ni la dulzura con que fueron pronunciadas las palabras tuvo eficacia para desarrugar el ceño de McClure.

—Se ha desconfiado de mí —masculló—. ¡Bien! Mi labor ha terminado con éxito; mi permanencia en la Organización, también.

—¡Calla!

—No. ¡Que vengan otros a continuar la larga tarea que aún queda por delante! ¡No quiero volver a saber nada de la F. B. I.!

—Insisto en que calles.

—Y yo en no complacerte.

—¿Qué no?

—¡Que no!

—¡A ver quién puede más!

Le besó en la boca, venciendo, ¡cómo no!, la rebeldía de Barry. Luego susurró, acariciándole con el aliento:

—Tanto tú como yo llevamos en la sangre el veneno de la aventura y en el corazón el deseo de servir a la Patria. Viviremos consagrados a nuestra tarea... y a querernos mucho... siempre que dicha tarea nos lo permita.

Dos toses, seca una y juvenil la otra, les hicieron separarse y dirigir la vista a la puerta donde acababan de aparecer Robin Beaujen y Alfredo Treville.

—Me parece una necedad preguntarle cómo se encuentra. Ya veo que muy bien... y le felicito —dijo el primero.

—Gracias, inspector —admitió Barry, gozoso.

—Venía a charlar un poco sobre futuras empresas, pero creo preferible dejarlo para otro día en que no tenga usted tantas ocupaciones. Les dejo. Pásenlo bien.

Volvió sobre sus pasos.

McClure preguntó al ceñudo Treville:

—¿Usted no me dice nada?

—Sí; ¡que soy idiota!

—¿Eh?

—A proclamar eso, exclusivamente, he venido. ¡Haberle tomado por un infeliz, valiendo lo que vale! ¡No sólo nos ha dado ciento y raya a los demás sino que ha culminado su labor de grande hombre enamorando a la muchacha más bonita de su tierra y de la mía juntas! ¡Y teníame por buen psicólogo! ¡Valiente birria de agente secreto soy!

Dirigióle un simpático saludo con la mano y ganó la puerta.

Vicky y Barry soltaron una alegre carcajada, pero breve, muy breve. Por agradable que les resultase la risa, encontraron más interesante besarse otra vez.

FIN

UNA APASIONANTE HISTORIA

en la que las emociones se suceden sin interrupción y cuyo interés se agiganta a medida que transcurre la acción, es la que el inspirado y popularísimo autor

PETER DEBRY

nos ofrece a través de su magnífica y trepidante novela

El vampiro de Brooklyn

que se publicará en el próximo número de la siempre interesante

Colección

SERVICIO SECRETO

Todos cuantos lean

El vampiro de Brooklyn

guardarán de este libro excepcional un recuerdo inextinguible, tanto por su alta calidad literaria, como por la originalidad de la intriga y el ritmo trepidante con quien lo ha llevado la agilísima pluma de

PETER DEBRY

Últimas novedades de EDITORIAL BRUGUERA



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 258 - M^a Adela Durango
LA CONDESA DE WILMORE
- Núm. 259 - Isabel Salasña
EL CHICO DE LA GASOLINERA
- Núm. 260 - Lid Ramos
LA MUJER VENCIDA

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION ROSAURA

- Núm. 98 - Nylhama
CARICIAS SIN PALABRAS
- Núm. 99 - Carin Tellado
¿Y SONÓ SU FELICIDAD?
- Núm. 100 - Ana Marcela García
UNOS PASOS EN LA NIEBLA

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 154 - Matilde Redón Chirano
La muchacha del impermeable azul
- Núm. 155 - Nylhama
RAYITO DE SOL
- Núm. 156 - Cristino Luján
EL VIEJO AMOR

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION BISTONTE

- Núm. 199 - Peter Doorn
DE LA MISMA SANGRE
- Núm. 200 - Jos Benhett
RIO PEREZOSO
- Núm. 201 - Fidel Prado
LOS DIABLOS ROJOS

APARICION SEMANAL. PRECIO 4 Ptas.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 62 - Fred Garhan
SEQUESTROS EN NUEVA YORK
- Núm. 63 - Jack Grey
LA MARAÑA SANGRIENTA
- Núm. 64 - Peter Debry
EL VAMPIRO DE BROOKLYN

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION AUTORES FAMOSOS

- Núm. 19 - Clem Yore
JIMMY DEL MISSISSIPPI
- Núm. 20 - Zane Grey
KEN WARD EN LA JUNGLA
- Núm. 21 - Oscar J. Friend
TIERRAS SANGRIENTAS

APARICION BIMENSUAL. PRECIO 16 Ptas.

■ Últimos volúmenes aparecidos

○ Volúmenes de próxima aparición

Precio: 5 pts.



